

**Eduardo Vadillo Romero**

# **FUNDAMENTOS DE NUESTRA FE**

**Guiones para la reflexión y el diálogo**

**EDITORIAL CCS**

**Página web de EDITORIAL CCS: [www.editorialccs.com](http://www.editorialccs.com)**

© Eduardo Vadillo Romero

© 2013. EDITORIAL CCS, Alcalá, 166 / 28028 MADRID

*Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Dirijase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, [www.cedro.org](http://www.cedro.org)) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.*

Diseño de portada: Olga R. Gambarte

ISBN: 978-84-9023-104-3

Depósito legal: M-22741-2013

Fotocomposición: AHF, Becerril de la Sierra (Madrid)

Imprime: Publidisa

# Índice

<i>Prólogo</i> .....	7
<i>Presentación</i> .....	11
<b>Tema 1:</b> Dios sale al encuentro de un hombre capaz de Dios.....	15
<b>Tema 2:</b> La transmisión de la Revelación divina...	23
<b>Tema 3:</b> La respuesta de la fe .....	30
<b>Tema 4:</b> Creemos en un solo Dios.....	38
<b>Tema 5:</b> El misterio de la Santísima Trinidad.....	45
<b>Tema 6:</b> Dios ha creado el mundo por su bondad y realiza su designio .....	52
<b>Tema 7:</b> El creador de lo invisible.....	59
<b>Tema 8:</b> Dios ha creado lo visible .....	66
<b>Tema 9:</b> Dios ha creado el hombre a su imagen y semejanza.....	73
<b>Tema 10:</b> La caída y sus consecuencias.....	80
<b>Tema 11:</b> Creemos en Jesucristo, su único Hijo nuestro Señor .....	87
<b>Tema 12:</b> El Verbo se hizo carne.....	94

<b>Tema 13:</b> Nació de María la Virgen.....	101
<b>Tema 14:</b> Los misterios de la vida de Cristo.....	108
<b>Tema 15:</b> Redimidos por su sangre.....	115
<b>Tema 16:</b> El encuentro con el Resucitado .....	123
<b>Tema 17:</b> Creo en el Espíritu Santo .....	130
<b>Tema 18:</b> La Iglesia de Dios.....	137
<b>Tema 19:</b> Una, Santa, Católica, Apostólica.....	144
<b>Tema 20:</b> La organización de la Iglesia .....	151
<b>Tema 21:</b> La vida del mundo futuro y la resurrección de la carne .....	159

## Prólogo

El libro que tienes en tus manos, y que tengo el honor de presentar, lleva como título *Fundamentos de nuestra fe* y viene a reemplazar *Hacia la fe en Jesús*, más conocido como el libro rojo —por el color de su portada— que ha sido utilizado como temario para formación de los miembros del Movimiento Familiar Cristiano durante muchos años. Este libro, escrito a principios de los 80, gozó de mucho éxito, pero antes de ser reeditado —por los motivos que expone el autor del mismo en la presentación que introduce esta obra— necesitaba una profunda renovación, para lo cual se ofreció pródigamente a colaborar en su redacción don Eduardo Vardillo Romero. Este sacerdote de la diócesis de Toledo es doctor en Teología y en Patrología, profesor de Teología dogmática en el Instituto Teológico San Ildefonso (Toledo) y Teólogo Asesor de la Comisión Episcopal para la Doctrina de la Fe de la Conferencia Episcopal Española. A él nuestra gratitud y reconocimiento; el mío personal, ya que fui alumno suyo y le debo no poco de mi formación teológica, y el del MFC por este servicio que generosamente nos ha prestado. Nuestra felicitación por el trabajo que ha hecho y porque ha tratado los temas con su habitual profundidad y claridad.

Benedicto XVI en la Carta apostólica *Porta fidei*, con la que convocó el *Año de la fe*, escribe: «Deseamos que este Año suscite en todo creyente la aspiración a *confesar* la fe con pleni-

tud y renovada convicción, con confianza y esperanza. Será también una ocasión propicia para intensificar la *celebración* de la fe en la liturgia, y de modo particular en la Eucaristía, que es «la cumbre a la que tiende la acción de la Iglesia y también la fuente de donde mana toda su fuerza». Al mismo tiempo, esperamos que el *testimonio* de vida de los creyentes sea cada vez más creíble. Redescubrir los contenidos de la fe profesada, celebrada, vivida y rezada, y reflexionar sobre el mismo acto con el que se cree, es un compromiso que todo creyente debe de hacer propio, sobre todo en este *Año*» (n. 9). Y a este propósito enunciado por el Papa quiere servir este temario en el que se estudian las verdades esenciales del cristianismo, verdades que integran la fe de la Iglesia; en especial, aquellas en las que están en íntima relación con el núcleo de la fe —puesto que son esenciales para confesar con integridad el cristianismo— y también aquellas que despiertan dudas o inseguridades en los cristianos de nuestro tiempo.

No podemos renunciar a la verdad, pues «la mentira asemeja al hombre al diablo y hace imposible la vida social»<sup>1</sup>. Si el hombre renuncia a buscar lo que es verdadero, corre el riesgo de enfermar, de perder la libertad. Sólo la verdad nos hace libres. Sin embargo, hoy «se va constituyendo una dictadura del relativismo que no reconoce nada como definitivo y que deja como última medida solo el propio yo y sus ganas»<sup>2</sup>: la verdad se sustituye por la buena intención; la religión sigue estando en el terreno subjetivo, porque lo que es objetivamente bueno y verdadero, eso no es posible conocerlo.

Nuestra cultura actual, profundamente marcada por este subjetivismo que desemboca en el individualismo extremo o en el relativismo, impulsa a los hombres a convertirse en la única medida de sí mismos, perdiendo de vista otros objetivos que no estén centrados en su propio yo, transformado

<sup>1</sup> SANTO TOMAS DE AQUINO, *Sobre los mandamientos*, 1. C., p. 280.

<sup>2</sup> J. RATZINGER, *Homilía en la Misa Pro Eligendo Summo Pontifice*, 18-IV-2005.

en único criterio de valoración de la realidad y de sus propias opciones. Y en este contexto, la Iglesia aparece como obstáculo para la libertad, desconfiada e intolerante. Juan Pablo II denunció una «sociedad enferma» desde diversos puntos de vista, ya que «nuestra sociedad se ha alejado de la plena verdad sobre el hombre, de la verdad sobre lo que el hombre y la mujer son como personas»<sup>3</sup>. De ahí que el Movimiento Familiar Cristiano mantenga como el cuarto de sus objetivos impulsar y cuidar con esmero la formación permanente, por que la fe es indispensable para nuestra vida. Necesitamos creer. Y si no, nada funciona, nada merece la pena. «La fe pone en fuga a los demonios, destierra las enfermedades y resucita los muertos»<sup>4</sup>. La vida resulta imposible sin Dios. La pretendida muerte de Dios, anunciada por Nietzsche, no significó en el siglo pasado la liberación del hombre, ni lo ha hecho más digno; al contrario, lo ha dejado en una situación crítica en la que no sabe ni como orientarse, ni que es exactamente lo que busca, ni que es la dignidad humana. La cuestión de fondo es que el hombre no es capaz de vivir humanamente sin Dios. Por eso necesitamos formarnos, estudiar, conocer quien es Dios, lo que Él ha revelado, su plan de salvación...

Quien ama sinceramente a Dios, se siente impulsado a conocerle cada vez más y mejor; no se conforma con un trato superficial; busca comprender con mayor profundidad todo lo que a Él se refiere. El beato Juan Pablo II señaló la necesidad actual de la formación en la doctrina católica: «Se revela hoy cada vez más urgente la formación *doctrinal* de los fieles laicos, no sólo por el natural dinamismo de profundización de su fe, sino también por la exigencia de «dar razón de la esperanza» que hay en ellos, frente al mundo y sus graves y complejos problemas. Se hacen así absolutamente necesarias una sistemática acción de *catequesis*, que

<sup>3</sup> JUAN PABLO II, Carta a las familias *Gratissimam sane*, n. 20.

<sup>4</sup> SAN LEÓN MAGNO, *Sobre la Ascensión del Señor*.

se graduará según las edades y las diversas situaciones de vida, y una más decidida promoción cristiana de la *cultura*, como respuesta a los eternos interrogantes que agitan al hombre y a la sociedad de hoy»<sup>5</sup>.

Y esta es la finalidad por la que el MFC edita este temario, para que nos formemos mejor, para que conozcamos nuestra fe, para que la vivamos con más autenticidad. Ojala la lectura y difusión de este libro sirva —a los que lean este libro y muy especialmente a los miembros del MFC— para entender lo que señaló Benedicto XVI en su encíclica sobre la esperanza: el cristianismo no es «*solamente una buena noticia, una comunicación de contenidos, sino una comunicación que comporta hechos y cambia la vida*»<sup>6</sup>. Estoy convencido de que esta obra que el lector tiene en sus manos, por la calidad intelectual y espiritual, y larga experiencia en estos temas, que tiene el autor, le ayudará a reconocer y acoger cada vez mejor el Don que Dios ha hecho a la humanidad: su único Hijo, Jesucristo, que es «el Camino, la Verdad y la Vida» (Jn 14,16). En esta época de desánimo y angustia por las dificultades presentes, esta obra puede ayudar a que nuestras familias se encuentren con Cristo, crezcan la fe y sean mejores discípulos del Señor. Que la Sagrada Familia de Nazaret abra nuestros corazones a la luz que el Evangelio irradia sobre cada familia y nos bendiga, nos proteja y nos guarde, ya que «el futuro de la humanidad se fragua en la familia»<sup>7</sup>.

Pedro Carpintero, Pbro.  
*Consiliario Nacional del MFC*

Toledo, 29 de junio de 2013  
Solemnidad de San Pedro y San Pablo

---

<sup>5</sup> Juan Pablo II, Exhort. apost. *Christifideles laici*, n. 60.

<sup>6</sup> benedicto XVI, Encíclica *Spe salvi*, n. 2.

<sup>7</sup> Juan Pablo II, Exhort. apost. *Familiaris consortio*, n. 86.



## Presentación

Este texto se quiere poner en continuidad con el anterior de *Hacia la fe en Jesús: Guiones para la reflexión y el diálogo*. En esa obra que ha servido durante tantos años para la formación inicial en el Movimiento familiar cristiano se desarrollaban una serie de aspectos a partir del Evangelio de san Marcos, de manera que se pudieran seguir las experiencias de los discípulos al encontrarse con Cristo. Es lógico que esta fuera el itinerario en una obra escrita a comienzos de los ochenta del pasado siglo, con el deseo de acerca a los fieles a la Escritura y a través de ella a Cristo. En el contexto social se mantenían no pocos elementos de fe y costumbres cristianas, y era preciso incidir en ese conocimiento del Evangelio.

Sin embargo en nuestros días muchos de esos pasajes evangélicos se leen y explican habitualmente en la Misa dominical, incluso el mismo itinerario del Evangelio de san Marcos se lee una vez cada tres años los domingos. Por otra parte cada vez es más necesaria una visión de conjunto de la fe cristiana, para que sepamos lo que significa verdaderamente *ser cristianos*; esto es especialmente urgente en la medida que la manera de pensar del ambiente es cada vez más diferente de la fe o encontramos gentes con otras religiones y creencias que nos cuestionan. El contexto de pluralismo religioso, de relativismo que pone en duda cualquier

conocimiento que podamos tener de Dios, o le quita importancia a nuestra fe es un reto al que debe responder el creyente con una formación profunda y sólida, apoyada en los instrumentos que nos proporciona la Iglesia. Esta realidad nos obliga a adquirir con más urgencia que antes una visión global de la enseñanza de la fe para poder luego llevarla a la vida en el *Movimiento familiar cristiano*.

Al mismo tiempo desde aquellos inicios de los ochenta del pasado siglo, la Iglesia ha ido proponiendo unos nuevos instrumentos para la formación de los fieles, de los cuales no se puede prescindir. El *Catecismo de la Iglesia Católica* bajo Juan Pablo II, y su *Compendio* publicado por Benedicto XVI son un recuerdo permanente de la necesidad de una formación de conjunto. Asimismo la amplia serie de catequisis de los Papas recientes, en particular las de Juan Pablo II sobre el Credo, son una referencia utilísima. A esto podríamos añadir no pocas intervenciones de la Congregación para la Doctrina de la Fe de los últimos treinta años en las que el cristiano puede encontrar respuesta a múltiples interrogantes que se le plantea, pero con frecuencia no se suele recurrir a estos textos. En estos textos aparece explicada con claridad la doctrina bimilenaria de la Iglesia, formulada por los Papas y por los diversos concilios ecuménicos, desde Nicea hasta el Vaticano II de una manera accesible a todos.

Por otra parte no podemos olvidar la revolución que ha supuesto, también para la formación cristiana, internet, ya que textos o documentos del Papa que no eran nada fáciles de conseguir a principios de los ochenta, ahora en cambio están al alcance de unos pocos clic en el ordenador. Basta con que un encargado en el grupo se tome la molestia y puede proporcionarse a todos sin dificultad una amplísima serie de materiales. Por ello al final de cada tema se señalan algunos textos disponibles en el portal de la Santa Sede <[www.vatican.va](http://www.vatican.va)> muy útiles para la formación. Las catequisis de Juan Pablo II están dentro del apartado *audiencias* de este Papa; se elige el año, mes y día correspondiente y se

puede acceder a ellas en versión española. El *Catecismo* se encuentra dentro del apartado *textos fundamentales*, y los documentos de la Congregación para la Doctrina de la Fe en *Curia romana, Congregaciones, Doctrina de la Fe* y luego *textos doctrinales*.

Hemos preferido esta opción no sólo por el deseo de *sentir con la Iglesia*, sino además por criterios prácticos y económicos. Sugerir bibliografía para cada tema resultaría prácticamente inaccesible si el grupo no tuviera una biblioteca especializada; además existiría siempre la tentación de recurrir a medios poco legales de distribución, mientras que de esta manera se puede recurrir a los textos que sean precisos en cada caso sin mayor problema. Además hay que tener en cuenta que no es sencillo encontrar textos divulgativos que sean profundos y sencillos en una primera formación de conjunto. El recurso al *Catecismo de la Iglesia Católica* y a diversos textos pontificios, todos libremente disponibles en el portal citado, simplifica enormemente el modo de actuar, como se podrá comprobar en cuanto se comience a emplear esta material. La referencia a la Sagrada Escritura sigue siendo esencial y a lo largo del tema o especialmente en los números correspondientes del *Catecismo* aparecen bastantes citas bíblicas, que deben ser leídas y meditadas.

Así pues, en cada tema hay una serie de puntos con las referencias al *Catecismo* pero al final del mismo también se ofrecen otras referencias accesibles siempre en internet con otros textos que pueden resolver preguntas, suscitar un diálogo ulterior etc. El objetivo siempre es el mismo: encontrarse con Cristo en la Iglesia, tal como hicieron los primeros discípulos, pero aprovechando la *ventaja*, por así decir, que tenemos nosotros, y es que el Espíritu Santo no ha estado ausente en estos siglos, sino que, según la promesa de Jesús, ha ido guiando a la Iglesia hacia la verdad plena (cf. Jn 16,13) y la continúa asistiendo.

## DIOS SALE AL ENCUENTRO DE UN HOMBRE CAPAZ DE DIOS

### 1. El diseño de Dios sobre el hombre

(CEC 1-25)

En nuestros días muchas personas se consideran cristianas, pero con frecuencia ignoran lo que quiere decir realmente ser cristianos. A veces tienen algunos conocimientos parciales, o incluso deformados de la fe. Para comprender bien, y de esta manera poder traducir en la práctica, la fe cristiana es necesario partir del designio que Dios tiene para la humanidad, que resume muy claramente el primer número del *Catecismo de la Iglesia Católica*.

«Dios, infinitamente perfecto y bienaventurado en sí mismo, en un designio de pura bondad ha creado libremente al hombre para hacerle partícipe de su vida bienaventurada. Por eso, en todo tiempo y en todo lugar, se hace cercano al hombre: le llama y le ayuda a buscarle, a conocerle y a amarle con todas sus fuerzas. Convoca a todos los hombres, que el pecado dispersó a la unidad de su familia, la Iglesia. Para lograrlo, llegada la plenitud de los tiempos envió a su Hijo como Redentor y Salvador. En Él y por Él, llama a los hombres a ser, en el Espíritu Santo, sus hijos de adopción, y, por tanto, los herederos de su vida bienaventurada» (CCE 1).

En estas líneas hay unos puntos que nunca podemos olvidar y que dan unidad a todas las páginas restantes. Dios

quiere la felicidad del hombre, pero la felicidad verdadera y eterna, y el modo de lograrlo será con su ayuda, venciendo el pecado gracias a Cristo, al que encontramos en la Iglesia.

## **2. En qué sentido el hombre busca a Dios**

(CEC 27-35)

Dios ha creado al hombre inteligente y libre de manera que pueda compartir con Él su vida bienaventurada. Esto a muchas personas les parece algo imposible, porque no creen que se pueda saber nada de Dios, o se limitan a pequeños objetivos en su vida concreta. Sin embargo en el hombre hay un deseo de felicidad: esto resulta evidente, pues no hay nadie que haga cosas para ser infeliz o desgraciado. El problema es que no siempre elegimos aquellas cosas que nos hacen realmente felices. De hecho vemos continuamente que cuando hemos conseguido algo nos gustaría otra cosa mejor, porque el corazón del hombre siempre desea algo más. Esto se nota especialmente cuando la gente busca placeres materiales o riquezas: siempre les sabe a poco lo que ya tienen. En nuestra cultura se exalta el dar rienda suelta a los instintos, como si en eso estuviera la felicidad, pero si pensamos un poco, esos instintos responden solamente a una serie de pequeños objetivos y siempre nos resultan escasos para el deseo de felicidad que tenemos. No es que se trate de cosas malas, pero se quedan muy pequeñas para el profundo deseo de felicidad del hombre.

Si cada persona pudiera examinar su interior con sosiego, algo que no es fácil en nuestros días, pues estamos rodeados de mucha más información y de propuestas de las que podemos asimilar, vería que hay una búsqueda de un fundamento, de algo que le colme. Como cristianos sabemos que lo que buscan sólo lo pueden encontrar plenamente en Dios. De hecho en las diferentes culturas siempre se han planteado una serie de preguntas sobre la felicidad última

del hombre y sobre Dios: en ese sentido en el hombre es un ser religioso, que busca a Dios. Lo que sucede es que no siempre el ambiente ayuda a que nos preocupemos de lo que verdaderamente es importante. Lo malo, sin embargo, es que cuando no se busca la felicidad de manera adecuada el resultado no es positivo y de ahí los no pocos problemas que advertimos en nuestros días.

La respuesta a esta situación del hombre nos la ofrece la Revelación cristiana, como iremos viendo: Dios conoce cuál es nuestra situación y nos está ayudando con su gracia para que nos volvamos a Él. Este punto también es importante: Dios nos llama nada menos que a participar de su felicidad: lo cual supera con mucho las expectativas de cualquier criatura, y la *búsqueda* del hombre, pero colma de manera sobrepabundante cualquier cosa que pudiéramos esperar de

Él. La misma venida de Jesucristo, el perdón de los pecados o los sacramentos de la Iglesia son algunos de los medios para que podamos caminar hacia esa felicidad. Dios nos ha creado a su imagen, de modo que somos capaces de recibir toda esa serie de ayudas de Dios, a las que tenemos que responder.

### **3. ¿Cómo conocemos a Dios? (CEC 36-42)**

Este plan de Dios de que el hombre pueda alcanzar su felicidad en Él supone que algo podemos conocer de Dios: difícilmente podría yo ser amigo de alguien a quien no conozco de nada. Sin embargo son muchos los que, a partir de ciertas corrientes filosóficas, ponen en duda que Dios exista como un ser personal, o que se pueda saber algo de Él.

La Sagrada Escritura, y la misma Iglesia han enseñado que a partir de las cosas de este mundo podemos llegar a saber que existe una causa, un origen de las cosas que está más allá del mundo, que es *trascendente*. Ciertamente hay muchos obstáculos para que alguien que no tenga fe pueda

llegar a conocer a Dios, sea el ambiente, sea los malos deseos etc, porque aceptar que hay un Dios personal, una ley natural, o una vida después de esta conlleva un cambio de la propia vida, y no todo el mundo está dispuesto a aceptar ese cambio. No obstante la Iglesia ha enseñado que es posible el llegar a ese conocimiento acerca de Dios a partir de lo que existe en este mundo. No se tratará de un conocimiento como el que nos ofrecen las ciencias positivas (física, química), sino de una reflexión filosófica, que nos mueve a pensar que más allá de lo que vemos hay una causa última que mantiene todas las cosas en la existencia.

Ahora bien, en la Palabra de Dios se nos dicen muchas más cosas acerca de Dios, muchas cosas que superan la capacidad de la razón: esto se llama en lenguaje técnico: *misterios*, es decir, realidades a las que no podemos llegar mediante nuestra razón. No quiere decir esto que sean cosas absurdas o contradictorias, sino que nuestra forma de conocer es muy limitada, y como lo que se refiere a Dios nos supera, hace falta que lo creamos por fe. Si nosotros fuéramos Dios no habría ningún misterio para nosotros, pero como no somos Dios, y a la vez el mismo Dios nos llama a que participemos de su felicidad, nos revela aspectos de su vida interior, de su plan de salvación, para que nosotros podamos responder y llegar a poseer esa felicidad que nos promete.

Si podemos conocer algo de Dios, sea por las fuerzas de nuestra razón, sea porque Él nos lo ha revelado es importante que digamos algo acerca de la *verdad* con la que hablamos de Dios. Nuestra palabras las usamos para referirnos a cosas de nuestro mundo: tenemos palabras para describir nuestro ambiente, nuestro trabajo, etc; las diversas ciencias emplean también términos especiales para sus propios descubrimientos. Respecto a Dios podríamos pensar que como está tan elevado nuestras palabras no podrían decir nada de Él y se quedarían muy cortas. Sin embargo en la Biblia encontramos muchos términos para referirnos a Dios, por

ejemplo, decimos que es bueno, y no se nos ocurre decir que es malo. Jesucristo en las parábolas usa muchas comparaciones para hablar de Dios Padre, y lo compara a un Padre misericordioso, a un rey, a un juez, etc. Es evidente que no usamos esas palabras para hablar de Dios en el mismo sentido que las empleamos en el lenguaje ordinario. Dios no es un Juez en el mismo sentido que lo es un padre de este mundo, etc, sin embargo hace falta que usemos determinadas palabras. Al fin y al cabo, como Dios ha creado todo y mantiene a todas las cosas en el ser, los nombres o las palabras que usamos proceden de esas realidades materiales, y, con el debido cuidado, las podemos aplicar a Dios. No es lo mismo emplear unas palabras que otras, ya que nuestro lenguaje acerca de Dios (el que encontramos en la Escritura y que nos ha transmitido la Iglesia) es muy limitado y pobre, pero a la vez es verdadero.

#### **4. Cristo, plenitud de la Revelación** (CEC 51-67) Hasta

ahora hemos dicho que Dios quiere comunicar a los hombres su plan de salvación, pero ¿cómo ha sucedido esto? Sabemos que el centro de su plan de salvación ha consistido en el envío de su Hijo a este mundo, quien nos ha enseñado el camino de la verdad y ha prometido a su Iglesia el Espíritu Santo para guiarla a la verdad plena.

Sin embargo ya muchos siglos antes, desde la aparición de los primeros hombres, fue realizando una serie de Alianzas: podríamos señalar la alianza con Noé, la elección y alianza con Abraham y de manera particular la alianza con Moisés en el Sinaí. La ley que Dios entregó a Moisés era el medio para que le reconociese y le sirviera como al único Dios verdadero; por eso se dice que es el pueblo de aquellos a los que Dios habló en primer lugar. Por los profetas fue formando al pueblo en la esperanza de la salvación mediante una Alianza nueva y definitiva.



Cristo es el Hijo de Dios hecho hombre y que habla como el Verbo o Palabra insuperable de Dios «En muchas ocasiones y de muchas maneras habló Dios antiguamente a los padres por los profetas. En esta etapa final nos ha hablado por el Hijo» (Hb 1,1-2). Por este motivo no debemos esperar otra revelación pública antes de la manifestación gloriosa del Señor. Eso sí, la fe cristiana va explicitando y comprendiendo cada vez mejor lo que Dios ha revelado. En este sentido se habla de *revelaciones privadas*, que no pertenecen al depósito de la fe ni lo pueden *mejorar o completar*, sino que simplemente constituyen una ayuda, cuando son auténticas, para vivir más plenamente la Revelación en determinados momentos. Lo fundamental, como veremos más adelante, es que Jesucristo ha dejado a la Iglesia con la asistencia del Espíritu Santo para ir comprendiendo progresivamente, lo que Él ha dicho.

## 5. La cuestión de las religiones no cristianas

¿Qué lugar queda en lo que hemos dicho antes a las religiones no cristianas? Hoy estamos acostumbrados a ver gente cerca de nosotros que profesa otra religión y la tentación más habitual es pensar que todas las religiones tienen un valor semejante, o que no se puede hablar de ninguna verdadera. La fe cristiana no acepta tal cosa, pues tiene la pretensión de que sólo Jesucristo es el Hijo de Dios hecho hombre que nos ha hablado de manera definitiva. Es cierto que aquellas personas que no han tenido ocasión de conocer la predicación cristiana, por medios conocidos por Dios, siendo fieles a su conciencia y con la ayuda de la gracia pueden alcanzar la salvación. Sin embargo los que se salven de esa manera lo harán siempre por la gracia de Cristo, que nos mereció muriendo por nosotros. Las religiones no cristianas (excepto, claro está, el judaísmo) no tienen su origen en Dios, ni son medio de salvación: responden a los esfuerzos de la

humanidad para acercarse a Dios y contienen tesoros de sabiduría elaborados por generaciones, junto con no pocos errores y deformaciones, pero no responden a la voluntad positiva de Dios.

Por ello sus libros sagrados no están inspirados ni son palabra de Dios y el cristiano no puede recurrir a estas religiones sin pecar contra el primer mandamiento. De hecho los israelitas con frecuencia cayeron en la tentación de sustituir el culto al Dios único por los diversos ídolos.

Con frecuencia algunos justifican un cierto sincretismo religioso, o el valor más o menos equivalente de todas las religiones con la excusa de que nuestro lenguaje es muy pobre respecto a Dios, y las religiones aportan experiencias complementarias. Sin embargo ya señalamos que nuestro lenguaje sobre Dios es pobre y limitado, pero puede ser verdadero, y no es lo mismo decir, por ejemplo, que Dios es personal, o que no es personal, que ha creado el mundo, o que es parte del mundo etc. De esta manera, si las afirmaciones de la religión cristiana son verdaderas no lo pueden ser las afirmaciones de otras religiones que se opongan a ella. Un contexto de pluralismo religioso es ocasión para que el cristiano dé testimonio de su fe y comparta con otros este gran tesoro.

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

- 1.** ¿Al iniciar este temario, qué es lo que esperas del mismo?
- 2.** ¿Qué importancia das a pensar en el plan de Dios y a la religión dentro de la vida?
- 3.** ¿Cuáles son las cosas que dificultan la búsqueda de Dios?  
¿Qué aspectos de la sociedad hacen más difícil buscar a Dios?

4. ¿Procuras conocer a Dios? ¿Al pensar en Dios das más importancia a lo que Cristo nos ha dicho, o a lo que se oye en el ambiente, o a revelaciones privadas, apariciones, etc?
5. ¿Cómo ves las religiones no cristianas?

## **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II* del 13-III; 20-III; 27-III; 3-IV; 5-VI;  
12-VI-1985

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Domini-  
nus Jesus*  
(6-VIII-2000) nn.1-8

# LA TRANSMISIÓN DE LA REVELACIÓN DIVINA

### 1. La Tradición Apostólica (CEC 75-83)

«Cristo nuestro Señor, en quien alcanza su plenitud toda la Revelación de Dios, mandó a los Apóstoles predicar a todos los hombres el Evangelio como fuente de toda verdad salvadora y de toda norma de conducta, comunicándoles así los bienes divinos: el Evangelio prometido por los profetas, que Él mismo cumplió y promulgó con su voz» (DV 7).

Ya hemos visto que Dios se revela especialmente mediante el envío de Jesucristo: sus acciones y palabras constituyen su mensaje. Precisamente para que este mensaje permaneciera en el mundo, y de una manera eficaz, lo confió a los Apóstoles, que a su vez lo fueron predicando y transmitiendo a sus sucesores: esto es lo que se denomina *Tradición Apostólica*. Ahora bien, esta tradición se comunicaba de dos maneras, en primer lugar oralmente, con las palabras, predicaciones, ejemplos etc, de los mismos Apóstoles, en segundo lugar los mismos apóstoles o gente de su época (los denominados varones apostólicos) lo pusieron por escrito inspirados por el Espíritu Santo. De este modo nos encontramos con la Tradición y la Sagrada Escritura. Hoy en día estamos muy acostumbrados a disponer de textos escritos, pero en la Antigüedad la memoria tenía un papel mucho más importante del que hoy nos podemos imaginar; algunos autores antiguos, como Papías, por ejemplo, decían preferir el recuerdo de los dichos de los Apóstoles a la lectura.

Según lo que hemos dicho en el párrafo anterior no puede haber contradicción entre la Tradición que viene de los Apóstoles y la Sagrada Escritura: de hecho esta última fue la Tradición de ese momento (o al menos lo principal) puesto por escrito con la inspiración del Espíritu Santo. Obviamente también autores de la Antigüedad nos comunicaron cosas que venían de los Apóstoles y las pusieron por escrito, pero con frecuencia bastante tiempo después, y ya como una labor más personal, no bajo el carisma de la inspiración, del que hablaremos después. No pocas cuestiones que tenían que ver con la celebración de los sacramentos, o con la vida de la Iglesia, y que procedían de los Apóstoles eran una realidad viva, que los cristianos conocían y sólo después se escribieron. Un ejemplo lo tenemos en la Eucaristía: cuando san Pablo habla en 1 Cor 11,23 de la institución de la Eucaristía lo presenta como algo que se le ha transmitido desde hacía tiempo, o cuando san Justino describe en el siglo II la celebración de la Misa enseña que eran cosas muy anteriores a reflejarlas por escrito, y que en algunos casos se remontaban al mismo Cristo. Por este motivo la Iglesia cuida tanto la tradición Apostólica, gracias a la cual conoce cuáles son los libros de la Escritura y su correcta interpretación. Junto a esta gran tradición, hay otras tradiciones, que son posteriores, que dependen de los diversos lugares, etc, y que ayudan a comprender o vivir la fe; esas tradiciones sí que se pueden ir modificando con el tiempo y las circunstancias.

## **2. La interpretación del depósito de la fe**

*(CEC 84-95)*

El depósito de la fe, que es como el conjunto de las enseñanzas que proceden de Jesús y los Apóstoles ha sido confiado al conjunto de la Iglesia. No siempre aparece de manera clara y concreta el sentido de esas palabras y con frecuencia hace falta interpretarlas, sobre todo cuando nos encontra-

mos ante nuevas situaciones y problemas. Precisamente para esta correcta interpretación disponemos del Magisterio de la Iglesia. El Señor prometió a los Apóstoles el Espíritu Santo que «les guiaría a la verdad plena»: esto se cumple en el Magisterio. No es que el Magisterio esté por encima de la Palabra de Dios (sea Escritura, sea Tradición) sino que está a su servicio, pero parte de este servicio consiste en establecer si las opiniones o las interpretaciones particulares de unos y otros corresponden a lo que Cristo ha querido. Para realizar esto es para lo que aseguró la presencia del Espíritu Santo en la Iglesia.

A veces el Magisterio propone la enseñanza del Evangelio en forma de *dogmas de fe*, es decir, afirmaciones que se encuentran en la Palabra de Dios, aunque a veces de una manera no muy clara, o con un lenguaje que se podría malinterpretar. La Iglesia lo formula con claridad para que así puedan evitarse las dudas o los errores. Los dogmas principales son sobre el misterio de la Trinidad y sobre Jesucristo, verdadero Dios y verdadero hombre, pero también son importantes los dogmas sobre la Iglesia, los sacramentos etc; en estos pronunciamientos la Iglesia no se puede equivocar, por la ayuda del Espíritu Santo, y en ese sentido se dice que son infalibles. También puede haber otras intervenciones de la Iglesia que sean definitivas aunque no tengan la misma importancia de los dogmas, y por eso son infalibles; asimismo otras veces la Iglesia se pronuncia de una manera prudencial, que todavía no es definitiva, porque se mezclan cosas que están claras con otras que no lo son tanto. El Magisterio supremo corresponde al Papa, o al Papa junto con el resto de los obispos.

Ahora bien, todos los fieles cuentan con la ayuda del Espíritu Santo para ir conociendo y gustando la verdad, y en ese sentido si nos dejamos llevar de la fe sabemos que no nos equivocamos: el problema es que no pocas veces confundimos la fe con nuestras ocurrencias, o las mociones del Espíritu Santo con nuestros caprichos. Para evitar estas arbitrariedades y proteger la fe contamos con la ayuda del

Magisterio. Es curioso que algunas personas vean las intervenciones del Magisterio como un límite que impida pensar, cuando en realidad es una ayuda para que nuestro pensamiento se mantenga dentro de la verdad y pueda avanzar con seguridad y sin miedo.

### **3. Inspiración, canon y verdad de las Escrituras** (CEC 101-108; 120-130)

Antes hemos dicho que la Palabra de Dios fue escrita bajo la inspiración del Espíritu Santo, pero ¿qué quiere decir exactamente esta expresión? Dios se ha valido de determinadas personas, elegidas por Él, para que pusieran por escrito todo y sólo lo que Dios quería, ya que Dios actuaba en ellos y por ellos. Obviamente cada autor tiene su estilo propio, tenía sus vivencias, procuró informarse, etc, pero todo esto se realizó bajo la ayuda especialísima de Dios, de manera que Dios es autor de esos libros, sin que eso quiera decir que los hagiógrafos o autores sagrados han sido meramente pasivos. Sucede algo parecido a lo que tiene lugar cuando hacemos el bien con la ayuda de Dios: ciertamente nosotros colaboramos, pero Dios es quien nos mueve interiormente. En este caso el objetivo de esta intervención de Dios era nada menos que poner por escrito lo esencial del mensaje de la salvación. A veces se emplea también el término *instrumento*, para decir que los hagiógrafos o autores sagrados han sido *instrumentos* de Dios, pero hay que entenderlo bien, ya que se trata de *instrumentos vivos*: de manera análoga a como un pintor pinta un cuadro con un pincel, y si empleara otro distinto habría alguna diferencia entre los cuadros (aunque siempre sale, lógicamente, lo que quiere el pintor). El que hayan sido inspirados por Dios no quiere decir que hayan sido meramente dictados, aunque el resultado sea lo que Dios quiere, pues la gracia de Dios llega hasta todos los detalles.

Los libros que han sido escritos bajo este carisma de la inspiración, y han sido reconocidos por la Iglesia se denominan *libros canónicos*. El proceso para reconocer cuáles libros fueron inspirados por Dios y cuales no llevó su tiempo, ya que algunos se usaban más en unas comunidades que en otras (no olvidemos las grandes dificultades y el precio en la época para hacerse copiar libros). La lista integral de los libros, tanto del Antiguo como del nuevo Testamento es lo que se denomina *Canon*. No todos los libros del Canon tienen la misma importancia, aunque hay relación entre todos. Los textos del Antiguo Testamento adquieren todo su sentido si se leen a la luz de Cristo: son verdadera palabra de Dios, pero orientada a Jesucristo. En el Nuevo Testamento la parte más importante son los cuatro Evangelios, escritos a partir de la vida y enseñanza de Jesús, según fue recogida por la primera tradición oral puesta después por escrito: por eso la Iglesia ha confesado siempre su convencimiento de la historicidad de los mismos. Otros textos del NT, como las cartas de san Pablo, también nos transmiten enseñanzas importantes.

#### **4. ¿Cómo interpretar la Sagrada Escritura?**

(CEC 109-119)

Como en la Sagrada Escritura Dios habla al hombre de una manera humana, es preciso tener en cuenta lo que los autores humanos quisieron transmitirnos. Para esto hay que conocer el modo de expresarse de las personas en aquella época, que a veces es distinto del nuestro (está escrita en otro idioma, tiene algunas características literarias propias, etc). Pero dado que la Escritura ha sido inspirada por el Espíritu Santo, para captar verdaderamente su significado hay que leerla e interpretarla con el mismo Espíritu con que fue escrita. Este punto es fundamental, porque algunos autores quieren reducir lo que dice la Escritura a las ideas o



modos generales de pensar que había en una época, y aun- que los autores sagrados escribieran en una época antigua determinada, lo que decían suponía con frecuencia una auténtica novedad que tenemos que saber captar. Para que no perdamos su mensaje hay que leerla en ese Espíritu que la inspiró. El Concilio Vaticano II sugería tres caminos: a) Ver toda la Escritura como una unidad, de manera que unas partes iluminan otras; b) leer la Escritura a la luz de la Tra- dición viva de toda la Iglesia; c) tener presente la *analogía de la fe*, es decir, el conjunto de las verdades de fe que están en relación unas con otras.

Todos estos puntos son muy importantes, porque a veces cuando presenta la Escritura acontecimientos que son milagrosos, o sobrenaturales, la tentación de algunos autores es reducirlos a meras imágenes, o incluso a relatos inventa- dos. Tenemos que tener presente el modo de hablar de cada época, pero si algo se nos presenta como un hecho real, por ejemplo, la multiplicación de los panes y los peces, no podemos reducirlo a un ejemplo o un invento del autor para animarnos a compartir. El compartir está muy bien, pero allí lo que sucedió es que Jesucristo multiplicó milagrosa- mente unos alimentos.

## **5. Sagrada Escritura en la vida de la Iglesia**

(CEC 131-133)

La Iglesia anima continuamente a los fieles a que lean la Palabra de Dios, y de hecho la proclama solemnemente en la Misa y en la Liturgia de las Horas. Es importante además que cada fiel se acostumbre a la lectura y meditación per- sonal. Se debe comenzar por los textos más sencillos, como los Evangelios, o textos de san Pablo que se escuchan en la Misa, con la ayuda de comentarios que ayuden a captar bien el sentido. Los textos del Antiguo Testamento pueden ser un poco más complejos de comprender, ya que se refieren

a un tiempo que nos resulta más lejano y que conocemos peor; se podría comenzar con la lectura o la oración de los salmos y pasar después a otros textos más difíciles. En cualquier caso siempre la Palabra de Dios tendrá nuevas riquezas para los creyentes, y por eso la Iglesia siempre se apoya en la Escritura.

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Dedicas algún tiempo a la lectura de la Palabra de Dios?  
¿Al menos la lectura previa de lo que escuchamos en la Misa?
2. ¿Tienes interés en conocer cuáles son las grandes afirmaciones que hace la Tradición de la Iglesia?
3. ¿Sabrías dónde buscar una exposición correcta del mensaje cristiano?
4. ¿Qué dificultades se encuentran en nuestra época para poder leer la Palabra de Dios y la enseñanza de la Iglesia?

### **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II del 24-IV; 1-V; 8-V; 27-V-85.*

# LA RESPUESTA DE LA FE

### 1. La obediencia de la fe (CEC 144-152)

En el tema anterior hemos visto que Dios se revela para que el hombre pueda vivir en amistad con Él; por la fe el hombre somete completamente su inteligencia y su voluntad a Dios, de manera que da su asentimiento a Dios que se revela. La fe es *obediencia*, palabra que viene del término *ob-audire*, es decir, relacionada con el *escuchar*: se escucha y acepta su palabra porque quien la garantiza es Dios, la Verdad misma.

En el Antiguo Testamento encontramos diversos personajes que son ejemplo de fe a lo que Dios les proponía, y entre ellos destaca Abraham, quien por la fe «obedeció y salió para el lugar que había de recibir en herencia y salió sin saber a dónde iba» (Hb 11,8). No obstante el gran ejemplo de fe es la Virgen María, que acogió el anuncio del ángel y creyó en la promesa de que sería Madre de Dios; con razón todas las generaciones la llamamos bienaventurada (Lc 1,48). Es importante recordar que Jesucristo en cuanto hombre no tuvo fe, porque *veía* continuamente al Padre, como trataremos más adelante: la fe conlleva una cierta oscuridad, aunque nos fiemos de Dios, mientras que Cristo tenía otro tipo de conocimiento respecto a Dios. Es modelo de obediencia al Padre, pero la fe conlleva una obediencia unida al no ver con claridad, cosa que en Jesucristo no sucedía.

La fe es una adhesión personal del hombre a Dios y para esto es necesario aceptar lo que Dios ha revelado. Difícil-

mente puedo decir que me fío de otra persona o que soy su amigo si no quiero reconocer lo que me dice. En el caso de la fe humana puede fallar, porque no siempre nuestros amigos son completamente de fiar, pero en el caso de Dios no puede ni engañarse ni engañarnos. Al mismo tiempo la revelación nos viene mediante el Hijo amado del padre, a quien continuamente se nos dice que le escuchemos; también hace falta el Espíritu Santo para aceptar que «Jesús es Señor» (1 Co 12,3). Así pues, la Iglesia cree en el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo y gracias a Ellos.

## **2. La fe como gracia y como acto humano**

(CEC 153-155)

El primer aspecto que debemos tener claro en la fe es que es una gracia: el llegar a creer es un don de Dios. Ya el mismo Cristo decía a san Pedro que reconocer a Jesús como el Hijo del Dios vivo no ha venido de la carne y de la sangre sino del Padre que está en los cielos. La Iglesia ha insistido en que sin una ayuda especial de Dios, que mueve nuestro corazón, no sería posible que creyéramos. Si esa ayuda se convierte en algo estable en nosotros hablamos de la virtud de la fe, infundida en nosotros por el Espíritu Santo. Ciertamente es ya un gran regalo el haber escuchado la revelación, pero el responder positivamente es un don mucho mayor de Dios. Esto no quiere decir que haga falta una experiencia mística particular, sino que de una manera sencilla, y casi sin darnos cuenta, el Espíritu Santo hace que aceptemos lo que se nos ha revelado y así podamos vivir en la amistad con Dios.

El segundo aspecto, también importante, es que la fe consiste en un acto auténticamente humano. La ayuda de la gracia no hace que la inteligencia y la voluntad estén paradas, ni tampoco es contrario a su dignidad el adherirse a un testimonio que proviene de Dios. En las mismas relaciones humanas continuamente estamos haciendo actos de

fe en otros, luego con mucha mayor razón respecto a Dios. Por otra parte la fe da lugar a toda una serie de actividades de la misma razón y de la voluntad, a las que lleva mucho más allá de lo que cabría esperar de sus solas fuerzas. Creer, en sentido propio, es «un acto del entendimiento que asiente a la verdad divina por imperio de la voluntad, movida por Dios mediante la gracia» (DS 3010). Por eso es importante ver el papel que tienen la inteligencia y la voluntad en la fe.

### **3. La inteligencia y la voluntad en el acto de fe** (CEC 156-160)

En el acto de fe nuestra inteligencia acepta una serie de verdades debido a la autoridad de Dios que nos las enseña. Ante las verdades de la fe nuestro entendimiento se encuentra ante algo que le supera, y las aceptamos porque las ha revelado Dios. Ahora bien, esto no significa que creamos cosas absurdas. Los enunciados de fe no se oponen a la razón. Es verdad que no los podemos demostrar racionalmente, pero tampoco podemos demostrar racionalmente lo contrario. Por otra parte existen diversos argumentos o signos exteriores que nos inducen a favor de la fe, como pueden ser los milagros, el cumplimiento de las profecías, la propagación de la santidad de la Iglesia o multitud de motivos que para cada persona individual son una ayuda a su fe. Pero en cualquier caso el aceptar la fe se debe a que nos apoyamos en la Palabra de Dios, por eso la fe es más cierta que cualquier otro conocimiento. Las verdades de fe pueden parecer oscuras a la razón humana, debido, precisamente a la limitación de la misma, pues se trata de cosas que nos superan y que no veremos claras hasta la contemplación de Dios en la vida eterna. Quizá las podríamos comparar al aprendizaje de un niño: al principio cosas que son verdaderas y muy claras para un adulto resultan incomprensibles para un niño, pero después de un aprendizaje llegará a verlas con claridad:

esa claridad nosotros la tendremos al contemplar a Dios, pues en esta vida sus misterios siempre nos resultarán oscuros y habrá en la fe siempre falta de claridad.

Por otra parte el creyente desea comprender cada vez mejor lo que se le ha propuesto; a la vez este mayor conocimiento suscita una fe mayor, de ahí las palabras de san Agustín: «cree para comprender y comprende para creer». En todo caso debemos tener muy claro que no puede haber contradicción entre la fe y la razón, o la fe y la ciencia. El problema se da cuando se pretende buscar en la ciencia respuestas a todas las cuestiones, incluso a aquellas que van mucho más allá del método de las ciencias; también podrían darse problemas si alguien quisiera emplear la Sagrada Escritura como explicación científica de la realidad, cuando ese no es el objetivo de la Escritura. La ciencia tiene su ámbito, la filosofía el suyo, la fe el suyo: hay relación entre unas y otras, y mientras se cultiven las ciencias con rigor no puede haber contradicciones con la fe. Lamentablemente a veces algunos científicos que sostienen *creencias* ateas o agnósticas, usan su prestigio científico contra la fe, pero en ese caso ya no actúan como científicos, sino como *creyentes* en una *fe no cristiana*.

Cuando se cree, interviene también la voluntad, que responde positivamente a Dios. Ya hemos dicho que no aceptamos las verdades de fe porque nos resulten evidentes o muy claras, aunque tenemos argumentos a favor de las mismas; hace falta que intervenga la voluntad para que, con ayuda de la gracia, aceptemos lo que Dios nos ha revelado. Precisamente como la fe es voluntaria no se puede forzar a nadie a creer: se debe dar testimonio de la propia fe e invitar a la misma, pero no se puede imponerla por la fuerza. Tampoco es aceptable que se quieran imponer por la fuerza otras *fes* de tipo agnóstico o laicista, como con frecuencia sucede.

## 4. Necesidad de la fe para la justificación

(CEC 161-164)

Ya en la carta a los Hebreos se dice que «sin la fe es imposible agradar a Dios» (Hb 11,6); no se entendería que el hombre quiera vivir cerca de Dios y participar en su amistad si no acepta lo que Dios le dice. Por esto se habla de que la justificación requiere la fe, a la que se debe añadir la esperanza y la caridad, es decir, una fe con obras buenas realizadas con ayuda del mismo Dios. Si no aceptáramos lo que Dios nos ha dicho mediante Jesucristo y su Iglesia sería falso decir que le amamos, o que queremos seguirle. De ahí la importancia de mantenernos siempre, de perseverar en la fe verdadera y llevar a la práctica sus enseñanzas. Algunos piensan que el cristianismo debería reducirse a una serie de actos de beneficencia material, sin embargo Jesucristo vino para traernos la vida eterna, que consiste en una nueva relación con Dios, y que incluye confesar la verdad acerca de Dios; de lo contrario nos encontraríamos ante una oculta soberbia que no quiere aceptar lo que Dios nos ofrece y en el fondo pretende salvarse por sí misma.

Con la fe gustamos por anticipado lo que tendremos en la vida eterna: entonces veremos a Dios cara a cara (1 Co 13,12), «tal cual es» (1 Jn 3,2). La fe, a través de sus profundas verdades nos ofrece como una imagen, como un reflejo de lo que será la vida eterna, mucho mejor de todo lo que podamos imaginar. Con razón exclamaba san Pablo: «Ni el ojo vio, ni el oído oyó ni vino a la mente del hombre lo que Dios ha preparado para los que le aman: a nosotros nos lo ha revelado por su Espíritu» (1 Co 2,9). Lo que sucede es que las muchas dificultades de la vida, los pecados, el mal, la muerte, parecen contradecir lo que nos transmite la fe. Sin embargo en la misma fe encontramos luz para captar el sentido de esas realidades, a la luz de la Cruz de Cristo.

## 5. La fe de la Iglesia (CEC 166-175)

En los apartados anteriores se ha indicado cómo la fe es un acto personal y libre que responde a la iniciativa de Dios, pero esto no quiere decir que sea un acto aislado: la fe no es algo que nos demos a nosotros mismos, sino que otros nos han transmitido, y así desde los Apóstoles hasta nuestros días. Al mismo tiempo todos somos responsables en la transmisión de la fe: la fe de unos ayuda a los otros, y al compararla se fortalece.

La salvación nos viene de Dios, pero Jesucristo ha dejado establecida a la Iglesia para que sea la madre y maestra en la fe, según las palabras de san Pablo: «columna y fundamento de la verdad» (1 Tim 3,15). De hecho a lo largo de la historia han surgido continuamente dificultades acerca de cómo interpretar o vivir la fe: para tener una palabra autorizada contamos con la ayuda de la Iglesia. A veces se piensa que las intervenciones de la Iglesia reducen la libertad del pensamiento de los fieles, pero es exactamente al revés, porque al mantenernos en la verdad, tenemos un gran seguridad y nuestro pensamiento se puede desarrollar sin caer en el error. Ya vimos antes que no todas las intervenciones de la Iglesia tienen la misma importancia, y que las más decisivas son los dogmas de fe, pero en general todas nos son muy útiles.

En la enseñanza que recibimos de la Iglesia es muy importante mantener el *lenguaje de la fe*. Al igual que sucede en los diversos saberes y ciencias hay una serie de términos técnicos que se deben aprender. Es cierto que el modo de explicarlos puede variar en las diversas situaciones, pero no podemos prescindir de tales fórmulas, porque de lo contrario nos exponemos a caer en el error y a que nuestra relación con Dios no sea verdadera. Evidentemente la fe se dirige a las realidades que expresan las fórmulas, al igual que sucede con nuestras palabras, pero para acercarnos a esas realidades necesitamos las fórmulas de fe.



Por último es importante subrayar que la fe de la Iglesia es algo único, a lo largo de los siglos, y en las diversas naciones. En nuestra época, gracias a la acción del Espíritu Santo en la Iglesia podemos conocer con más detalle algunas cosas que hace siglos no se conocían con certeza, por ejemplo, los primeros cristianos sabían que la Virgen María es la «llena de gracia» (Lc 1,28); hoy nosotros (desde 1854 en que se proclama el dogma de la Inmaculada) sabemos que ese ser «llena de gracia» quiere decir que nunca tuvo pecado original. No es que haya cambiado la fe, sino que se ha formulado con más precisión. Pueden cambiar cuestiones de detalle, o modos de proponerla, pero nunca la fe. La razón básica de esta permanencia es que la fe es un regalo, algo que nos ha dado Dios, no fruto de un esfuerzo humano. En los saberes humanos, o en las ciencias, lo que se conoce es fruto del trabajo de los hombres, y en ese sentido hoy conocemos cosas que antes ignoramos: en el caso de la fe no es así. Podemos saber hoy más consecuencias o aplicaciones de la fe, pero lo esencial, que se contiene en el Credo y en las grandes decisiones de la Iglesia no cambia, porque tiene una novedad y juventud permanente.

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Me doy cuenta de que la fe es algo fundamental en mi vida religiosa o reduzco esta a una cuestión de mero sentimiento dejando de lado la fe?
2. ¿Pido a Dios en mi oración que me mantenga en la fe verdadera y la lleve a la práctica? ¿Valoro el tesoro que es conocer la verdad acerca de Dios?
3. ¿Procuró localizar y resolver las dificultades que se me presentan entre mi fe y mi modo de pensar en diversos temas?

4. ¿Trato de acomodar mi fe a la fe de la Iglesia? ¿Sé distinguir lo que son las grandes enseñanzas de la Iglesia de problemas que se den en la vida eclesial?
5. ¿Extiendo la fe católica entre la gente más cercana a mí?

## **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II 10-IV;17-IV; 19-VI-85.*

# CREEMOS EN UN SOLO DIOS

## 1. El Dios único y trascendente

La primera afirmación de la fe cristiana es que hay un solo Dios. En la fe cristiana todo nos habla de Dios, y cuando nos referimos a los hombres o al mundo lo hacemos en relación a Dios. Por eso lo más importante de todo es creer en Dios.

Ya en la Antigua Alianza Dios se revela como el único Dios: no hay más que un solo Dios, y los ídolos o dioses de los pueblos gentiles no son Dios. El comportamiento del hombre tiene que comenzar siempre por amar a este único Dios y reconocerle. En Dt 6,4-5 se resume esto con absoluta claridad: «Escucha Israel: el Señor nuestro Dios es el Único Señor. Amarás al Señor tu Dios con todo tu corazón, con toda tu alma, con todas tus fuerzas». Gran parte de la historia de Israel, en especial las advertencias de los profetas, se resumen en el recuerdo continuo de esta verdad frente a la tentación de volverse a los dioses de pueblos paganos o a los ídolos.

Jesucristo recuerda este mandamiento cuando le preguntan cuál es el más importante de la Ley, y añade el amor al prójimo. Al mismo tiempo, como veremos más adelante, Jesús actúa de tal manera que muestra que Él también está al nivel divino, y por eso llama Padre a Dios de una manera especialísima y única: Dios, por tanto no es una única Persona, sino Padre, Hijo y Espíritu Santo. Ahora bien, la confesión de la Trinidad no se opone de ninguna manera a la unidad de Dios: simplemente nos permite conocer algo del

misterio de Dios en su unidad, un misterio que se nos escapa por su grandeza.

En principio a partir de las criaturas se podría llegar a conocer que existe un único Dios, distinto del mundo, pero la situación del hombre hace que este conocimiento no resulte tan fácil. Pensemos que aceptar la existencia de un Dios único creador está unido a la cuestión de que existe una ley moral, unos premios, castigos, etc., y no todos están dispuestos a aceptar las consecuencias que esto puede tener para su vida. Por otra parte muchas corrientes filosóficas han confundido al mundo con Dios, o han visto lo espiritual o lo divino como algo impersonal. De hecho en no pocas prácticas de oración orientales vemos una invitación a entrar en la propia interioridad, olvidándonos del resto, con la ilusión de que así se entra en contacto con Dios. Sin embargo eso no es correcto, pues Dios se distingue siempre claramente del mundo y de cualquier cosa creada (incluso de nuestro mismo espíritu) y será necesario encontrarlo según lo que Él mismo nos revela.

## **2. Dios revela su nombre: «El que es»**

*(CEC 198-213)*

El nombre de alguien nos informa acerca de su identidad, su esencia, etc. Precisamente Dios tiene un nombre porque no es una fuerza anónima e impersonal. El que Dios nos comunique su nombre quiere decir que desea darse a conocer a nosotros, como sucede cuando nos presentamos a alguien que hasta ese momento nos era desconocido. El comunicar el nombre quiere decir resultar accesible, de modo que se le pueda invocar. Desde el Antiguo Testamento Dios se revela poco a poco, pero la revelación fundamental es la que realizó a Moisés en la zarza ardiente, justo cuando iba a comenzar el Éxodo, la manifestación de la Ley, etc. Hay que tener en cuenta que los relatos acerca de Moisés fueron

puestos por escrito bastantes siglos después de que sucedieran, pero eso no impiden que nos transmitan el hecho de que Dios se reveló a Moisés para establecer el pueblo elegido.

Cuando Dios habla a Moisés lo primero que le dice es que es el *Dios de los padres*, es decir, el mismo que había hablado a Abraham, Isaac y Jacob, quien los había ido guiando y que ahora se presentaba a Moisés para cumplir con la promesa de liberar de la esclavitud a los descendientes de los patriarcas. Es por ello un Dios vivo que puede actuar más allá del espacio y del tiempo y que cumple sus promesas.

Ahora bien, nos puede sorprender el nombre que Dios da de sí mismo:

«Moisés replicó a Dios: “Mira, yo iré a los hijos de Israel y les diré: ‘El Dios de vuestros padres me ha enviado a vosotros’. Si ellos me preguntan ‘¿Cuál es su nombre’, ¿qué les respondo?”. Dios dijo a Moisés: “‘yo soy el que soy’: esto dirás a los hijos de Israel: ‘Yo soy’ me envía a vosotros”. Dios añadió: “Esto dirás a los hijos de Israel: ‘El Señor Dios de vuestros Padres, el Dios de Abraham, Dios de Isaac, Dios de Jacob, me envía a vosotros. Este es mi nombre para siempre: así me llamaréis de generación en generación’”» (Ex 3,13-15).

Ante todo, el nombre divino nos resulta profundamente misterioso porque Dios mismo es un misterio que nunca podemos comprender; en ese sentido su nombre es inefable, y este nombre indica que Dios está por encima de todo aquello que podemos pensar o comprender. Incluso los judíos no empleaban el término hebreo Yahvé que Dios reveló a Moisés por respeto al mismo. Ante el misterio de Dios surge en el hombre el sentimiento de la propia pequeñez e indignidad. En segundo lugar este nombre de Dios, *El que es*, hace referencia a que Dios permanece siempre fiel, y siempre está con nosotros, dispuesto al perdón y la misericordia: no cambia de opinión, como solemos hacer las personas humanas. Esta fidelidad se va a mostrar sobre todo en la muerte de Cristo por nosotros, de modo que Jesucristo pudo decir con toda

verdad: «Cuando levantéis en alto al Hijo del hombre, sabréis que «Yo soy», y que no hago nada por mi cuenta, sino que hablo como el Padre me ha enseñado» (Jn 8,28); en su muerte se mostraría esa bondad, porque el Hijo, que también es Dios, se ofrece por nosotros, para que nuestros pecados queden perdonados. En tercer lugar este nombre hace referencia a que Dios es inmutable y posee el ser de manera perfecta:

Él ES la plenitud de ser, de toda perfección, mientras que las criaturas continuamente están recibiendo el ser de Dios. Por eso hablar de Dios como el que es nos lleva también a hablar del Creador, como veremos en su lugar, porque Dios hace que todas las cosas existan, y son realidades distintas de Él.

### **3. Dios es Verdad y Amor (CEC 214-221)**

Dios se reveló ya a Israel como «rico en amor y fidelidad» (Ex 34,6). De esta manera nos indica que es un ser personal, que en todas sus obras muestra su gracia, benevolencia y su amor, y a la vez su fidelidad: es alguien de quien nos podemos fiar, porque nunca engaña. Como expresó gráficamente san Juan «Dios es luz, en él no hay tiniebla alguna» (1 Jn 1,5) y «Dios es amor de caridad» (1 Jn 4,8).

Se debe decir que Dios es la verdad porque es la fuente de toda verdad: las cosas son verdaderas y se pueden conocer porque Dios las ha pensado antes y las ha creado con su profunda sabiduría. No hay nada que se esconda a su mirada, ya que conoce todo, incluso lo que va a suceder en el futuro y los pensamientos más recónditos del corazón humano. Precisamente por todo esto la revelación que procede de Él es fiable: en el Antiguo Testamento de hecho las nociones de verdad y de fidelidad están estrechamente unidas, y en el Nuevo Testamento san Juan resume esto así: «Sabemos que el Hijo de Dios ha venido y nos ha dado inteligencia para que conozcamos al Verdadero» (1 Jn 5,20). Frente a esta verdad de Dios, el pecado siempre está relacionado con

la mentira: si el hombre se aparta de la verdad peca y se aleja de Dios. Con frecuencia son la propia soberbia y vanidad humanas las que llevan a alejarse de Dios, negándose a aprender de Dios, o pensando que se puede alcanzar la felicidad de espaldas a Dios.

A la vez Dios es Amor: es Amor en sí mismo, pues el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo son una eterna comunicación de amor. No es que Dios necesite de las criaturas, o se vea obligado a amarlas, sino que libremente ha querido comunicar su amor, ha creado y ha querido llamar a las criaturas personales (a los ángeles y a los hombres) a que participen con Él de esa felicidad que supera todo lo que podemos esperar y desear. Con mucha frecuencia en el Antiguo Testamento el pueblo rechazaba este amor y respondía con infidelidades (Ez 16, Os 11), pero el amor de Dios era más fuerte. El envío del Hijo, hasta morir en la cruz, y el del Espíritu Santo, son una muestra de este profundo amor divino.

#### **4. El todopoderoso (CEC 268-278)**

En la Palabra de Dios se afirma con toda claridad que Dios es todopoderoso: «Cuanto le place, lo realiza» (Sal 115,3), nada le es imposible y muestra de esto es *tanto* la creación de las cosas como el hacer participar al hombre de los dones divinos. Ahora bien, es importante no confundir su omnipotencia con arbitrariedad. A veces pensamos que alguien tiene mucho poder si puede hacer todos sus caprichos; en Dios no hay arbitrariedad ni caprichos, porque en Dios la justicia, la sabiduría y el poder están perfectamente unidos, como explica santo Tomás a quien cita el *Catecismo*:

«En Dios el poder y la esencia, la voluntad y la inteligencia, la sabiduría y la justicia son una sola cosa, de manera que nada puede haber en el poder divino que no pueda estar en la justa voluntad de Dios o en su sabia inteligencia» (CEC 271).

Nosotros no siempre entendemos el modo de actuar de Dios, pero es que sería algo pretencioso que la criatura pudiera comprender plenamente al Creador: no es que su modo de actuar sea absurdo, sino que nos supera. Lo que más nos llama la atención es que Dios parezca ausente para no impedir los males: en este sentido los caminos de Dios son misteriosos, pero lo que siempre resulta claro es que a nadie le faltará la ayuda de Dios para poder alcanzar su felicidad eterna, aunque a veces sea pasando por males materiales y tribulaciones. En este sentido Cristo crucificado es «poder de Dios y sabiduría de Dios. Porque la necedad divina es más sabia que la sabiduría de los hombres y la debilidad divina es más fuerte que la fuerza de los hombres» (1 Co 1,25): vemos cómo la Cruz termina en la Resurrección. Sólo la fe puede hacer que nos unamos a estos caminos de la omnipotencia de Dios.

## **5. Consecuencias de la fe en el Dios Único**

*(CEC 222-227)*

No es lo mismo tener fe en el Dios único, personal y trascendente que no tenerla, o creer cosas incorrectas acerca de Dios. Nuestra misma vida religiosa depende de cómo pensamos acerca de Dios. En este punto es muy necesario insistir, porque la invasión de técnicas de relajamiento-oración procedentes de oriente pueden llevar a pensar en Dios como en un vacío al que nos unimos por nuestras fuerzas mediante una serie de procedimientos, dejando toda imagen y renunciando a los medios que el mismo Dios ha establecido.

Un fe recta en Dios conlleva el reconocimiento de la grandeza y la majestad de Dios, de manera que la primera obligación de la persona es en todo amar y servir a Dios: esto en modo alguno elimina nuestra dignidad; más bien la afianza. Si hemos sido hechos a imagen y semejanza de Dios, el reconocer la grandeza divina es el mejor medio para respetar



la dignidad de cada persona. A la vez como Él es el Creador, sabemos que la creación es algo bueno, pero que no podemos divinizar ni considerar como nuestro objetivo último: es necesario respetarla y no abusar de ella, pero la adoración se debe sólo a Dios. Este punto también es especialmente importante porque a veces movimientos de respeto a la naturaleza se convierten casi en un desprecio al hombre y olvidan al creador de la naturaleza.

Al mismo tiempo como Dios es personal le podemos dar gracias, y como es todopoderoso y bueno le podemos invocar y confiar en Él en toda ocasión. Aunque las circunstancias sean difíciles la fe en Dios ayuda a recurrir a Él, sabiendo que nunca nos va a faltar lo que realmente es esencial para nuestra vida. Una fe correcta en Dios lleva a una oración correcta. Pocas personas resumieron mejor esto que santa Teresa de Jesús en su conocida oración: «Nada te turbe/nada te espante/ Todo se pasa,/ Dios no se muda,/ la paciencia/ todo lo alcanza;/ quien a Dios tiene/ nada le falta:/ sólo Dios basta» (CCE 227).

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Por qué motivo es importante conocer el nombre Dios?
2. Muchas personas casi consideran divina a la naturaleza ¿qué se les podría decir?
3. ¿Es lo mismo rezar a un Dios personal que a un dios impersonal?
4. ¿Qué obstáculos suele tener la gente para aceptar a Dios en su vida?

### Ampliación

*Catequesis de Juan Pablo II* 3,10,24,31-VII; 7,28-VIII; 18,25-IX; 2-X-85.

# EL MISTERIO DE LA SANTÍSIMA TRINIDAD

### 1. El misterio central de la fe cristiana

(CEC 232-237)

El misterio de la santísima Trinidad es simplemente el misterio de Dios en sí mismo, y por ello es la fuente de los otros misterios de la fe. Toda la historia de la salvación se ordena a revelar este misterio y a que la humanidad pueda llegar a disfrutar de la cercanía última con Dios en la vida eterna. Para evitar confusiones en una cuestión tan importante, como veremos, la Iglesia ha empleado una serie de términos que pueden parecer muy difíciles y abstractos, pero que nos orientan para captar en cierta medida el misterio íntimo de Dios.

El cristiano comienza a serlo precisamente cuando es bautizado en el nombre del Padre, y del Hijo y del Espíritu Santo: un único nombre, porque sólo hay un único Dios, pero que es Padre, Hijo y Espíritu Santo. Con sus obras Dios nos revela este misterio, que de otra forma ni siquiera podríamos imaginar. De hecho la fe del Antiguo Israel, antes de la Encarnación del Hijo eterno y el envío del Espíritu Santo, no había llegado a este misterio; es cierto que hay algunas huellas e indicios (vestigios, en sentido técnico) en la creación y en el Antiguo Testamento, pero sólo desde la venida de Jesucristo nos es manifestado este misterio. Por todo ello es un misterio de fe en sentido estricto: la mera

razón natural no puede conocerlo, y ni siquiera una vez revelado puede comprenderlo, aunque sí tratar de entender algo y desde luego disfrutar de la amistad de las Personas divinas. De esta revelación del misterio de la Trinidad depende, entre otras muchas cosas, la oración de la Iglesia, que se puede dirigir ahora al Padre, por el Hijo en el Espíritu Santo, o también a las Tres Personas a la vez.

## 2. La Revelación de Dios como Trinidad

(CEC 238-248)

La fórmula bautismal de Mt 28,19 nos habla de un solo nombre divino y tres personas. Es preciso, por ello, ir viendo algo de lo que nos dice la Palabra de Dios acerca de cada una de ellas. Respecto al Padre, en muchas religiones se denomina así al dios supremo, y en Israel el pueblo en su conjunto se considera «primogénito» (Ex 4,22), o se habla de Dios como Padre de los pobres. Este término expresa la bondad y ternura de Dios con las criaturas, y en este sentido se podrían emplear tanto imágenes paternas como maternas, como en Is 66,13; Sal 131,2, aunque Dios, evidentemente, trasciende la distinción humana de los sexos; de hecho nadie es padre como lo es Dios. Ahora bien, lo sorprendente es que Cristo revela que Dios es Padre en un sentido nuevo: Jesús manifiesta su relación de todo particular con Dios: «Nadie conoce al Hijo sino el Padre, ni al Padre le conoce nadie sino el Hijo, y aquel a quien el Hijo se lo quiera revelar» (Mt 11,27). Por eso, aunque Jesús nos alcanza el que lleguemos a ser hijos de Dios por adopción, siempre distingue *Padre mío-Padre vuestro*, porque Él es Hijo de Dios en un sentido del todo especial. Esto es lo que expresa san Juan al decir en el prólogo de su Evangelio: «El Verbo que en principio estaba junto a Dios y era Dios» (Jn 1,1), o en Col 1,15 «La imagen del Dios invisible» o en Hb 1,3: «resplandor de su gloria e impronta de su esencia».

Así tenemos que Jesús se distingue del Padre, pues habla con Él y se presenta como su Hijo, y a la vez Jesús se sitúa a un nivel divino, ya que existe desde siempre, está por encima del sábado, etc. De hecho en su pasión los sumos sacerdotes le acusaron precisamente de hacerse Dios. Esta absoluta novedad del Nuevo Testamento es lo que los primeros concilios de la Iglesia trataron de asegurar, y por eso dijeron que el Hijo es *consustancial* al Padre, y *Dios verdadero de Dios verdadero*.

Pero la novedad no acababa aquí: en la última cena Jesucristo anunció que enviaría *otro Paráclito* (defensor), que estaría con los discípulos y les ayudaría, guiándoles a la verdad plena (Jn 16,13). Este Espíritu también «viene del Padre» (Jn 15,26) y es enviado a la Iglesia, de una manera especial en Pentecostés, después de la glorificación de Jesucristo. Nos encontramos pues con otra Persona divina, que se distingue del Padre (pues viene del Padre) y del Hijo (es *otro* respecto al Hijo, y enviado por el mismo Hijo). La Iglesia aseguró estas profundas verdades explicando en el Concilio de Constantinopla del 381 que el Espíritu Santo es Señor y dador de vida, título que equivale al de Dios, que procede del Padre, y que recibe con Él una misma adoración y gloria.

En la tradición latina se añadió en el Credo que el Espíritu procede del Padre y *del Hijo* (Filioque) para subrayar que también el Hijo es Dios y que el origen eterno del Espíritu Santo también está en el Hijo eterno. En Oriente, en cambio, se prefirió subrayar que el único origen en la Trinidad es el Padre, y por eso se dice simplemente que procede *del Padre*, aunque se podía explicar que procedía *mediante el Hijo*. Estos matices tenían su causa en que en griego el término para indicar *procede* se refiere a proceder de un solo principio (y entonces sólo puede proceder del Padre), mientras que en latín el término para indicar *proceder* es más amplio. En realidad ambas formas de hablar son correctas, pues el origen último es el Padre, aunque el Hijo tiene que

ver con el origen del Espíritu Santo: el problema se dio cuando se extremaron las diferencias y esto fue la excusa para una ruptura eclesial que dura hasta nuestros días.

### **3. La formación del dogma trinitario**

(CEC 249-252)

Ya hemos indicado cómo algunos concilios de la Iglesia trataron de salvaguardar la confesión fundamental de la Palabra de Dios que hablaba de un solo Dios y a la vez del Padre, Hijo y Espíritu Santo, como en Mt 28,19 o 2 Co 13,13. Existía el peligro de pensar que Padre, Hijo y Espíritu Santo eran simplemente modos de manifestarse o presentarse Dios, pero en realidad sería una sola y única Persona: esto era la herejía del modalismo. También existía el peligro de pensar que el Hijo no era Dios, o al menos no era Dios verdadero, sino una criatura muy perfecta: esto era la herejía de Arrio. Hubo no pocas desviaciones que trataron de acomodar la novedad de la fe cristiana a las modas filosóficas o de pensamiento de cada época; también en nuestros días existe la tentación de ver a Cristo como un mero hombre, o al Espíritu Santo sólo como una fuerza o presencia de Dios, olvidando este misterio trinitario.

Para evitar estos inconvenientes la Iglesia empleó los términos «sustancia», traducido a veces como «esencia» o «naturaleza» para designar al Ser divino en su unidad, mientras reservó «hipóstasis» o «persona» para designar al Padre, al Hijo y al Espíritu Santo en su distinción real. Se habla también de «relación» para designar que su distinción consiste en la referencia de cada uno a los otros. Esto no era someter el mensaje cristiano a la filosofía, sino fijar una terminología para evitar que se deformara el misterio esencial de la fe cristiana.

## 4. Aspectos fundamentales del dogma de la Santísima Trinidad (CEC 253-256)

El *Catecismo de la Iglesia Católica* nos indica una serie de puntos absolutamente necesarios. En primer lugar, la Trinidad es Una: no son tres dioses, sino un Dios en Tres Personas, la «Trinidad consustancial»; no es que se repartan la única divinidad como si fueran porciones, sino que cada una de ellas es enteramente Dios, es decir, se identifica con la esencia divina. En segundo lugar, las personas son realmente distintas entre sí, pues Dios es único, pero no solitario; no se trata de tres nombres o modalidades del ser divino, sino de realidades que subsisten distintas: el Padre engendra, el Hijo es engendrado, y el Espíritu procede de ambos. En tercer lugar las Personas divinas son relativas unas a otras: esta distinción entre las Personas se da únicamente en las relaciones por las que unas se refieren a otras, de manera que, como explicó el Concilio de Florencia: «en Dios todo es uno, excepto lo que comporta relaciones opuestas».

Esta rápida presentación nos hace captar que se trata realmente de un misterio que sin haber sido revelado no se le habría ocurrido a nadie. Es algo que nos indica la profundidad de Dios que Él mismo nos ha comunicado en cierto modo, pero que no veremos con claridad hasta la vida eterna. A veces se compara la procesión del Hijo respecto al Padre con el concepto o Verbo mental que producimos al pensar, y la del Espíritu Santo respecto al Padre y al Hijo como el impulso de amor. Pero cualquier comparación siempre se queda corta. La cuestión es recordar que estas procesiones en Dios no conllevan ni cambio ni se producen en el tiempo.

En todo caso el dogma de la Trinidad nos asegura que nuestra salvación ha sido traída por el mismo Hijo de Dios, y que se nos da el mismo Espíritu Santo. No se trata de criaturas superiores a nosotros que nos han salvado, sino que han sido las mismas Personas divinas las que han inter-

venido en nuestra salvación. Por ello mantener el dogma trinitario es asegurar que el amor de Dios por el hombre es algo real y verdadero. Con este apunte entramos ya en la cuestión de las obras divinas y las misiones trinitarias.

## **5. Las obras divinas y las misiones trinitarias**

(CEC 257-260)

Dios desde toda la eternidad es Amor: Padre, Hijo y Espíritu Santo; por su bondad ha querido comunicar su felicidad a los hombres, y a esto nos ha llamado en su Hijo (Ef 1,5.9). La creación permitirá que existan personas creadas a las que comunicar su gloria, y la obra de la salvación después de la caída del pecado, con el envío del Hijo y del Espíritu Santo, que se prolongan en la Iglesia, se ordena a disfrutar de esa felicidad divina.

Todo la actuación de Dios es a la vez común y personal, pues da a conocer la propiedad de cada Persona divina y su naturaleza única: la vida cristiana debe ser una comunión con las Personas divinas sin separarlas. Para captar esto un poco mejor basta recordar que en nosotros, al ser creados, nuestra actuación es algo realmente distinto de nuestra naturaleza y de nuestra persona, mientras que en Dios su actuación y su esencia son lo mismo: simplemente se distingue Dios del resultado de su actuación, y por supuesto las Personas divinas se distinguen entre sí.

Se dice que el Padre envía al Hijo, o que ambos envían al Espíritu Santo no en el sentido de que haya un cambio de lugar: para Dios no hay lugar, ya que está en todas partes. Se trata de una nueva forma de presencia porque las criaturas pueden establecer una nueva relación con Dios. La misión más clara es la del Hijo: el Hijo se hace hombre, une a sí un alma y cuerpo, de manera que sus contemporáneos podían ver, oír, tocar, al Verbo de la vida (1 Jn 1,1-3). También el Espíritu Santo es enviado en cuanto que se hace pre-

sente en efectos exteriores. Junto con estas misiones exteriores podemos hablar de que cada una de las Tres personas vienen a habitar al alma de las personas en gracia. En la medida en que recibimos la vida nueva de Cristo mediante la fe, la esperanza y la caridad, es como si tocáramos a las personas divinas en su distinción, pues creemos en ellas, las amamos y están en nosotros como en un templo para ser adoradas, etc. Obviamente para vivir esto con profundidad hace falta avanzar en la vida espiritual (no se trata de imaginarnos simplemente a una de las Personas divinas o a otra), y se dará plenamente en la vida eterna.

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Podríamos conocer el misterio de la Santísima Trinidad si no tuviéramos fe?
2. ¿Cuándo invocamos a las Personas divinas?
3. ¿A qué Persona divina me dirijo más en la oración?
4. ¿Qué dificultades pueden aparecer al hablar del misterio de la Trinidad?
5. ¿Por qué motivos resulta importante conocer que Dios es Trinidad?

### **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II* 9,16,23,30-X; 6,13,20,27-XI; 4-XII-85.



# DIOS HA CREADO EL MUNDO POR SU BONDAD Y REALIZA SU DESIGNIO

### 1. **¿Por qué es importante hablar de la Creación? Relación con los temas anteriores** (CEC 279-289)

El tema de la creación es esencial porque se responde desde la fe cristiana a una de las preguntas que se hace cualquier persona: ¿De dónde vengo? ¿A dónde voy? ¿cuál es el origen de todo lo que existe? Es cierto que en este campo las ciencias de la naturaleza ofrecen respuestas, pero dentro de campos muy limitados: nos describen muchos aspectos de la realidad con un método de investigación, pero no pueden ir más allá; la filosofía se pregunta por sus causas últimas, pero la respuesta completa nos viene de la Revelación. Por ejemplo, ante el problema del mal es muy poco lo que las ciencias pueden aportarnos. Eso no quiere decir que haya que rechazar los conocimientos científicos y filosóficos, pero sí saber sus límites y tener presentes que a veces en este campo se han dado respuestas incorrectas. Si el hombre procediera con recta razón al menos podría llegar a saber que hay una causa última de todas las cosas más allá del universo, que se distingue de él.

No han faltado respuestas equivocadas en el campo de las religiones o de las filosofías a este respecto. Algunos han sostenido que todo es Dios, o que el devenir del mundo es el devenir de Dios, o que el mismo mundo es como una degra-

dación de Dios. Tales opiniones se pueden formular de manera mitológica, pero también de manera científica, como los que dicen que Dios sería simplemente las leyes de la naturaleza que determinan perfectamente todas las cosas; sin embargo en esa afirmación ya nos encontraríamos con un planteamiento filosófico incorrecto que aplica a lo creado características que son sólo propias de Dios, distinto del mundo.

En el Antiguo Testamento se ha revelado con toda claridad que Dios ha creado el mundo, y que por ello el mundo se distingue de Dios: ni siquiera se puede considerar que el hombre es un ser divino por naturaleza, por muy espiritual que sea. Pero no simplemente eso: Dios ha intervenido en la naturaleza y en la historia para elegir al pueblo de Israel y hacer una alianza con él. En multitud de pasajes del Antiguo Testamento, como los salmos, aparecen estas enseñanzas. Ahora bien, el misterio de la creación se esclarece cuando se revela la Trinidad de Dios, porque el Creador es Padre, Hijo y Espíritu Santo: el fin de la creación es que las criaturas personales puedan llegar a participar de la felicidad de Dios.

Así pues en el dogma de la creación hay algunos aspectos que podríamos llegar a conocer por nuestra razón, como el hecho de que hay un creador distinto del mundo. Incluso los conocimientos científicos nos ayudan a captar mejor la belleza y complejidad del universo material, que ciertamente ha sido muy bien pensado por Dios. Pero otros aspectos, como el que la creación haya tenido lugar en el tiempo y sea parte del designio de Dios para que podamos disfrutar de la vida eterna con Él, eso es algo que supera nuestra posibilidades de conocimiento.

## **2. El mundo ha sido creado para la gloria de Dios (CEC 293-294)**

La Escritura y la Tradición nunca han dejado de enseñar, ni de celebrar que el mundo ha sido creado para la gloria de Dios. Dios no ha hecho las cosas porque estuviera obligado

por una necesidad interna, o porque aumente su gloria o su felicidad al crear. Se trata en cambio de que Dios manifiesta y comunica su gloria al crear. Por eso se dice que es el amor y la bondad de Dios la causa de que Dios cree. Este aspecto fue resumido con mucha claridad por el Concilio Vaticano I en un texto que cita también el *Catecismo*:

El solo verdadero Dios, en su bondad y por su fuerza todopoderosa, no para aumentar su bienaventuranza, ni para adquirirla, sino para manifestar su perfección por los bienes que otorga a sus criaturas, con libérrimo designio, justamente desde el comienzo del tiempo, creó de la nada una y otra criatura [las criaturas espirituales y las corporales].

La gloria de Dios consiste precisamente en que se dé esa comunicación de su bondad, en palabras de san Ireneo: «La gloria de Dios es que el hombre viva, y la vida del hombre es la visión de Dios». De esta manera el desarrollo y la felicidad verdadera (es muy importante subrayar este último adjetivo) son una manifestación de esa gloria de Dios. Hay que evitar presentar esa gloria de Dios como si fuera un egoísmo: Dios no necesita nada de las criaturas, pero la verdad de la criatura tiene que llevarla a reconocer lo que ella es, en todo lo que depende de Dios, y más si cabe cuando es invitada a participar de los dones sobrenaturales.

### **3. ¿Cómo ha creado Dios? (CEC 295-301)**

Ante todo hay que decir que Dios ha creado el mundo según su sabiduría y su amor: el mundo no es producto de la necesidad, del destino ciego o del azar, sino que su causa última es Dios. Esto no quiere decir que en la realidad del mundo y en su desarrollo no hayan intervenido leyes en parte necesarias, procesos aleatorios, etc, que estudian las ciencias; pero el fundamento de todo, lo que hace que las causas diversas (estudiadas por las ciencias) se mantengan en el ser, es Dios.

Precisamente porque la causa última de todo es Dios se dice que Dios crea de la nada: Dios no necesita de nada previo para su actuación. Cuando nosotros, o cualquier otra realidad actúa, hace falta que exista alguna materia previa, que se modifica para producir una cosa distinta; o cuando una planta o un animal crece y se reproduce necesita unos nutrientes y unas condiciones previas. En el caso de Dios respecto al mundo no es así, porque Dios hace que exista toda la realidad. En la misma Sagrada Escritura (2 Mac 7,22-23. 28) se formula esto de manera explícita y la reflexión cristiana ha abundado mucho en estas cuestiones.

Por eso es importante no confundir creación, que es dependencia de todo lo creado respecto a Dios, del inicio del tiempo. Lo primero lo podríamos conocer incluso sin la revelación, lo segundo no. Incluso cabría pensar, como hace santo Tomás, en que Dios hubiera creado el mundo desde siempre, aunque no haya sido así. Este punto en nuestros días debe ser recordado porque algunos científicos sostienen que pueden formular teorías acerca de un universo que hubiera sido eterno: ciertamente, y también se pueden formular otras en sentido contrario, porque esta es una cuestión que nosotros no podemos resolver con nuestra razón natural.

Por otra parte todo lo creado está ordenado y es bueno. Dios lo ha dispuesto en «medida, número y peso» (Sap 11,20). Nuestra inteligencia puede captar este orden, al menos en parte, pero eso no quiere decir que sea algo que se pueda reducir a unas pocas y sencillas leyes. En cualquier caso lo creado es bueno, incluyendo lo material, sólo que las realidades materiales por su naturaleza son muy variables, mutables y cambian continuamente, naciendo y muriendo cuando se trata de seres vivos.

Dios mantiene toda la creación, pues hace continuamente que las cosas sean; como veremos esto no quiere decir que las cosas no actúen, sino que Dios es el que sostiene todo desde fuera, por así decir, del universo. Él está en

todas partes en cuanto que hace que toda exista, pero no se confunde con nada de lo creado. No hace falta insistir en la confianza que esta realidad puede dar al creyente.

#### **4. La divina providencia y las causas segundas (CEC 302-308)**

La providencia es el orden de cada una de las causas a su fin, tal como está en la mente de Dios desde la eternidad. Ahora bien, para realizar en el tiempo este plan Dios se sirve de la actuación de las criaturas. Esto muestra la verdad de la creación que da a las criaturas la posibilidad de actuar verdaderamente. Los que piensan que Dios tiene que hacerlo todo, y nada las criaturas, en el fondo no han comprendido la realidad de la creación.

En el caso de los hombres esta participación se produce de una manera libre: los hombres son causas inteligentes y libres para *completar* la obra de la creación, que Dios les confió. Ya en Gn 1,26-28 se habla de someter y dominar la tierra (lo cual no quiere decir abusar de los bienes creados). Incluso a veces los hombres colaboran inconscientemente con la voluntad divina, pero lo ideal es entrar en el plan divino con las acciones, oraciones, sufrimientos, etc. De hecho la mayor cooperación se da cuando contribuimos a que la salvación de Cristo llegue a todos y se extienda su Reino. Es muy importante no limitar esta colaboración al plano de lo material, porque también en el orden sobrenatural con nuestra oración verdaderamente colaboramos con Dios. De ahí que las técnicas de oración orientales que proponen una absoluta pasividad y que el hombre se diluya en Dios son incompatibles con la misma creación y con la providencia divina.

Nunca podemos olvidar que Dios actúa en las obras de las criaturas. Es la Causa primera, que fundamenta todas las otras causas (no primera en el sentido temporal, pues está en todas partes y en todos los tiempos), y que opera en y por

las causas segundas. San Pablo lo explicó con bastante claridad: «Dios es quien obra en vosotros el querer y el obrar, como bien le parece» (Flp 2,13), y sin embargo eso no quería decir que los cristianos no hicieran nada, sino precisamente san Pablo les exhorta a que perseveren y se mantengan fieles. Esta profunda verdad de la actuación de Dios es la mayor afirmación de la dignidad de la criatura. Las criaturas han salido de la nada, y sin el Creador se diluirían, pero con su ayuda pueden llegar a alcanzar su fin.

## 5. El escándalo del mal (CEC 309-314)

Una de las preguntas más difíciles que se le presentan al cristiano es que si Dios Padre todopoderoso ha creado un mundo ordenado y bueno, ¿por qué existe entonces el mal? Hay que decir que no podemos dar una respuesta sencilla, ni, por supuesto, pretender comprender la mente de Dios; es más, resultaría absurdo pretender que nosotros, que apenas conocemos las cosas materiales, podamos entender perfectamente el designio de Dios; sin embargo sí podemos alcanzar un cierto entendimiento, y mucho más importante, toda la fe cristiana es una manera de superar y vencer el mal.

Ante todo hay que ver qué queremos decir al hablar del «mal». Si nos referimos a los males físicos, es decir, a que para que existan unas cosas materiales deban desaparecer otras, para que coman unos animales deben ser comidos otros, entonces nos encontramos con un mal bastante relativo, simple consecuencia de la estructura material del universo. El problema es cuando esto nos afecta en forma de enfermedades, desastres naturales, etc, pues somos a la vez espirituales y corporales. No se puede negar que estos males son tremendos. Pero hay que pensar que este *mal físico* tarde o temprano desaparece con la muerte, y que como cristianos confesamos la inmortalidad del alma tras la muerte y la resurrección del cuerpo en el final de la historia.

El mal peor es el mal moral, es decir, el que una criatura personal, como los ángeles o los hombres pueda no alcanzar su fin último y se pierda para siempre. La libertad de la criatura cuando se rebela contra Dios puede dar lugar a esto: por eso el pecado, que lleva a esa perdición, es el peor mal. Dios nunca es causa de ese mal moral: lo permite respetando la libertad de la criatura, y cuando tal cosa sucede es porque se puede sacar un bien mayor, aunque a veces a nosotros nos cueste entenderlo; quizá aquí lo más sensato sea, cuando se padece un mal que no se puede evitar, tratar de ver cómo puedo colaborar para que de ahí puedan salir bienes; por ejemplo, al sufrir una ofensa, ver cómo puedo crecer en humildad, en pedir a Dios con más confianza, etc. De hecho del mayor mal, como fue la muerte de Cristo, nos vino el mayor bien, la redención y la salvación. Sólo al final, cuando veamos a Dios cara a cara conoceremos esos caminos de Dios, una vez que la creación haya llegado a su descanso definitivo.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Por qué es importante conocer que el mundo ha sido creado?
2. ¿Cómo puede ayudarnos la creación a glorificar a Dios?
3. ¿Me ayuda a vivir mejor el saber que existe la providencia de Dios?
4. ¿Pienso que el peor mal es el perder la vida eterna?
5. ¿Qué razones suelo dar cuando me encuentro ante el mal?

### Ampliación

*Catequesis de Juan Pablo II* 8,15,29-I; 5,12-III; 2,30-IV; 7,14,21,28-V; 4,11-VI-86.

# EL CREADOR DE LO INVISIBLE

### 1. La cuestión de los ángeles: una verdad de fe más importante de lo que parece (CEC 325-330)

En el credo de los apóstoles se profesa que Dios es «Creador del cielo y de la tierra», mientras que en el de Nicea y Constantinopla se dice que es «creador de todo lo visible y lo invisible». Estas palabras son simplemente un eco de la afirmación del Génesis, en que se habla de que Dios es creador «del cielo y de la tierra»; la palabra *cielo* tiene muchos significados en la Sagrada Escritura, y uno de ellos es precisamente el del conjunto de las criaturas espirituales o ángeles que rodean a Dios.

En la Sagrada Escritura aparecen estas criaturas en multitud de ocasiones, y, aunque es cierto que a veces se podría interpretar en singular *el ángel de Yahvé* como un modo de actuar de Dios, en otros muchos textos se trata de criaturas personales, distintas de los hombres. El Concilio IV de Letrán en el siglo XIII, recordó que forma parte de la fe reconocer que Dios ha creado a los ángeles, y más recientemente Pablo VI lo volvió a recordar en el Credo de Pueblo de Dios. Quien niegue la existencia de los ángeles no está dentro de la fe católica.

Esta verdad de fe es uno de los mejores antídotos contra el materialismo tan extendido en nuestros días, fruto de una divulgación ideológica que tiene muy poco que ver con la



ciencia, y para la que sólo existe lo material. Nos recuerda que los hombres no son las únicas criaturas personales del universo, sino que también existen los ángeles, quienes contribuyen a la misma hermosura del universo, aunque no les podamos ver. Al mismo tiempo su misma existencia espiritual y su servicio a Dios nos enseña que también ellos son criaturas, y que por ello no basta con que algo sea espiritual para que ya esté en contacto con Dios: ellos también han necesitado la ayuda de la gracia para volverse hacia Dios y para amarle, y nos ayudan como amigos para avanzar hacia nuestra felicidad eterna.

## **2. Los ángeles en la historia de la salvación**

(CEC 331-336)

En muchos pasajes del AT vemos que los ángeles protegen y ayudan a diversos personajes de la historia de la salvación, como Lot (Gn 19) o Abraham (Gn 22,17), intervienen en la comunicación de la ley (Hch 7,53) y asisten a los profetas (1 Re 19,5). Si comparamos lo que dice el Antiguo Testamento con otras religiones de su entorno vemos que los ángeles aparecen con mucha más discreción y siempre queda claro que no son Dios, sino criaturas al servicio de Dios.

En el Nuevo Testamento también aparecen: en la anunciación a la Virgen María por el ángel Gabriel (Lc 1,11.26), protegiendo la infancia de Jesús (Mt 1,20; 2,13.19), sirviéndole en el desierto (Mc 1,13), y reconfortándole en la agonía (Lc 22,43), de manera que, como resume la carta a los Hebreos, todos los ángeles están al servicio de Cristo (Hb 1,6). Se puede decir que la adoración a Dios que los ángeles prestaban en el Antiguo Testamento, en el Nuevo Testamento se centra en Cristo, lo cual es un modo de indicar que Cristo es verdadero Dios. Y así como ayudaban a los patriarcas y profetas en el Antiguo Testamento, ayudan a la Iglesia en el Nuevo; el libro de los Hechos de los Apóstoles muestra esta

presencia de los ángeles en varias ocasiones (Hch 5,18-20; 8,26-29; 10,3-8; 12,6-11; 27,23-25).

Por eso no es extraño que la Iglesia haga referencia a los ángeles en muchos textos de la Liturgia. En especial en la Misa, en que la Iglesia se une al culto del cielo, se invoca a los ángeles, y celebra a algunos cuyo nombre conoce (Miguel, Gabriel y Rafael), así como al ángel custodio o ángel de la guarda de cada cristiano. Desde la antigüedad cristiana hubo certeza, apoyados en las palabras de Cristo (Mt 18,10), de que cada cristiano contaba con un ángel que le ayudaba. En la historia de la Iglesia en no pocas ocasiones los santos dan testimonio de la ayuda que les han prestado los ángeles, de modo semejante a como puede ayudarnos un amigo, o una persona que ya está con Dios.

### **3. Los ángeles como criaturas personales**

(CEC 329)

Hasta ahora hemos hablado de las actuaciones de los ángeles, de las que no cabe duda por la Sagrada Escritura y la Tradición de la Iglesia. Sin embargo apenas se nos dice nada de *cómo* son los ángeles. En este aspecto los grandes teólogos como santo Tomás (llamado precisamente *doctor angélico*) han reflexionado algo, a pesar de la dificultad que tiene este tema. Dado que nosotros somos fundamentalmente materiales (aunque como veremos más adelante nuestra alma es espiritual), nos cuesta mucho pensar en una realidad que sea puramente inmaterial, y además que no sea Dios; sin embargo precisamente por este motivo es tan importante hablar de los ángeles, para que no caigamos en la tentación, como sucede en muchos medios orientales de oración, de pensar que basta con concentrarse en lo espiritual para estar ya en Dios: los ángeles son puramente espirituales y sin embargo no son Dios.

Al ser espirituales son inmortales, pues no están hechos de partes materiales que puedan disgregarse y destruirse. También al ser espirituales podemos decir que cada ángel agota su especie: sólo hay un ángel de cada especie, por así decir, pues no se dan diferencias materiales entre unos y otros, ya que no tienen materia. Son una gran multitud, aunque nunca se nos ha revelado su número, y hay diferencias entre unos y otros. De todos modos hay que evitar demasiadas elucubraciones en este tema, porque sería muy fácil equivocarse al tratarse de seres de los que apenas tenemos experiencia.

Lo que sí sabemos con certeza es que son seres personales, es decir, tiene conocimiento, libertad, conciencia y amor. Ellos no conocen porque entren en contacto con la realidad (al ser inmateriales la realidad material no influye sobre ellos), sino porque Dios les infunde una serie de conocimientos (como si dijéramos una ciencia infusa), con lo cual conocen las cosas mucho mejor que nosotros. También tienen una profunda libertad, sólo que, al contrario que nosotros, deciden de una sola vez. Esto nos puede costar entenderlo, porque estamos acostumbrados a elegir una cosa, luego otra, cambiar de opinión al tener nuevos conocimientos, o sensaciones, etc.; en el caso de los ángeles su decisión queda tomada de una vez para siempre, y es irrevocable. Cuando fueron creados Dios les concedió no sólo esos dones adecuados a su naturaleza, sino que también les dio una serie de dones gratuitos y sobrenaturales. Algunos de ellos aceptaron esta ayuda de Dios, y recibieron la bienaventuranza o felicidad eterna, ya para siempre. Estos son los ángeles que nos ayudan y que sirven a Dios. Otros, sin embargo, se rebelaron contra Dios, mirándose a sí mismos con soberbia, y se decidieron por el mal, en el que han quedado ya establecidos para siempre, y este es el caso de los demonios.

#### **4. La cuestión de los demonios (CEC 391-395)**

En la Sagrada Escritura también se nos habla de los demonios o ángeles que se volvieron contra Dios, quedando obstinados en el mal, y que tientan a los hombres. San Pablo es consciente de que la mayor oposición que encuentra la Iglesia es obra de los demonios (Ef 6,12; cf 1 Pe 5,8-9) y continuamente la Iglesia ha rezado para verse libre de su influjo. En la primera tentación (Gn 3,1-5) se ha visto la intervención del demonio (Sap 2,24; Jn 8,44; Ap 12,9). No cabe duda de que hubo un primer pecado de aquellos ángeles (2 Pe 2,4), porque fueron creados buenos por Dios; en este punto el Concilio IV de Letrán insistió mucho para que no se pensara que Dios era la causa del mal de los demonios, o que incluso los demonios hubieran sido creados por un dios malo.

El que los demonios estén para siempre apartados de Dios es consecuencia de esa naturaleza espiritual en la que las decisiones son irrevocables, un poco como lo que sucede al hombre después de su muerte, que queda ya fijo en lo que ha elegido en esta vida. De ahí que mantengan perpetuamente el odio a Dios y quieran hacer todo lo posible por evitar que los hombres se salven y que la Iglesia pueda desarrollar su misión.

En todo caso siempre hay que recordar que los demonios y el mismo diablo (quizá el ángel más importante que se rebeló contra Dios) son meras criaturas, es decir, su poder es muy limitado, y en modo alguno se puede comparar al poder de Dios. De hecho, el que puedan tentar o confundir es simplemente uno de los males que permite Dios, de manera análoga a la que permite otros males, como el que unos engañen a otros. Por supuesto que ningún ángel puede eliminar la libertad de una criatura personal.

## 5. ¿Pueden influir los ángeles y los demonios en nuestra vida?

Como hemos visto la Sagrada Escritura nos explica que ángeles y demonios han actuado en la historia de la salvación, de manera análoga a como las personas humanas actúan a favor o en contra de Dios, y ayudan o dificultan el que otros se salven. Por este motivo sabemos que tienen un cierto poder, aunque limitado, sobre las realidades materiales.

Uno de los casos más llamativos, aunque no se puede poner en duda, es el de las posesiones diabólicas. Este es un tema delicado en el que no han faltado exageraciones, pero sería absurdo reducir todos estos fenómenos a problemas de tipo psiquiátrico. Ciertamente muchos de los casos pueden responder a enfermedades mentales, pero quedan otros completamente inexplicables, y para ellos la Iglesia, siguiendo el ejemplo de Cristo, practica el exorcismo, que consiste en una serie de oraciones para pedir a Dios la liberación de una persona que está sometida a un influjo especial del demonio. ¿En qué consistiría ese influjo? No lo podemos describir con mucha certeza, pero parece que ciertas operaciones del que lo sufre están como en manos de alguien externo a sí: como si no pudiera controlar determinadas actuaciones, aunque esto no quiere decir que desaparezca la libertad. No son casos muy frecuentes (y suelen tener que ver en su mayoría con prácticas de ocultismo y alejamiento de Dios), pero la Iglesia los atiende (cuando quieren ser librados) mediante el ritual del exorcismo.

Mucho más frecuente es la tentación, el engaño, el sembrar dudas respecto a la fe verdadera, etc. De hecho lo más normal es que los demonios quieran pasar desapercibidos, incluso haciendo pensar que no existen, para de ese modo poder tentar mejor o alejar a las personas de Dios.

Pero el influjo de los ángeles buenos no es menor: pueden ayudarnos como amigos en Cristo, pues ellos ya participan

de la vida eterna. Obviamente es preciso que se les invoque y se les trate, al igual que a los santos. En este punto también a veces se han dado exageraciones, pretendiendo que los ángeles en algunos casos actúan de manera milagrosa permanentemente, están comunicando revelaciones de modo habitual, etc. A veces la Iglesia ha tenido que prevenir frente a estos excesos que sólo sirven para distorsionar la auténtica misión de los ángeles. La misma Iglesia ha aprobado una serie de oraciones a los ángeles, y pide su ayuda para no dejarse engañar por las tentaciones y errores que siembran los demonios. En el fondo el trato con los ángeles se inserta en la comunión de los santos, en la medida que estamos unidos a la Iglesia en el cielo. Sobre todo en la celebración de la Misa nos unimos a la adoración que los ángeles prestan a Dios. En este punto, de todos modos, la Misa es la perfecta adoración a Dios, por hacer presente el sacrificio de Cristo en la Cruz, y en ese sentido superior a la alabanza que prestan los mismos ángeles.

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Qué dificultades puede haber para aceptar la verdad de fe sobre los ángeles?
2. ¿Me tomo en serio que los ángeles nos ayudan y debemos invocarlos?
3. ¿Veo las celebraciones litúrgicas como una alabanza a Dios junto con los ángeles?
4. ¿De qué manera creo que suele tentar el demonio?
5. ¿Qué ideas suelen estar más difundidas respecto a los demonios?

### **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II 9,23,30-VII; 6,13,20-VIII-86.*

# DIOS HA CREADO LO VISIBLE

### 1. ¿Cómo entender el relato de la creación de los seis días del Génesis?

Los dos primeros capítulos del Génesis si no se leen de forma adecuada pueden ocasionar algunas perplejidades, porque existe una doble tentación: pensar que se deberían tomar al pie de la letra (hoy menos frecuente) o pensar que no son más que leyendas piadosas. Por otra parte como algunas de las cosas que dice son parecidas a las que enseñan otras religiones de la Antigüedad algunos se limitan a señalar que es una copia de esos textos. Sin embargo se trata de capítulos esenciales para comprender el mundo desde una perspectiva cristiana.

Ya san Agustín había notado que no se podían interpretar los seis días como la serie de veinticuatro horas que nosotros conocemos, y esto por un motivo muy sencillo: para nosotros el día tiene que ver con la salida y la puesta de Sol, pero en el relato del Génesis el Sol no es creado hasta el cuarto día, con lo cual resultaba evidente que esos relatos no podían ser una descripción de tipo científico. San Agustín, que daba mucha importancia al tema de los ángeles, entendió los diversos días como niveles o partes de la creación, que eran conocidas por los ángeles (tarde y mañana serían respectivamente el conocimiento que los ángeles tenían de las cosas por la ciencia que Dios les infundía, y por ver las cosas al contemplar a Dios). De hecho san Agustín

tendía a pensar más en una creación simultánea que se podía ir desarrollando después. Sin entrar en más detalles sobre la explicación agustiniana, este gran Padre de la Iglesia sabía que la Biblia no nos explica como funcionan los cielos, sino cómo ir al cielo.

Algunos siglos después santo Tomás explicaba que en general la Sagrada Escritura describe las cosas tal como aparecen a nuestros sentidos, sin entrar en más profundidades (por ejemplo, hablamos de que el Sol sale y el Sol se pone, aunque realmente lo que se mueve es la tierra). Por ello es poco serio pretender buscar descripciones científicas en la Biblia, porque además, si hubiera habido explicaciones adecuadas para una época, las épocas anteriores no las habrían comprendido, y para las posteriores hubieran quedado desfasadas; así lo más prudente era limitarse a describir las cosas de una manera sencilla. Esto, sin embargo, no quiere decir que este relato del Génesis carezca de importancia, o sea algo banal, como veremos en el segundo apartado.

## **2. Enseñanzas fundamentales del relato de la creación (CEC 337-344)**

La enseñanza fundamental es que todas las cosas son creación de Dios, y la existencia de las mismas depende de que Dios lo ha querido. Estamos muy acostumbrados a escuchar esto, pero en no pocas culturas de oriente el mundo se veía como fruto de luchas entre dioses, restos de ese combate, emanación de las divinidades etc. El relato del Génesis excluye todo eso: cualquiera de las cosas es una criatura, incluso el sol y la luna no son divinidades sino meros indicadores del tiempo, precisamente para que el hombre pueda celebrar las fiestas en su fecha adecuada. Por ello este relato es profundamente desmitologizador: sólo Dios es Dios, el resto son criaturas, y desde las más perfectas a las más insignificantes dependen de Dios.



Aparece además una pluralidad y diversidad de las criaturas que tiene su origen último en Dios. Este detalle también es importante, porque en no pocos autores antiguos se veía la pluralidad y la diversidad como un mal, o al menos como una degradación respecto a la Unidad última y perfecta que es Dios. La realidad material es plural y diversa pero tiene su razón de unidad en que ha sido creada por Dios y depende de Él. En realidad si pensamos un poco esta cuestión dado que toda criatura es finita y limitada es lógico que se dé una pluralidad, multitud y variedad para que reflejen diversos aspectos de la perfección de Dios.

Conforme avanza el relato se afirma que Dios ve que las cosas son buenas: tiene una bondad y perfección propia, aunque sea comunicada por Dios. Cada una de ellas refleja en cierta escala la bondad y perfección de Dios. Por eso el hombre debe respetar la creación; no es que las criaturas impersonales tengan derechos, es que el hombre, criatura personal tiene deberes hacia el resto de la creación. Además se advierte que unas criaturas están en relación con otras, por ejemplo, la hierba respecto al suelo, o los animales respecto a los vegetales de los que se alimentan. El orden de los seis días en cierto modo nos va indicando como una jerarquía o escala de complejidad creciente en las criaturas. Previamente el hombre aparece al final, como cumbre de la creación material, y con una serie de intervenciones especiales de Dios como veremos en el tema correspondiente.

### **3. El conocimiento de la naturaleza que aportan las ciencias y sus límites**

Hemos visto que la enseñanza fundamental de los primeros capítulos del Génesis es que todas las cosas dependen en su ser de Dios. Esta es una enseñanza más importante de lo que parece, porque nos indica que el mundo no es una realidad absoluta, que se pueda explicar perfectamente por sí misma,

sino que requiere un principio exterior (trascendente respecto a esa misma realidad) que sí es Absoluto. Supuesto esto, es amplísimo el papel que queda a la razón humana para tratar de conocer y comprender mejor las criaturas, con las leyes que las gobiernan y que explican su orden.

No es extraño que lo que hoy denominamos ciencia se desarrollara en culturas marcadas por la fe cristiana, porque para poder estudiar la creación hacen falta dos condiciones: tener presente que se trata de meras criaturas, que pueden ser estudiadas y usadas, no son objeto de adoración. Por otra parte hace falta al menos suponer que existe un cierto orden y armonía que se puede conocer, en caso contrario ¿qué sentido tendría ponerse a estudiar las criaturas?

Los grandes avances en las ciencias se produjeron cuando se avanzó en la medida de determinados fenómenos y se expresaron esos resultados mediante expresiones matemáticas. Esto permitía hacer una serie de predicciones y emplear tales conocimientos para desarrollar la técnica. No faltaron algunas tensiones cuando algunos pretendían considerar como algo absoluto los nuevos descubrimientos, y otros pretendían leer la Biblia como un libro científico. De hecho ciertos autores pensaron que la ciencia lograría explicar todo, y que bastaba realizar mejores observaciones y contar con unas buenas matemáticas para explicar todo. Algunos hicieron, pues, una lectura ideológica de la revolución científica en clave materialista y determinista, como sucedió en los siglos XVIII y XIX, pero cada vez se vio mejor que la ciencia y su lenguaje matemático tenía sus limitaciones, y en modo alguno se podía presentar como una explicación absoluta de la realidad. Por ejemplo un caso muy claro fue el pensar que todo está perfectamente determinado y lo podemos conocer a partir de unas pocas leyes; hoy sabemos que eso no es así, y que la indeterminación y el azar tienen su papel en la naturaleza, junto con el orden.

## 4. Creación y evolución

Precisamente uno de los puntos en los que se han producido más malentendidos ha sido respecto a la creación y la evolución, más en ámbito protestante que católico, al querer hacer una lectura inadecuada de esos capítulos del Génesis. En principio, como hemos visto, lo que el Génesis nos enseña es que toda la realidad depende de Dios, sin que esto quite que unas cosas dependieran de otras; el mismo san Agustín sostenía que en todas las cosas había unas *rationes seminales*, como informaciones, que permitían un desarrollo posterior de esas realidades.

La teoría de la evolución constató el hecho de que hace millones de años existían plantas y animales que hoy se han extinguido, y que las formas vivas cada vez han ido creciendo en complejidad. Esto son hechos que se han podido comprobar: la dificultad estaba en explicar cómo. Darwin ideó una serie de tres leyes mediante las cuales pretendía explicar cómo aparecen los nuevos seres vivos, de manera semejante a como Newton explicaba con tres leyes los movimientos celestes. Posteriormente hubo diversos descubrimientos de la genética etc. El problema es que la complejidad y la diversidad, teniendo en cuenta los años que lleva existiendo la vida en la tierra, no se puede explicar de esa manera tan sencilla: algunos casos sí, pero no todos. No es que se trate de explicaciones erróneas, pero sucedió que se tomó la solución a un problema parcial como una solución que valiera para todos los casos; sucedió algo parecido a otras ramas de la ciencia: por acertar en algunas cosas se pensaba que ya había solución para todas y con la ciencia se explicaría absolutamente todo. Hoy hay mucha más prudencia a la hora de tratar la evolución, pues el hecho de los cambios parece bien comprobado, pero los mecanismos que los explican son mucho más complejos.

En realidad en este campo se trata de evitar las interpretaciones ideológicas. La ciencia puede explicar algunos me-

canismos de evolución, pero no reducir la evolución a unas leyes absolutas que sean la solución para todo. Desde el punto de vista de la fe cristiana toda la realidad, tanto los primeros momentos del universo, los seres vivos más elementales, los animales superiores etc., dependen igualmente de Dios. Ya veremos que en el caso del hombre hace falta una intervención divina especial, pero en el resto da igual que todo existiera como hoy lo conocemos, o que unas cosas provengan de otras. Evidentemente no es serio pretender que cuando un cambio en la naturaleza no se puede explicar por las leyes de Darwin haya que decir que es que lo ha diseñado Dios; más bien la cuestión es que los modos de actuar la naturaleza son enormemente complejos y los conocemos sólo en parte. Dios, evidentemente, los conoce perfectamente y para él no hay ningún secreto. Las mismas cosas que dependen del azar y que no se pueden prever son perfectamente conocidas para Dios, pues depende de Él en lo más profundo de su ser.

## **5. El descanso al final de la creación**

*(CEC 345-349)*

Por último respecto al relato de la creación debemos fijarnos en el día final, el sábado, como culminación de la obra creadora, respecto al que se dice que Dios descansó, santificó y bendijo este día. Una lectura correcta entiende que el descanso de Dios tiene el sentido de hacernos descansar, es decir, establecer un día para el descanso del hombre. Podríamos decir que la creación de Dios ofrece una garantía al creyente de que el mundo ha sido hecho con sabiduría, y no se enfrenta a un caos desordenado, o a un conjunto de dioses caprichosos. Ahora bien, esta misma perfección del mundo debe llevar a descansar en su autor, es decir, a dedicar un día a la alabanza de Dios. Ese descanso tiene su realización en la alabanza que el hombre puede y debe tributar

a Dios. Así como la ley de Israel fue revelada por Dios, pero tiene un profundo cimiento en la misma creación, la alabanza del sábado es la finalidad de toda la ley, con lo cual vemos que el primer mandamiento recibe una expresión concreta en el relato de la creación.

La pregunta que se plantea entonces es porqué los cristianos reservan al descanso el domingo, y no el sábado. La respuesta nos ayuda a entender mejor el sentido de la salvación. La resurrección de Cristo es como un *octavo día*: en el séptimo Dios descansó (=estableció el descanso) por la creación, y esto culmina en una obra más grande, la Redención, conseguida por la muerte y resurrección de Cristo. La nueva creación, la vida de la gracia que Cristo nos trae supera a la primera creación, al igual que la gracia sobrepasa a la naturaleza sin destruirla: se mantiene la necesidad del descanso en honor de Dios, pero este descanso y alabanza pasa al día del triunfo de Cristo sobre la muerte.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Qué malentendidos se suelen producir al leer los primeros capítulos del Génesis?
2. ¿Qué aspectos son los más importantes del relato de la creación de Gn 1?
3. ¿Qué se podría decir a los que consideran que las ciencias de la naturaleza son la última explicación de todo?
4. ¿Por qué muchos oponen la creación a la evolución?
5. ¿Qué motivos encuentro como cristiano para el descanso dominical?

### Ampliación

*Mensaje de Juan Pablo II 22-X-96.*

# DIOS HA CREADO EL HOMBRE A SU IMAGEN Y SEMEJANZA

## 1. Creados a su imagen y semejanza

(CEC 356-361)

En el relato de la creación del Génesis una de las cosas que más llama la atención es la importancia que se da a la creación del hombre: en Gn 1,27 se dice que el hombre y la mujer están creados a imagen y semejanza de Dios, cosa que no se dice del resto de las criaturas, y más adelante al explicar que el hombre ha sido plasmado del barro se precisa que Dios insufló su aliento (Gn 2,7). Aunque estas expresiones, obviamente, no pretenden ser una descripción científica, sino una forma muy sencilla de presentar la creación, nos indican que el hombre es un criatura especial y distinta de las otras. Esta realidad se ha expresado con el término *persona*, es decir, el hombre es capaz de poseerse y darse libremente, puede conocer y conocerse de una manera espiritual y establecer relaciones de ese tipo con otras personas; a la vez es llamado por Dios, de una manera gratuita, a vivir en su amistad.

A lo largo de la historia se han dado muchas explicaciones al sentido del término *imagen de Dios*. Algunos padres de la Iglesia sostenían que el hombre era imagen de Dios porque poseía un alma espiritual, y en ese sentido se parecía a Dios. Otro pequeño grupo sostenía que el hombre es imagen de Dios porque el Hijo eterno de Dios, la verdadera imagen del Padre, se haría hombre en un momento de la historia, y en

ese sentido el hombre resultaría imagen de Dios, de Dios Hijo encarnado. Estas explicaciones no se oponen, pues nos recuerdan que entre las criaturas materiales sólo el hombre posee un alma espiritual, y por otra parte, como enseñó el Concilio Vaticano II el misterio del hombre sólo se esclarece en el misterio del Verbo encarnado (GS 22,1). Por otra parte en el modo de hablar de la época en la que se redactó el Pentateuco a veces se hablaba del representante de un rey (cargo al que hoy denominaríamos embajador) como *ima- gen* del rey representado; de esta manera se subrayaba una profunda verdad: Dios encomienda al hombre el cuidado de la creación, que no puede tratarse de un dominio despó- tico, ya que el verdadero dueño de la creación es Dios.

## **2. La naturaleza humana: cuerpo y alma**

(CEC 362-368)

El hombre es una criatura de Dios pero con unas caracte- rísticas propias que le distinguen del resto. En este sentido hay que decir que su naturaleza, el principio de las acciones que puede realizar, es a la vez corporal y espiritual. En cada ser humano existe un principio espiritual al que la tradición teológica ha denominado *alma*, y es el principio de la vida humana; de hecho en muchas ocasiones cuando la palabra de Dios usa el término alma quiere decir vida, y esto es ló- gico pues el alma es principio de la vida. Conviene advertir que también en el resto de los seres vivos, sean plantas y animales se puede hablar de un *alma*, pero teniendo en cuenta que no se trata ni mucho menos de un alma espiri- tual e inmortal sino del principio interno que hace de los elementos que componen un cuerpo vegetal o animal una realidad con un orden y una serie de operaciones; por ejem- plo, los elementos químicos que componen una planta si no se dieran en un cierto orden no son una planta, ni un ser vivo, aunque tuviéramos exactamente los mismos átomos y moléculas, pero sin el orden que tienen en el ser vivo.

Precisamente una de las cosas que caracteriza a cualquier ser vivo es que el todo, el ser vivo completo, es más que la suma de las partes que componen, pues se trata de una serie de componentes mutuamente ordenados y relacionados.

En el caso del hombre su *alma*, el principio que ordena nuestra realidad corporal, es muy especial, pues es *espiritual*, es decir, supera las fuerzas de la materia. Por eso nosotros podemos conocer las cosas de una manera universal, o podemos amar de una manera libre: si en el hombre no hubiera nada distinto de lo material nuestro conocimiento se limitaría a conocer impresiones e imágenes, y nunca podríamos conocer ideas abstractas; si no pudiéramos superar de algún modo la materia nuestro comportamiento y nuestra voluntad estaría completamente determinado por las circunstancias, y sería absurdo hablar de libertad. En ese caso hablar del hombre como imagen de Dios carecería completamente de sentido.

Como nuestro principio espiritual o alma supera la materia (al contrario de lo que sucede con el *alma* o principio vital de los animales, que no va más allá de la materia) su existencia tiene que proceder inmediatamente de Dios. En el caso de los seres vivos materiales los progenitores dan lugar a que existan los nuevos animales, o las semillas son el principio de nuevas plantas. En el caso del hombre cada alma es creada inmediatamente por Dios, lo cual nos hace entender mejor la dignidad y grandeza de cada persona, llamada a participar, además, por gracia de Dios, de la vida divina. Al mismo tiempo como su existencia depende inmediatamente de Dios, puede sobrevivir a la muerte corporal, al contrario que los animales, cuyo principio vital desaparece con su cuerpo.

Ahora bien, esto que hemos dicho acerca del alma no puede hacernos olvidar el aspecto corporal, que es también esencial para el hombre. La Sagrada Escritura lo subraya precisamente al decir que el hombre fue formado del barro de la tierra para que no parezca que el hombre es sólo su alma, como pensaron equivocadamente algunos autores de la antigüedad. Hay una profundísima unión entre alma y cuerpo, que la Iglesia ha



expresado con unos términos que también usó santo Tomás: el alma es *forma del cuerpo*, es decir, lo que hace que este cuerpo humano sea precisamente cuerpo humano es su alma espiritual. Precisamente por esta profunda unión lo que afecta a nuestro cuerpo también afecta a nuestro conocimiento (que comienza siempre por los sentidos) y a nuestra voluntad; las enfermedades, o el estado corporal condicionan nuestra misma libertad, aunque nunca la puedan eliminar por completo. Este es uno de los motivos por los cuales el hombre debe cuidar también su dimensión corporal y por eso la Iglesia nunca ha visto la penitencia como un desprecio al cuerpo, sino como una asociación a la cruz de Cristo. Este valor del cuerpo y de lo material explica que el Hijo de Dios se haya hecho carne, es decir, hombre con su alma espiritual y con su cuerpo material; también explica que el Señor haya querido emplear sacramentos materiales y visibles como cauce de la gracia, y la misma resurrección final de los cuerpos.

### **3. Hombre y mujer (CEC 369-373)**

Los textos bíblicos del comienzo del Génesis en que se habla de la creación del hombre especifican que tanto el hombre como la mujer son creados por Dios: ambos son hechos a imagen de Dios, y en el segundo se describe a la mujer como formada a partir del hombre para indicar que ambos son complementarios y se buscarán uno al otro, hasta el punto de formar *una sola carne* en el matrimonio. Precisamente la fecundidad matrimonial será una manera de colaborar con la creación de Dios al propagar la especie humana.

Aunque las descripciones de la Palabra de Dios nos pueden parecer muy simplistas e infantiles nos recuerdan que la mujer no es un ser humano de segunda categoría o que su existencia sea inferior a la del hombre. La misma diferencia corporal entre ambos, precisamente por la profunda unidad alma/cuerpo de la que hablábamos en el apartado anterior hace que existan diferencias entre el varón y la mujer sin

que esto afecte a su común dignidad de imagen de Dios, incluso un aspecto de la imagen de Dios y de su colaboración con el creador se da en la mutua unión. Lo que sucede es que, como veremos en el próximo tema, el pecado distorsionó las relaciones entre el varón y la mujer, convirtiendo con frecuencia en explotación y dependencia lo que en el plan de Dios era colaboración. Por eso la gracia de Cristo es capaz también de sanar las relaciones entre el varón y la mujer. No son aceptables para el cristiano las denominadas *ideologías de género* para las cuales las diferencias fisiológicas entre el varón y la mujer son de escasa importancia en comparación con las *construcciones culturales* que han determinado los papeles del hombre y la mujer en la sociedad; los que mantienen tales ideologías postulan un cambio completo de valores casi hasta el punto de cada cual pueda elegir su identidad sexual. Es cierto que en no pocas ocasiones la cultura, a veces marcada por el pecado, ha determinado los papeles del hombre y la mujer, pero no se puede olvidar que hay unas diferencias reales en el orden corporal, psicológico, etc, que en modo alguno disminuyen la dignidad de ambos, y desde luego no cabe plantear las relaciones hombre mujer en clave del conflicto y oposición.

#### **4. El hombre en el paraíso (CEC 374-379)**

Otro aspecto que nos llama la atención de los primeros capítulos del Génesis es la felicidad del primer hombre y la primera mujer y su armonía con el resto de los seres vivos. Se nos dice que no debían morir (Gn 2,17; 3,19), ni sufrir (Gn 3,16), y su desnudez no les suponía ni turbación ni vergüenza, porque carecían del desorden de las pasiones concupiscencia; no es que no existieran las pasiones, los deseos o el placer, pero se encontraban ordenados y sin rebelarse contra la voluntad. Al mismo tiempo se nos explica que Dios *paseaba por el jardín* (Gn 3,8), lo cual indica una familiaridad y especial amistad de Dios. La situación cambió radicalmente con el pecado.

La Iglesia formuló esa situación inicial con el término de *justicia original*, que no consistía sólo en los dones sobrenaturales de los que nosotros podemos participar por la gracia, sino también de otros dones especiales, a veces llamados preternaturales, y que permitían superar el dolor y la muerte, aunque no sepamos mucho de aquel estado, ya que contamos sólo con las descripciones de la Biblia, siempre fáciles de interpretar. En cualquier caso la Iglesia enseñó en repetidas ocasiones que aquellos dones no eran algo debido a la naturaleza humana, sino una exaltación, una elevación, un regalo no debido, y que no era sin más lo que correspondía a la dignidad humana, sino algo que superaba sus mismas expectativas.

En nuestros días conviene subrayar la cuestión del dominio de la naturaleza y del equilibrio que había con ella: ambos aspectos no se oponen cuando el hombre carece de egoísmo y es fiel a Dios. El género humano es administrador de la creación no dueño absoluto, pero el pecado ha dado lugar a una explotación indiscriminada que se agrava cuando el hombre dispone de medios técnicos poderosos y los emplea sin responsabilidad. Por ello es legítima la preocupación por la naturaleza, aunque sin llegar a considerarla divina, y sin olvidar el papel del todo especial del hombre.

## **5. Enseñanzas de la fe y cuestiones científicas acerca del origen del hombre**

Los textos bíblicos no se pueden entender como un tratado científico, pues nos quieren describir, con un lenguaje y estilo peculiar, la relación que tiene la creación y el mismo hombre con Dios. En este sentido su enseñanza fundamental es que todo lo creado no es Dios, sino que depende de Dios y el hombre ha sido creado por una intervención especial de Dios. Es lógico que no empleen el lenguaje científico de nuestra época.

Por otra parte respecto al origen del hombre es importante decir que Dios crea al hombre a partir de algo que ya existía (el barro) y le infunde el alma, por ello no se opone a la fe el pensar que en la aparición del hombre puedan haberse dado otras realidades anteriores, con tal de que se mantenga que Dios crea el alma de modo inmediato. Hoy sabemos que han existido en tiempos anteriores animales que hoy no existen y viceversa, y que quedan restos de seres parciales al hombre, aunque menos desarrollados: esto ha llevado a formular la teoría de la evolución. Es importante recordar que no se conocen todos los mecanismos que explican el paso de unos seres vivos a otros distintos, pero en cualquier caso la enseñanza bíblica y la tradición de la Iglesia nos explica que en el caso del principio espiritual humano o alma hace falta una intervención del todo especial de Dios.

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Cuáles son las enseñanzas fundamentales sobre el origen del hombre?
2. ¿Por qué muchos no aceptan la idea de que el hombre tiene un alma inmortal?
3. ¿Cuáles serían, en nuestros días, los mayores ataques a la dignidad humana?
4. ¿Cómo hablar sobre la igual dignidad de hombre y mujer sin negar las diferencias?
5. ¿Se valora de manera correcta en nuestros días la dignidad del cuerpo humano?

### **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II 9,16,23-IV-86.*

# LA CAÍDA Y SUS CONSECUENCIAS

## 1. Importancia de la enseñanza acerca del pecado original (CEC 385-390)

Muchas personas al oír hablar de *pecado original* piensan en determinadas imágenes del capítulo tercero del Génesis y consideran que se trata de un mito de la antigüedad del estilo de tantos otros en diferentes culturas. Sin embargo, a pesar de que la forma de redacción sea muy primitiva la enseñanza de este relato es muy profunda. Cuando san Pablo en la 1 Co 15 habla de Cristo como un segundo Adán, o en Rom 5 contrapone las consecuencias del pecado de Adán a la salvación de Cristo nos está diciendo que no podemos tomar a la ligera lo que se lee en los primeros capítulos del Génesis.

La Biblia, en su primer libro afronta uno de los temas que más ha preocupado al hombre a lo largo de la historia: el mal. En uno de los temas anteriores, al hablar de la Providencia, ya aparecía esta compleja cuestión, pero en la Palabra de Dios la primera vez que se trata es en Gn 3. Como hemos visto hasta ahora los dos primeros capítulos del Génesis, al igual que el resto de la Escritura subrayan que el universo ha sido hecho por Dios y es muy bueno, incluyendo al hombre. Si percibimos el mal en el mundo no se puede deber a que el mundo esté *mal hecho*, o que su autor no sea bueno. La causa última del mal que afecta al hombre, y esta es la enseñanza central de Gn 3, viene de la misma huma-

nidad, de sus comienzos, cuando determinados actos de todos los hombres tuvieron consecuencias para el resto.

Esta doctrina se distingue de otras muchas sabidurías o religiones de la antigüedad, en las que no aparece algo semejante. En algunos casos el mal procede de algún principio divino que es malo, como pensaban los maniqueos (afirmaban un doble principio: del bien y del mal) o los gnósticos (el mal y la misma creación comienzan por un pecado en el mundo divino). Otras veces el hombre se revela contra unos dioses arbitrarios y caprichosos, de manera que acaba padeciendo un castigo, como en el mito de Prometeo, pero en ese caso el hombre es bueno y los dioses son malos. La Palabra de Dios nos explica lo contrario: Dios ha creado todas las cosas buenas, el hombre no ha cumplido su obligación, ha desobedecido a Dios y ese acto tuvo consecuencias para los mismos que lo cometieron y para los descendientes; en pocas palabras, el mal que afecta al hombre tiene un motivo histórico concreto, no es algo que necesariamente tuviera que suceder así.

## **2. El pecado ha comenzado en los ángeles**

*(CEC 391-394)*

Hay un aspecto del pecado original que no se suele recordar, pero que es muy importante: la tentación de la serpiente. El género del relato nos impide tomar ese término en sentido literal, como si se tratara de un reptil: sabemos que la serpiente era el animal-símbolo de no pocas divinidades cananas, en particular algunas relacionadas con la fertilidad. Posteriormente en Sap 2,24 se nos dice que la muerte entró por envidia del diablo, de manera que se identifica esa serpiente con el demonio.

Al tratar de los ángeles nos apareció ya la cuestión de su pecado. Algunos de ellos, cuyo número desconocemos, se rebelaron contra Dios, rechazando sus dones, ya que prefi-

rieron su propia excelencia y dignidad a lo que Dios les ofrecía. Apenas hay datos en la Escritura acerca de cómo fue ese pecado de los ángeles, pero de la existencia de los demonios, y de la eternidad de su castigo nunca ha dudado la fe de la Iglesia. En cierto modo en el mundo de las criaturas angélicas sucedió anticipadamente algo parecido a lo que tuvo lugar en este mundo: la libertad de algunas criaturas inteligentes se opuso al creador. En el caso de los ángeles su misma naturaleza dio lugar a que inmediatamente y de manera irrevocable padecieran las consecuencias de su actuación, mientras que en el caso de los hombres tardamos en captar (a veces) las consecuencias del pecado, y estamos a tiempo de arrepentimiento. Por otra parte como todos los ángeles fueron creados a la vez (un ángel no puede engendrar a otro) no tiene sentido que unos transmitan a otros una situación de pecado.

En cualquier caso es muy importante señalar que en el primer pecado que nos muestra la Escritura aparece la cuestión de la tentación del demonio. El mismo Jesucristo advierte del peligro real que supone para cada persona el demonio, a quien denomina «homicida desde el principio» (Jn 8,44) e incluso se dice que «El Hijo de Dios se manifestó para deshacer las obras del demonio» (1 Jn 3,8). Como ya recordamos antes la acción de los demonios es limitada, y los casos de verdaderas posesiones diabólicas son escasos, pero la tentación o el alentar la rebelión contra Dios es bastante más frecuente, aunque no podamos sistemáticamente atribuir todas las tentaciones al demonio (muchas veces no nos hacen falta sugerencias exteriores para pecar). Los maestros espirituales, desde los inicios de la vida de la Iglesia han advertido que todos los fieles están expuestos a esta tentación, incluso los que están constituidos en autoridad en la Iglesia, de ahí que sea necesario el *discernimiento de espíritus* para acertar en las elecciones. No olvidemos que una de las maneras más frecuentes de actuar el demonio es mediante engaños, como sucedió en el episodio de Gn 3.

### **3. Realidad del primer pecado** (CEC 396-402)

El modo de narrar propio de los primeros capítulos del Génesis puede dar la impresión de que nos encontramos ante algo mítico, y no caer en la cuenta de la profunda enseñanza. Aunque por la descripción no podamos saber exactamente en qué acto consistió el primer pecado, presentado como tomar una fruta prohibida, el sentido de ese acto, que fue algo real e histórico es muy claro: determinar por propia cuenta o reclamar el poder para establecer lo que está bien y está mal, algo que es propio sólo de Dios, porque es el Creador de la naturaleza. En la tentación se presenta el engaño de suponer que si no se puede decidir acerca del bien y del mal (árbol del conocimiento) no se puede tener vida (árbol de la vida). La aparente confusión en el relato de ambos árboles (al principio se habla de dos, luego de uno, y finalmente de dos) pone de relieve este engaño que se da también en muchos pecados: creer que sólo se puede tener *vida* sustituyendo a Dios en el determinar el bien y el mal.

En este primer pecado, que tuvo que ser algo real histórico y concreto, aunque no tengamos más detalles, lo esencial es que el hombre se ha pretendido poner al nivel de Dios, y en ese sentido recuerda algo al pecado de los ángeles. El hombre y la mujer estaban enriquecidos con una serie de dones sobrenaturales y poseían multitud de regalos de Dios, pero quisieron atribuirse algo que es propio exclusivamente de Dios, con lo cual se rompió la amistad en la que Dios les había establecido y perdieron los diversos dones recibidos.

### **4. La transmisión del pecado original**

(CEC 402-406)

Probablemente la cuestión más compleja de este dogma del pecado original es el hablar de que este pecado *se transmite* desde los primeros hombres hasta nosotros. ¿Cómo puede



alguien cometer un pecado por mí? Sin entrar en la cuestión del origen del hombre, la gran dificultad es explicar cómo se puede transmitir un pecado. Es necesario recordar que el *pecado original* es un *pecado* no en el mismo sentido de uno *personal* que podamos cometer cada uno. Obviamente en el caso de los primeros hombres se trató de un pecado personal, pero que ha tenido consecuencias para los descendientes. En nosotros el *pecado original*, como recordó el Credo del Pueblo de Dios de Pablo VI, haciendo eco de la tradición cristiana, es un *estado*, no un acto: en concreto es el estado en el que ha quedado la humanidad al verse privada de aquellos dones que Dios había concedido a los primeros Padres. En la medida en que toda la humanidad forma una unidad (algo que a nuestra mentalidad individualista le cuesta mucho comprender) toda la naturaleza humana ha quedado afectada. No se trata de que yo sea culpable en el mismo sentido que lo soy de un pecado personal, sino que forma parte de una humanidad que en su origen rechazó a Dios. Podemos ver en un ejemplo que la noción de responsabilidad y culpabilidad es muy diversa: por ejemplo al cometer un asesinato, la responsabilidad sobre todo es la responsabilidad interior de la voluntad, pero también la mano que realiza el asesinato participa de esa culpabilidad. Como parte de la humanidad se da una solidaridad con aquellas primeras personas.

Aunque nos cueste entenderlo las palabras de san Pablo son claras: «Por la desobediencia de un solo hombre todos han sido constituidos pecadores» (Rom 5,19). No olvidemos que el hombre es esencialmente alma y cuerpo, y aunque el alma sea creada inmediatamente por Dios somos humanos por compartir un origen también material con otros hombres. En cualquier caso no se puede ver el pecado original como un mero mal ejemplo que nos dieron los primeros hombres, pues la Iglesia ha rechazado desde antiguo esa explicación. Por otra parte, aunque esto puede parecer un panorama sombrío, no olvidemos que Cristo ha venido como Redentor para todos y a toda persona se le ofrece la posibilidad de salvación.

## 5. Las consecuencias del pecado original

(CEC 407-409)

A partir del pecado de Adán se pierden aquellos dones que derivaban de la amistad de Dios. El hombre nacerá ahora como enemigo de Dios, porque se ha perdido aquella justicia original. Al mismo tiempo, la pérdida de tales dones conlleva que el hombre queda sometido a la muerte que corresponde a su naturaleza material: antes del pecado era posible superar la muerte porque se contaba con una especial ayuda de Dios; después de pecado, y perdida esa ayuda llega la muerte. Por otra parte las relaciones con Dios que antes estaban marcadas por la amistad y la confianza se convierten en miedo y temor ante su presencia, pues Adán y Eva sabían que habían traicionado a Dios. Las mismas relaciones en la pareja humana, que eran de colaboración y ayuda, pasan a ser de sometimiento, y el trabajo comienza a ser algo duro y desagradable, al igual que otros muchos aspectos de la vida.

El lenguaje teológico de la Iglesia ha empleado el término *concupiscencia* para designar la situación que tenemos ahora de falta de orden entre las diversas tendencias del hombre. Antes del pecado el don de la justicia original permitía que los diversos deseos estuvieran ordenados y fueran conformes a la razón, mientras que una vez perdido ese don se dan luchas en el interior del mismo hombre. Es cierto que la misma naturaleza a la vez material y espiritual del hombre conlleva una cierta tensión entre sus diversos niveles, pero antes del pecado la justicia original permitía armonizar eso perfectamente, y después del pecado el desorden es mucho mayor.

Otras consecuencias son la ignorancia, en el sentido de que el hombre se resiste por soberbia a dejarse enseñar por Dios, o incluso por otros hombres (al estar centrado en sí mismo), o la malicia que a veces hace recrearse en el mal. Estas consecuencias se dan de diversa manera en unos y otros según las diversas constituciones de los hombres, pero

nadie, salvo Jesucristo y la Virgen María se han visto libres de esta serie de desórdenes. El bautismo perdona el pecado original en lo que tiene de alejamiento de Dios, pero permanecen estos desórdenes, que, obviamente, mediante la vida cristiana y la formación ascética y moral con ayuda de la gracia de Dios se pueden superar en parte, aunque nunca totalmente. Eso sí tampoco se puede pensar que la naturaleza humana ha quedado completamente corrompida hasta el punto de que no pueda hacer ningún bien, como opinaron los protestantes y los jansenistas, ya que permanece la posibilidad, aun sin la gracia, de realizar algunos bienes, y no se puede decir que todas las obras de los paganos, infieles o pecadores sean pecado.

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Por qué es importante conocer todo lo referente al pecado original?
2. ¿Qué dificultades suele haber en muchos para aceptar esa enseñanza?
3. ¿Qué motivos podría decir para explicar que no es absurdo hablar del pecado original?
4. ¿En general en la sociedad hay conciencia de las dificultades y heridas que arrastra la humanidad?
5. ¿Somos conscientes de que nuestra naturaleza está herida y de las consecuencias del pecado original?

### **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II 3,10,17,24-IX; 1,8-X-86.*

# CREEMOS EN JESUCRISTO, SU ÚNICO HIJO NUESTRO SEÑOR

### 1. El testimonio sobre Jesús, centro de la catequesis desde el comienzo (CEC 422-429)

La buena noticia esencial de los cristianos es que Jesucristo, el Salvador, el Hijo del Padre ha venido al mundo para morir y resucitar por nosotros, comunicándonos la enseñanza de salvación y estableciendo su Iglesia en este mundo. Como cristianos creemos que Jesús de Nazaret, que nació en tiempo de César Augusto y que fue crucificado bajo Poncio Pilato es el Hijo eterno de Dios que nos salva. Cada cristiano está llamado a repetir, movido por el Espíritu Santo, la confesión del apóstol san Pedro: «Tú eres el Cristo, el Hijo de Dios vivo» (Mt 16,16) y del apóstol Tomás: «Señor mío y Dios mío» (Jn 20,28).

Los primeros cristianos desde los comienzos nos transmitieron muchos testimonios acerca de Jesucristo, y en fecha muy temprana se compusieron los Evangelios que contienen lo fundamental de la historia de Jesucristo. Es evidente que en unos relatos tan breves no podían estar todo lo hecho y dicho por Jesucristo, pero sí aquellas cosas más importantes. Los evangelistas que escribieron estos textos eran personas que aceptaban que el misterio de Jesús sólo se esclarecía si se le confesaba como Hijo de Dios, sin embargo esto no quiere decir que los Evangelios sea invención de los pri-

meros cristianos, sino que nos transmiten fielmente lo que Jesús hizo y dijo. Por ello la Iglesia ha recordado siempre la historicidad de estos textos.

Pretender que por ser textos que transmiten la fe y el mensaje catequético más primitivo no son históricos es incorrecto, porque la fe cristiana no se opone a la historia. Aceptar que Jesucristo es el Hijo eterno de Dios encarnado y nuestro salvador ciertamente no se puede realizar sin la fe que es un don del Espíritu, pero esta fe no se opone a una serie de hechos históricos concretos que realizó Jesús y nos transmiten los Evangelios. De hecho quien estudia imparcialmente la cuestión no tiene inconveniente en aceptar que existió en Galilea un cierto Jesús de Nazaret que pretendía ser un mesías además con unas características divinas, pues se situaba por encima de la misma ley, o llamaba padre a Dios; de esto fueron testigos muchas personas, incluso de hechos prodigiosos. Para aceptar que este Jesús era Hijo de Dios, es decir, que su pretensión era verdadera sí hace falta fe, pero esto no elimina que los datos de los Evangelios sean históricos, aunque, como decimos, se trata de resúmenes y extractos de toda su actividad.

Sin embargo desde el siglo XVIII como muchos, por su ideología, no podían aceptar la existencia de milagros, o la misma pretensión de Jesús, sostuvieron que los Evangelios eran una mera creación de sus autores, o de la comunidad, a partir de ciertas experiencias espirituales, y que Jesús en realidad había sido muy distinto. Obviamente cada estudioso reconstruía la figura de Jesús quitando unas cosas de los Evangelios y transformando otras, a partir de supuestas fuentes de las que no hay pruebas históricas. El resultado siempre era presentar a Jesús según las modas culturales del momento: como moralista ilustrado, como libertador político o como ecologista o feminista, según sea el autor de la *investigación*. Frente a estas arbitrariedades la Iglesia con sentido de fe, y con sentido común, ha defendido siempre el valor histórico de los Evangelios.

## 2. Jesús (CEC 430-435)

El nombre de Jesús quiere decir en hebreo *Dios salva*, y es el nombre que indicó el ángel en la Anunciación (Lc 1,21). En el Antiguo Testamento era muy común que el nombre indicara la misión de la persona, y en este caso no se podía encontrar otro nombre más adecuado. Ya desde el Éxodo se había mostrado con claridad de Dios, pero con Jesucristo llega la salvación definitiva a su pueblo, pedida insistentemente, por ejemplo, en los salmos (Sal 51,12; 79,9). Con este nombre, además se explicaba que Dios (Padre) está presente en el Hijo, que se hace hombre para la salvación que conlleva el perdón de los pecados (Hch 5,41; 3 Jn 7). Por este motivo se habla también de invocar el Nombre divino, que salva, y que ahora es Jesucristo (Jn 3,18; Hch 2,21; 4,12).

Entre los hebreos, además, había un respeto muy grande al nombre de Dios, que de hecho sólo era invocado una vez al año por el Sumo sacerdote cuando rociaba la parte más santa del templo con la sangre del sacrificio. No es extraño por tanto que san Pablo explique que Jesucristo es «instrumento de propiciación por su propia sangre» (Rom 3,25), y que en Jesucristo «estaba Dios reconciliando el mundo consigo» (2 Co 5,19). Lo que en la Antigua Alianza había sido simplemente un sacrificio de animales, que mostraba la buena voluntad del que ofrecía, se ve sustituido por el sacrificio definitivo, y por ello la salvación definitiva, como trataremos más adelante, que nos obtuvo Cristo al ofrecerse en la Cruz.

Por otra parte el nombre de Dios queda glorificado en Jesús al resucitar, pues desde ese momento se manifiesta y extiende su poder soberano a todo, como explica san Pablo al decir que al nombre de Jesús toda rodilla se doble en la tierra, en el cielo y en los abismos (Flp 2,9ss). Los primeros cristianos invocaban su nombre para expulsar a los demonios (Hch 16,16-18) o para hacer milagros (Mc 6,17): al in-

vocar su nombre continúa en la Iglesia la actividad salvadora de Jesús, y por esto aparece continuamente en la misma oración de la Iglesia. Las oraciones de la liturgia cuando se dirigen a Dios Padre terminan con la frase «Por Jesucristo, nuestro Señor» o de modo semejante, pues la mayor gloria al Padre es la que le viene por el Hijo. También en la piedad cristiana se invoca con mucha frecuencia el nombre de Jesús.

### 3. Cristo (CEC 436-440)

El término *Cristo* quiere decir *ungido*, aquel que ha recibido la unción del aceite, como sucedía con los reyes de Israel (por ejemplo 1 S 9,16; 10,1), los sacerdotes (Lv 8,12) y a veces con los profetas (1 R 19,16); no es un nombre propio, como Jesús, sino que indica simplemente una misión. Este término equivalía a Mesías en hebreo, porque el Mesías que esperaban los hebreos debía instaurar definitivamente el Reino. Se lo aplicamos a Jesús, hasta el punto de hablar de Jesucristo, porque creemos que en Él se han cumplido estas expectativas y las promesas del Antiguo Testamento. Los primeros en confesarlo fueron los ángeles que anunciaron a los pastores el nacimiento de Jesús (Lc 2,11). En el momento del Bautismo se revela su consagración como Mesías, que, si se entiende en su sentido más radical, como unción de la humanidad de Cristo con el Espíritu Santo, había tenido lugar desde su misma concepción.

No obstante este término se podía prestar a malas interpretaciones, porque muchos judíos habían limitado las expectativas mesiánicas a un reino de tipo temporal, en concreto a un líder socio-político que les liberase de los romanos. La salvación de Jesucristo, aunque tiene consecuencias sociales, no era fundamentalmente un reino de tipo político, sino el Reino de Dios. Jesús acogió la fe de Pedro que lo confesó como Mesías, pero recordando inmediatamente que había venido para servir y dar su vida en rescate por la multitud

(Mt 16,23; 20,28). Se reconoce como Mesías, pero un Mesías o Cristo que sería a la vez el siervo sufriente, de ahí que prediga que tendrá que subir a Jerusalén a sufrir la Pasión, lo cual causó la sorpresa de los apóstoles, quienes tenían otra idea distinta de lo que debía ser el Mesías. Sólo después de la Resurrección, y en particular de la venida del Espíritu Santo se aclaró el sentido de Jesús como Mesías.

#### **4. Hijo único de Dios (CEC 441-445)**

En el Antiguo Testamento *hijo de Dios* era un término que se aplicaba a los ángeles (Dt 32,8), al pueblo en su conjunto (cf. Ex 4,22; Jr 3,19; Sb 18,13), a los hijos de Israel (Dt 14,1) y a los reyes (2 S 7,14), e indica una filiación adoptiva, es decir, una relación especial entre la criatura y Dios, de manera que se podía aplicar a meras personas humanas. Sin embargo cuando Pedro le confiesa como *Hijo de Dios vivo* se trataba de un sentido especial, pues el mismo Jesús le dice que ese reconocimiento no viene de la carne ni de la sangre. San Pablo habla del Hijo, en sentido propio (Ga 1,15-16) y así se predicó desde el principio (Hch 9,20). El mismo Jesús ante el sanedrín se confiesa como Hijo de Dios y añade «Yo soy» (Lc 22,70), lo cual indicaba su pretensión de ser Hijo de Dios no en sentido adoptivo, pues, obviamente si sólo se hubiera manifestado hijo de Dios en el sentido del Antiguo Testamento aquello en modo alguno podían considerarse una blasfemia, como entendieron los sumos sacerdotes.

Por lo demás ya Jesús se había designado como el Hijo que conoce al Padre (Mt 11,27), se consideraba el Hijo, a diferencia de los siervos (Mt 21,34-36), y distinguió al dirigirse a Dios entre «Mi Padre y vuestro Padre» (Jn 20,17). En el evangelio de san Juan aparecen más textos en los que Jesús se designa como el Hijo único de Dios (Jn 3,16-18). Una vez que ha resucitado su humanidad glorificada manifiesta con poder esta filiación que poseía desde el inicio (Rom 1,4). El



prólogo del Evangelio de san Juan resume concisamente: «Hemos visto su gloria, gloria que recibe del Padre como Hijo único, lleno de gracia y de verdad» (Jn 1,14).

## 5. Señor (CEC 446-451)

Como los judíos tenían un gran respeto al nombre sagrado de Dios, Yahvé, cuando se tradujeron los libros de nuestro Antiguo Testamento al griego se optó por traducir Yahvé como *Señor*, en griego *Kyrios*, y en general es equivalente a Dios. Esta práctica se mantiene en el Nuevo Testamento, en el que a veces se llama Señor al Padre. Sin embargo lo más frecuente va a ser reservar el término *Dios* para Padre y emplear el término *Señor* para Jesús. De esta manera se podía expresar la condición divina de Jesús sin que pareciera que el Padre y el Hijo eran la misma persona; nosotros disponemos de la terminología de naturaleza y persona, pero al comienzo hacía falta explicar que hay un solo Dios pero Padre, Hijo y Espíritu Santo, son distintos.

El mismo Jesús se atribuye este término al discutir con los escribas acerca del salmo 109, cuando afirma ese salmo de manera enigmática que el mesías también es Señor (Mt 22,41-46). Con más frecuencia Jesucristo pone de manifiesto su condición divina al situarse por encima de la Ley, del sábado, mediante el perdón de los pecados o realizando milagros en la naturaleza, expresión todo ello de su soberanía divina.

En el evangelio a veces la gente se dirige a Él como señor, título de simple respeto y confianza, pero abierto a un significado más profundo, como sucede en la confesión de fe del Apóstol Tomás (Jn 20,28). Las confesiones de fe cristiana más primitiva multiplicaron este título aplicado a Jesús (Rom 10,9; 1 Co 12,3; Flp 2,11) para expresar su condición divina, aunque también se emplea el término *Dios* aplicado a Él. Por otra parte el término Señor hacía referencia al

dominio que Cristo ejerce sobre toda la historia y recuerda al cristiano que ninguna autoridad civil puede pretender un señorío absoluto en este mundo que sustituya a Jesucristo. En la oración cristiana este título aparece con mucha frecuencia cuando se saluda con la fórmula «El Señor esté con vosotros», o cuando se pide con confianza que Jesús vuelva al mundo como salvador glorioso (1 Co 16,22; Ap 22,20).

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿En qué aspectos o figuras del Antiguo Testamento se puede ver anunciado a Jesucristo?
2. ¿Cuándo leo o escucho el Antiguo Testamento lo veo como preparación al Señor?
3. ¿Con qué Palabras con qué imágenes me suelo dirigir a Jesucristo?
4. ¿Podría recordar algunos textos del Nuevo Testamento que sean fundamentales para comprender el misterio de Jesucristo?
5. ¿Procuró leer el Evangelio con frecuencia para conocer mejor a Jesús?

### **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II 7,14-I; 4,11,18,25-II; 4-III-87.*

# EL VERBO SE HIZO CARNE

### 1. ¿Por qué se ha encarnado el Verbo?

(CEC 456-460)

En el tema anterior pudimos ver una serie de términos bíblicos con los que se nos describe quién es Jesucristo, que es a la vez verdadero Dios y verdadero hombre. La Iglesia, consciente de que esta cuestión es el centro de la fe y advirtiendo muy pronto que algunos no hablaban correctamente de este punto central trató de formular esto de la manera más precisa posible. En la misma Escritura, en particular en el prólogo del Evangelio de san Juan se dice que «El Verbo se hizo carne y habitó entre nosotros» (Jn 1,14). A partir de este texto se ha hablado de la Encarnación del Verbo, con una precisión cada vez mayor.

Pero el Catecismo, con razón, antes de profundizar en esta cuestión, nos recuerda que todo lo referente a la Encarnación tiene un objetivo muy claro: la salvación de cada persona. En el credo del Concilio de Nicea se dice con mucha claridad: «Por nosotros los hombres y por nuestra salvación bajó del cielo». El objetivo fundamental es que los pecados quedaran perdonados y las personas pudieran vivir en la amistad con Dios; este punto aparecerá con más claridad al hablar de la pasión salvadora de Cristo, pero desde el primer momento en que hablamos de Cristo hay que recordar que ha venido a salvarnos del pecado (1 Jn 4,10; 4,14).

Evidentemente si se piensa que el pecado no existe o que el hombre puede desarrollarse meramente por sí mismo, sin referencia alguna a Dios, todo esto resultará absurdo. Lo que sucede es que uno de los mayores engaños, y de los mayores pecados es perder el sentido del pecado. La realidad nos muestra que el seguir nuestros caprichos y egoísmos a largo plazo no puede dar la felicidad, y que aleja al hombre de Dios. Precisamente el Hijo de Dios se hizo hombre para mostrarnos el amor de Dios, hasta el punto de que es una Persona divina la que viene a estar con nosotros al hacerse hombre. También de esta manera nos puede dar un ejemplo cercano de santidad, ya que no se limita a hablarnos como si comunicara meramente un mensaje desde lejos. Pero el perdón de los pecados no se puede entender como si Dios *olvidase* el mal que ha hecho el hombre: el perdón de los pecados consiste en una renovación, en una auténtica vida nueva, que ha merecido Cristo para nosotros, como veremos más adelante. Esta vida nueva es una participación en la vida misma de Dios, en su naturaleza divina, que se realiza mediante la justificación, con las virtudes de la fe, esperanza y caridad, de modo que el Verbo se ha hecho hombre para que el hombre pueda llegar a ser hijo de Dios.

## **2. Cómo formula la fe de la Iglesia la identidad de Cristo**

La Iglesia afirma que el Hijo de Dios, que existía eternamente, desde siempre, como Persona distinta con el Padre y el Espíritu Santo, en la Trinidad, en la plenitud de los tiempos ha asumido una naturaleza humana, ha unido a sí una humanidad concreta, para llevar a cabo nuestra salvación. Cuando hablamos de Jesucristo nos referimos por tanto al Verbo o Hijo eterno, encarnado. Este es el profundo misterio de Jesucristo nuestro Dios y Señor, su persona, el centro más profundo de su ser, que existía ya antes de los siglos, posee tanto la naturaleza divina que comparte con el

Padre como una naturaleza humana tomada de las entrañas de la Virgen María. La Iglesia ha empleado estos conceptos de persona y naturaleza para salvaguardar el misterio de Jesucristo, más en concreto que sea a la vez Dios y hombre y el hecho de que como Dios exista desde siempre, antes de haberse encarnado. Se emplea el término *unión hipostática* para indicar que la Persona (*hypóstasis* en griego) asume, une a sí la naturaleza humana de Cristo.

Evidentemente este lenguaje sólo tiene sentido si distinguimos bien al hombre de Dios. Esta distinción nos puede parecer muy sencilla, pero no ha sido así para todos: algunos han dicho que Jesucristo era Dios simplemente porque estaba siempre en contacto con Dios, como si se tratara de un mero místico, y Dios estaba presente en Él de una manera especial. Para algunos en el fondo el hombre, y toda la creación, son una manifestación o expresión de lo que Dios es; Jesucristo simplemente es aquel que se ha dado cuenta de que Dios es amor, y ha captado la verdad profunda de todo y por ello ya es Dios. Sería algo semejante a la pretensión de algunas místicas no cristianas que piensan que al centrarse en el hombre, en la verdad de sí mismo encuentra ya al Absoluto con el que puede identificarse y cómo disolverse. En cambio al hablar de la creación nos quedó muy claro que no se puede nunca confundir al hombre y con Dios y por mucha experiencia espiritual o conocimiento de un hombre no puede llegar a ser Dios. Jesucristo es la Persona divina del Hijo eterno que se ha hecho hombre y nos salva comunicándonos la vida eterna, no una persona humana que ha captado la realidad del *misterio absoluto* y por eso ya es Dios.

### **3. Las afirmaciones de los grandes Concilios**

(CEC 464-469)

Para formular su fe en Cristo como una persona divina en dos naturalezas, humana y divina la Iglesia estableció una serie de profesiones de fe en diversos concilios que es nece-

sario ahora que recordemos. El primero y más importante fue el Concilio de Nicea (325). Se condenó a Arrio, quien decía que el Verbo o Hijo no existía desde siempre, ni que era verdadero Dios, sino un dios secundario creado con vistas a fabricar el mundo: Arrio se dejó llevar por algunas modas filosóficas del momento y falseó la fe. La Iglesia tuvo que recordar que el Hijo o Verbo es «engendrado, no creado, de la misma sustancia del Padre... Dios verdadero de Dios verdadero». Pero también hubo que recordar que Jesucristo era verdadero hombre, con cuerpo y alma racional, porque algunos, como los denominados apolinaristas, afirmaban que el Hijo era verdadero Dios, y tenía verdadero cuerpo, pero negaban que tuviera alma racional, con lo cual no quedaba claro que fuera verdadero hombre.

Posteriormente, en el siglo V, se dio otra desviación: la herejía nestoriana. Nestorio no quería aceptar que la Virgen María fuera Madre de Dios, y se limitaba a decir que era madre del Cristo o del hombre unido al Verbo. Con esto parece que en Cristo había dos sujetos independientes: el Verbo o Hijo eterno por una parte y el hombre Cristo por otra, como si el primero estuviera en el segundo como en un templo. La Iglesia, en el Concilio de Éfeso (431) recordó que la santísima Virgen es: «Madre de Dios, no porque el Verbo de Dios haya tomado de ella su naturaleza divina, sino porque es de ella de quien tiene el cuerpo sagrado dotado de un alma racional, unido a la Persona del Verbo, de quien se dice que el Verbo nació según la carne». Sin embargo en ese mismo siglo V después, los monofisitas erraron afirmando que la naturaleza humana de Cristo había dejado de existir al ser asumida en la Persona del Verbo, como si se hubiera disuelto en el Verbo; frente a esto el Concilio de Calcedonia (451) tuvo que recordar que se debe confesar: «un mismo Hijo y Señor nuestro Jesucristo: perfecto en la divinidad, y perfecto en la humanidad; verdaderamente Dios y verdaderamente hombre». Era necesario, por tanto mantener la confesión de una única Persona divina y dos naturalezas.

No obstante fueron necesarias más precisiones, porque algunos veían esa única persona de Cristo como la unión de dos personas (la humana y la divina), por lo que el Concilio de Constantinopla II (553) recordó que está persona es la persona eterna del Hijo, uno de la Trinidad. En el III Concilio de Constantinopla (681) se recordó que Cristo, verdadero Dios y verdadero hombre tiene también una voluntad divina (dependiente de su naturaleza divina) y una voluntad humana (dependiente de su naturaleza humana) que actúan de manera armónica.

Podemos resumir el recorrido de los grandes concilios en un texto que ofreció el Concilio II de Lyon (1274): «Cree- mos que el mismo Hijo de Dios, Verbo de Dios, eternamente nacido del Padre, consustancial, co-omnipotente e igual en todo al Padre en la divinidad, nació temporalmente del Es- píritu Santo y de María siempre Virgen con alma racional; que tiene dos nacimientos, un nacimiento eterno del Padre y otro temporal de la madre: Dios verdadero y hombre ver- dadero, propio y perfecto en una y otra naturaleza, no adop- tivo ni fantástico, sino uno y Único Hijo de Dios y de dos naturalezas, es decir, divina y humana en la singularidad de una sola persona, impasible e inmortal por la divinidad, pero que en la humanidad padeció por nosotros y por nues- tra salvación con verdadero sufrimiento de su carne».

#### **4. La humanidad del Hijo de Dios** (CEC 470-478) Los

concilios ecuménicos establecieron con toda claridad que Jesucristo es verdadero hombre, por ello con un alma racional, con un cuerpo pasible como el nuestro, y por ello capaz de realizar verdaderas operaciones humanas. Obvia- mente en su humanidad tenía un conocimiento limitado, y por ello capaz de crecimiento; a la vez ese conocimiento expresaba la vida divina de su persona, y por ello «veía al Padre», del mismo modo que le contemplan los bienaven-

turados en el cielo, y en ese sentido no podemos decir que Cristo *tuviera fe*, sino que *veía* al Padre. De otro modo, sin ese conocimiento no hubiera podido saber como hombre cuál era su identidad más profunda ni nos hubiera podido conocer de manera individual para dar su vida por nosotros, ya que, como dijo san Pablo: «Me amó y se entregó a la muerte por mí» (Ga 2,20). Al mismo tiempo Jesucristo manifestaba una penetración profunda en su conocimiento de los pensamientos secretos del corazón humano (cf. Mc 2,8). Nos cuesta comprender cómo pueden darse en un hombre un conocimiento que puede crecer, y al mismo tiempo esa visión del Padre: ninguno tenemos experiencia de lo que es ser el Hijo eterno de Dios encarnado, y por otra parte incluso ese conocimiento especial no deja de ser limitado (los bienaventurados en el cielo, aunque contemplan a Dios, no por ello tienen una comprensión absoluta de Dios). El hecho de que Cristo hable a veces de que ignora el día del juicio (Mc 13,32) equivale a no tener misión de revelarlo (Hech 1,7). No olvidemos que se trata de una naturaleza humana unida al Verbo de Dios, lo cual tiene una serie de consecuencias que difícilmente podemos imaginar.

De manera parecida tenemos que hablar de la voluntad humana de Cristo, que siendo verdaderamente humana sigue a la voluntad divina, sin resistencia, aunque, como aparece en el momento de Getsemaní, como verdadera voluntad humana experimenta resistencia ante la inminencia de la muerte y el sufrimiento, lo cual no quiere decir que se oponga a la voluntad del Padre. Esta voluntad humana también tiene, al ser verdaderamente humana, aspectos sensibles, y afectos. La figura del corazón de Cristo precisamente ha expresado este amor de Cristo, que incluye desde el amor propiamente divino de su persona hasta los niveles más sensibles que incluyen el afecto, dirigido al Padre, y también a cada uno de los que somos salvados por Él. Podemos decir que nos ha amado con un corazón humano.



También Jesucristo tiene un verdadero cuerpo, que es el cuerpo del Verbo. Este cuerpo es limitado, al ser verdadero cuerpo, y por ello se puede pintar y representar (de ahí la legitimidad de las imágenes de Cristo, como recordó el Concilio de Nicea II (787) con ocasión de la discusión acerca de las imágenes). Su cuerpo ha padecido realmente en la cruz y también antes ha podido experimentar cansancio, hambre etc, como muestra con claridad el texto evangélico.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Qué quiere decir que el Verbo se ha hecho carne?
2. Tratar de explicar de manera sencilla lo que enseñaron los primeros concilios
3. ¿Por qué es tan importante recordar que Cristo es verdadero Dios?
4. ¿Y verdadero hombre?
5. ¿En qué puntos se suele confundir o distorsionar más la imagen de Cristo?

### Ampliación

*Catequesis de Juan Pablo II* 2,9,16,23-III; 13-IV-88.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, Notificación sobre algunas obras del P. Jon Sobrino (26-XI-2006) [En este documento se explican algunos errores sobre Cristo que hoy suelen estar muy extendidos y conviene recordar cuáles son].

# NACIÓ DE MARÍA LA VIRGEN

## 1. La importancia de la Virgen María Madre de Dios (CEC 484-489)

A alguien que hiciera una lectura superficial de los textos evangélicos podría parecerles que la importancia que damos los católicos a la Virgen María supera en mucho su función tal como aparece en la Biblia. Sin embargo a poco que se piense se advierte que no es así. La clave es entender hasta qué punto es importante que «El Verbo se ha hecho carne» y ha nacido verdaderamente con una naturaleza humana de la Virgen María. Precisamente el dogma mariano esencial es a la vez un dogma cristológico: María es Madre de Dios, lo cual quiere decir que Cristo no es una persona humana, sino la Persona divina del Hijo que gracias a la intervención de la Virgen María se ha hecho hombre, y a partir de ahí nos ha podido enseñar el camino de la verdad y sobre todo ha muerto por nosotros. Quien se quedara con una imagen de Cristo como un mero hombre que nos ha enseñado un camino moral ciertamente no dará mucha importancia al papel de María, pero quien le confiese como verdadero Dios y verdadero hombre tiene que otorgar un papel fundamental a su madre, ya que ha sido el medio para que el Verbo se hiciera hombre.

Es importante releer (y casi saber de memoria) el pasaje de la Anunciación (Lc 1,28ss) junto con el prólogo de san Juan, y ambos sin olvidar Ga 4,4 en donde san Pablo recuerda que Dios envió a su Hijo al mundo nacido de mujer.

San Juan captó la importancia esencial de María y nos transmitió el episodio de las bodas de Caná, en el que aparece María junto con Cristo en la conversión del agua (signo del Antiguo Testamento) en vino (signo del nuevo Testamento), y esto como *primero* y *modelo* de los milagros de Cristo; al mismo tiempo san Juan subrayó la presencia de María al pie de la cruz, junto con san Juan, sin olvidar la referencia de Hech 1,14 a María orante con los apóstoles. Dado el contexto histórico-religioso de la época se explica que en los Evangelios y en los primeros textos cristianos haya gran discreción en lo referente a María, pues podría entenderse que se trataría de una diosa madre de un dios, lo cual no era cierto. Sin embargo si somos capaces de captar que los grandes momentos de la salvación son la Encarnación, la muerte de Cristo, su resurrección y el envío del Espíritu Santo en esos tres eventos está presente, y con un papel decisivo, la virgen María. Vemos, pues, que el llamarla Madre de Dios, compendia y explica la veneración que la Iglesia profesa hacia la Virgen.

## **2. La virginidad perpetua de santa María**

(CEC 496-507)

Otra verdad de fe acerca de la Virgen María es su virginidad perpetua, antes del parto, en el parto y después del parto. De nuevo la clave para entender su sentido es la Encarnación. Con la virginidad antes del parto, es decir, con el hecho de que José no intervino en la concepción de Jesús se subraya que Jesús en su Persona divina, es sólo Hijo de Dios, y al dirigirse a su Padre en sentido propio se dirigirá al Padre eterno. Esto no elimina la colaboración de san José para introducir a Jesús en el pueblo de Israel y ser el esposo de la Virgen, pero la Encarnación se ha producido sin obra de varón. Para esta encarnación la Virgen ha tenido que colaborar y dar su sí; probablemente en la mente de la virgen estuviera ya el propósito de virginidad en el matrimonio, pero los sorprenden-

tes planes de Dios hicieron que esa tendencia hacia la virginidad estuviera unida con la maternidad.

Tampoco se debe olvidar la cuestión del parto virginal. Este aspecto fue recordado en el sínodo de Letrán del 649, y en otros lugares del Magisterio y es algo que no se puede poner en duda. Ciertamente el parto de Jesús podría haber sido, en abstracto, un parto completamente normal, pero Dios quiso que la Virgen María, experimentara un parto especial, sin corrupción de los sellos virginales. No es difícil encontrar motivos que hacían esto oportuno: por una parte hacían que ella misma llevara en sí un *signo de credibilidad* que le fortalecería cuando tuviera que ver a su Hijo muriendo en la Cruz; por otra parte una de las consecuencias del pecado había sido el dolor o la dificultad del parto, que ciertamente la medicina y la técnica puede y debe aliviar, pero quien, Inmaculada, daba a luz al autor de la salvación no era conveniente que pasara por esa dificultad. A la vez este parto mostraba, desde el principio, que quien nacía era verdaderamente Dios y podía realizar milagros y prodigios.

La virginidad posterior al parto se debe entender en la línea de ese propósito previo de virginidad que expresa la virgen al manifestar que «no conozco a varón» (Lc 1,34). Quien había engendrado según la carne al Hijo de Dios no era oportuno que fuera madre carnal de otros hombres, sino, como veremos, madre espiritual de los redimidos. Las referencias a los *hermanos de Jesús*, a poco que se examinen se advierte que se trata de parientes cercanos, primos, designados así en el modo de hablar de la época; de hecho si se trata de ir localizando su origen a partir de los textos evangélicos encontramos que nunca se dice que son *hijos de María*. La virginidad de María y su maternidad hacen que sea a la vez modelo para los cristianos célibes y también para los que viven en matrimonio, y a la vez expresa cómo la entrega a Dios con el corazón indiviso conlleva la renuncia a las relaciones sexuales, no porque sean malas, sino porque están vinculadas a una entrega del corazón que en el caso de la Virgen Santísima estaba completamente en Dios.

### 3. El misterio de la Inmaculada Concepción

(CEC 490-494)

En 1854 el beato Pío IX proclamó que la Virgen María había sido preservada del pecado desde el momento de su concepción en previsión de los méritos de Cristo. Esto quería decir que había sido redimida de una manera especial, evitando que contrajera el más mínimo pecado, ni siquiera el original. Una vez más para captar el significado de este dogma debemos volver la mirada a la Encarnación. El Hijo eterno se hace verdaderamente hombre, y para ello requiere la colaboración libre de la Virgen María: ahora bien, cualquier colaboración con Dios se puede realizar ante todo porque Dios nos ayuda con su gracia, y la finalidad de la Encarnación es la victoria sobre el pecado. Por todo esto se entiende que quien acepta ser su Madre ha sido preparada previamente con la gracia, ha sido transformada, llena de gracia (Lc 1,28) y por ello sin pecado alguno. Dado que el pecado original el verdadero pecado, aunque no en el mismo sentido que un pecado personal, como vimos antes, la Virgen María desde su misma concepción careció de pecado y recibió la acción de la gracia.

Nos podríamos preguntar cómo es posible que la Iglesia esperara hasta el siglo XIX para proclamar este dogma tan importante. En realidad en los mismos textos del Evangelio aparece esa plenitud de gracia, que siempre confesó la Iglesia sobre la Virgen María. Ahora bien, hasta que no se precisara bien el sentido del pecado original, no tenía sentido hablar de si la Virgen había sido concebida o no con ese pecado. Por otra parte existía la dificultad de cómo conciliar que la Virgen María también tenía que ser redimida, y al mismo tiempo que no había tenido pecado; una vez que quedó claro que había sido redimida de manera, por así decir, *preventiva* no había inconveniente en declararla Inmaculada. La devoción popular se adelantó a la proclamación oficial y en muchos lugares se la veneraba como Inmaculada bastante antes del siglo XIX.

Por último es muy interesante que en el texto griego se diga de la Virgen que es llena de gracia (Lc 1,28) con el mismo verbo que se dice que los cristianos recibe la gracia de Cristo (Ef 1,6), como si en la Virgen se realizara de una manera mucho más abundante y desde su Concepción (desde antes de que le anunciara el Ángel) lo que se va realizando en menor medida en cada cristiano. A la vez queda muy claro que la mejor preparación para la colaboración con Dios no son una serie de medios materiales o cualidades sociales, sino sobre todo la gracia de Dios.

#### **4. La asunción corporal de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos (CEC 966)**

El dogma de la Asunción de la Virgen en cuerpo y alma a los cielos es todavía más reciente, de Pío XII en el 1950, y consiste en que el cuerpo de la Virgen María se encuentra ya glorificado en el cielo, al igual que el cuerpo de Cristo; los santos y los difuntos, en cambio, aunque ya contemplan el rostro de Dios sin embargo no han resucitado y sus cuerpos se conservan en la tierra. En realidad nadie en la Antigüedad pretendió poseer *reliquias* del cuerpo de la Virgen, al contrario de lo que sucedía con los Apóstoles y los mártires, cuyos restos se conservaban con celo. Se extendió cada vez más la creencia en que el cuerpo de la Virgen estaba glorificado, y desde el siglo V son muchos los que la confiesan así. Como ya hemos dicho el silencio de las primeras fuentes se entiende bien dado que todavía era necesario evitar que se confundiera a la Virgen María con una diosa pagana.

Ahora bien, desde los primeros momentos del cristianismo sí aparecía María asociada a Cristo, y la imagen más clara es la que ofrece san Juan al pie de la cruz, y autores del siglo II (de los pocos textos que han quedado) afirmar que así como Cristo es el nuevo Adán, María es la nueva Eva. Por Adán y Eva comenzó la perdición y el pecado de los

hombres, mientras que por Cristo y María viene la salvación. Esto hacía razonable pensar que así como María había sido asociada de una manera única a la misión de Cristo (sólo ella es Madre de Dios), también debía ser asociada al triunfo de la Resurrección. Ciertamente todos resucitarán al final de los tiempos, pero así como Cristo ya ha resucitado no es extraño que su Madre también fuera asunta al cielo, resucitada. La definición dogmática no precisó si María llegó a morir o no, aunque lo que sí es cierto es que al final de su vida vivió con el Apóstol san Juan.

## **5. La maternidad espiritual de la Virgen en el designio de Dios (CEC 967-972)**

Por último es importante subrayar un aspecto que no ha sido proclamado como dogma pero que resulta también importante: la maternidad espiritual de la Virgen María sobre todos los hombres llamados a unirse con Cristo. Es simplemente la prolongación del encargo que recibió de Cristo en la cruz de recibir a Juan como hijo: desde los primeros momentos los cristianos advirtieron que, si tenían que vivir como hermanos de Cristo, era preciso que la Virgen María ejercitara un cierta maternidad espiritual sobre ellos.

Al hablar de la mediación de las gracias simplemente se tiene presente que en el inicio de la salvación por la Encarnación está María, al igual que en la Cruz, y por ello ha quedado asociada de una manera especial a la salvación, que Cristo nos sigue comunicando hoy. Por ello no es extraño que Pablo VI la proclamara en medio del Concilio Vaticano II como madre de la Iglesia, de los pastores y de los fieles, precisamente por esta misión maternal.

La oración confiada a la Virgen María es la respuesta de los fieles a esta mediación. Al mismo tiempo el proclamar los dogmas de la Virgen María nos ayuda a tener una visión correcta de la fe católica. Si la confesamos como Madre de Dios

reconocemos que Jesucristo es verdadero Dios y verdadero hombre; si la confesamos Inmaculada recordamos la realidad en nosotros del pecado original y de la gracia; si confesamos su Virginitad recordamos que Dios puede intervenir en la misma naturaleza, y por ello su trascendencia y la posibilidad de hacer milagros; si confesamos su ascensión recordamos la distinción de cuerpo y alma, la Resurrección de Cristo a la que asocia a María especialmente, etc. Con razón, por ello, la Iglesia dice en la Liturgia que María ha destruido todas las herejías, porque quien mantiene una fe recta acerca de María conserva el conjunto de la fe católica.

## **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Cuáles son las verdades de fe que la Iglesia cree sobre la Virgen María?
2. ¿Cómo se pueden aplicar esas verdades a la vida de un cristiano?
3. ¿Por qué es tan importante la Virgen María para la Iglesia?
4. ¿Si no se tiene claro quién es Cristo puede ser correcta nuestra fe en María?
5. ¿Cómo se podría ayudar a alguien alejado de la Iglesia a que recupere su fe a partir de la devoción que puede quedarle a la Virgen María?

### **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II* 7,21,28-VIII; 27-XI-96; 9-IV; 21,28-V; 9-VII-97.



# LOS MISTERIOS DE LA VIDA DE CRISTO

### 1. La vida de Cristo como misterio de salvación (CEC 514-521)

En el Credo encontramos referencia a algunos acontecimientos de la vida de Jesús, como su encarnación, su pasión o su resurrección, sin embargo el Catecismo nos invita a que se considere toda la vida del Señor. Los evangelistas nos han transmitido una multitud de episodios acerca de Cristo porque consideraron, bajo la moción del Espíritu Santo, que eran importantes para la fe de los cristianos. A veces nos gustaría poseer más detalles acerca de la vida de Jesús, con frecuencia para satisfacer la curiosidad, y en la Antigüedad se escribieron, o más bien inventaron algunos evangelios, llamados apócrifos donde aparecía esa serie de episodios, bastante novelescos. Sin embargo lo realmente importante es que el cristiano conozca la riqueza de acontecimientos que realizó Jesús, y que medite sobre ellos: por eso es fundamental una lectura del Evangelio.

Se dice que estos episodios son *misterios* en varios sentidos. Por una parte mediante su modo de actuar Jesucristo nos da a entender cómo es Dios; si es verdad que quien le ha visto a Él ha visto al Padre eso quiere decir que los diversos sucesos de su vida nos ayudan a comprender el misterio de Dios. Por otra parte todos estos acontecimientos son causa de salvación; ciertamente el Señor ofreció especialmente su vida por nosotros en la Cruz, pero ese amor que

le lleva a la Cruz se manifiesta también en la multitud de encuentros, discursos, milagros etc que recogen los Evangelios. Finalmente todos estos episodios son como una recapitulación, un resumen de toda la historia de la humanidad que es asumida por el Hijo encarnado para acercarse a los hombres y salvarnos: el que realizara toda esa serie de acciones en medio de unas personas y lugares concretos era un modo de decir que entra en la historia para salvar a la humanidad que había caído.

A lo largo de su vida Jesús se muestra como nuestro modelo, y al meditar, conocer, orar, y amar a Cristo en cada uno de los misterios que describe el Evangelio podemos hacer que nuestra vida se parezca cada vez más a la suya, o mejor podemos recibir la salvación que Él nos mereció mediante toda esa serie de episodios.

## **2. Los misterios de la infancia y la vida oculta**

(CEC 522-534)

Por misterios de la infancia entendemos los episodios que preparan y siguen al nacimiento de Jesús en Belén. El más importante es la Encarnación y Anunciación a la Virgen María, del que hablamos en el tema anterior. En cierto modo toda la *Primera Alianza* es preparación para la venida de Jesucristo, y en los primeros capítulos de Mateo y Lucas aparece bastante destacado el cumplimiento de profecías, o la figura de san Juan Bautista, el *Precursor* de Cristo. La meditación del misterio de Navidad, o de la Circuncisión y la Epifanía nos ponen de relieve la verdadera humanidad de Jesucristo, y por ellos los cuidados que necesitó, y su entrada en el Pueblo de Dios a la vez que un primer reconocimiento, por ángeles, pastores y magos de su carácter del todo especial. La huida a Egipto, en cambio, anticipa, en cierto modo, la persecución y el rechazo que padecerá después el Salvador.

En estos misterios el Templo de Jerusalén tiene un puesto especial, y de modo inmediato y directo en el misterio de la

Presentación de Jesús en el Templo (Lc 2,22-39) al igual que en su estancia en el Templo a los doce años (Lc 2,41-52). La ofrenda de Jesús reemplazará y cumplirá los sacrificios del Templo, por lo cual no es extraño que algunos de estos epí- sódios estén en relación con el Templo.

Ahora bien, llama la atención que, desde estos primeros acontecimientos hasta el comienzo de la vida pública, con unos treinta años, no se nos comuniquen más noticias de Jesús: sólo el episodio del Templo rompe el silencio. En realidad esa ausencia de datos es más significativa de lo que parece, pues indica que la mayor parte de la vida del Hijo de Dios encarnado fue una vida normal y corriente, sin bri- llo externo; en esta vida familiar de Nazaret Jesucristo prac- ticó las bienaventuranzas antes de predicarlas. Al mismo tiempo ponía de relieve que su misión posterior de Mesías no era fruto de una especial preparación a los ojos de los hombres, sino que procedía del misterio de su Persona eterna. El captar estas verdades requiere una profunda me- ditación, como la de la Virgen María, que conservaba en su corazón todos estos acontecimientos.

### **3. El bautismo y el comienzo de la vida pública**

(CEC 535-540)

Los Evangelios conceden una gran importancia al episodio del Bautismo de Jesús. Juan el Bautista, al modo de los profetas del Antiguo Testamento invitaba a la conversión, y el gesto del bautismo suponía la decisión de dejar atrás una vida de pecado y renacer a una nueva situación. Obviamente Jesucristo no había vivido antes en una situación de pecado, y Mt 3,13-14 deja bastante clara la sorpresa del Bautista cuando se acerca Jesús. Más bien, siguiendo las explicacio- nes de san Juan el sentido era el de mostrar que el Mesías iba a cargar con el pecado del mundo, destruyéndolo me- diante el peculiar *bautismo* de la cruz.

El Bautismo en el Jordán tiene el sentido de manifestar de manera pública el misterio más profundo de la misión de Jesús: es el siervo doliente que va a cargar con los pecados y dolencias de la humanidad para salvarla. Al mismo tiempo era preciso que quedara claro quién es Jesús, por eso los Evangelistas subrayan que hubo una voz del cielo que lo declaró como el Hijo amado. No quiere decir esto que Cristo fuera hijo de Dios como si hubiera sido adoptado en ese momento (esta fue la herejía de grupos adopcionistas): era el Hijo desde la eternidad, y al hacerse hombre, desde la Encarnación en su humanidad sigue siendo hijo propio y no adoptivo de Dios. Más bien se trataba de presentar de una manera pública que la misión de Jesús estaba guiada por el Espíritu, que descendía sobre Él, y como sabemos, el fin de su misión era precisamente comunicar el Espíritu Santo, tal como sucedió después de su muerte y resurrección en Pentecostés.

Por último, antes de su vida pública, pasó una larga temporada en el desierto, en el que fue tentado. De este modo realizó el cumplimiento de la vocación del pueblo de Israel, que en el desierto fue tentado y sucumbió, mientras que Jesucristo venció las tentaciones. Con razón se dice que «fue probado en todo como nosotros salvo en el pecado» (Hb 4,15). Una vez más aparece como el siervo fiel a Dios que dará origen al nuevo Pueblo de Dios, la Iglesia, que en la medida en que esté unido a Cristo vencerá las tentaciones. El episodio de la tentación, además de recordar la realidad de la actuación del demonio nos da a entender que el demonio desconocía la realidad profunda del Señor y por eso lo sometió a tentación como si fuera un simple hombre.

#### **4. La predicación del Reino y sus signos**

(CEC 541-553)

Gran parte de la vida pública de Jesucristo consiste en la predicación del Reino, o Reino de los cielos. Desde el comienzo invita a la conversión por esa cercanía del Reino

(Mc 1,15), y muchas parábolas nos ayudan a comprender mejor esta nueva cercanía de Dios, ofrecida primero a los judíos, pero sin excluir a otros (cf. Mt 10,5-7). De una manera particular el Reino corresponde a los pobres y pequeños, así como a los pecadores que se convierten. Sin embargo es muy importante no separar nunca el Reino de la Persona concreta de Jesús, el Hijo de Dios encarnado, pues la venida del Reino se dará sobre todo mediante la muerte y resurrección de Jesús en la cruz, que permitirá a todos los que creen en Él poseer la vida eterna y entrar así en el Reino.

Ha sido bastante frecuente reducir completamente el mensaje de Jesús a una serie de ideales de tipo humanista, algo así como si Jesús hubiera sido un precursor de los principios de la revolución francesa, del ecologismo, del feminismo o de las ideologías de moda en cada momento. A poco que leamos el Evangelio nos damos cuenta de que tal planteamiento es erróneo, pues Jesús lo que ofrece es la forma definitiva de entrar en relación con Dios al creer en Él. Por eso insiste en comprender correctamente la ley, perdona los pecados y de hecho se sitúa en una posición equivalente a Dios: podemos decir que el Reino es en cierto modo el mismo Cristo. Resulta absurdo confundir el progreso humano, incluso el *verdadero progreso* humano, con el Reino de Dios; no es que los avances materiales o culturales de la humanidad sean algo negativo, pero lo que Cristo trae es algo que va más allá de ventajas de tipo temporal o social, aunque de hecho cuando se acepta el Evangelio la sociedad avance verdaderamente.

Hay dos manifestaciones especialmente claras del Reino de los Cielos y que previenen contra cualquier interpretación *horizontalista*: los milagros y los exorcismos. Los milagros son intervenciones de Jesucristo en las que muestra su poder divino, más allá de las fuerzas de la naturaleza y en muchos casos, aunque no todos, se trata de curaciones; de este modo da a entender que su objetivo es curar al hombre del mal más radical, el pecado. Con los exorcismos aparece claramente su poder superior a los demonios y de nuevo

enseña que viene a comunicar al hombre la vida divina, ya que mientras se deje llevar por el pecado está a merced de los ángeles caídos que pueden incluso llegar a dominar al pecador. El rechazar los milagros y los exorcismos o reinterpretarlos como si fueran meras curaciones por terapia psicológica de auto-superación, sólo indica una mentalidad materialista (en sentido filosófico) para la que no puede existir nada más que la materia gobernada por leyes absolutas, lo cual no es aceptable.

Al mismo tiempo en relación con el Reino tenemos la cuestión de la elección de los Apóstoles y de san Pedro en especial, al que da «las llaves del Reino» para atar y desatar. De este modo la cercanía a Dios y la vida divina que trae Jesucristo va a quedar relacionada con la Iglesia que Él mismo establece, la cual nos ayuda a mantener la correcta confesión de fe en Jesucristo y mediante los sacramentos continúa en el mundo la presencia real de Jesús.

## **5. La transfiguración y la entrada en Jerusalén (CEC 554-559)**

El episodio de la Transfiguración se entiende de una manera correcta si tenemos presentes los diversos anuncios de la Pasión que el Señor reiteró una vez que san Pedro le había reconocido como el Mesías. Estos anuncios daban a entender que todo lo referente al Reino y la misión mesiánica tenía que culminar en la muerte en Cruz. Obviamente esto resultaba completamente desconcertante para los discípulos, pues sus expectativas sobre el Reino todavía no estaban suficientemente purificadas.

Jesús sabía de esta debilidad de los discípulos, incluso de los más cercanos, y para que pudieran soportar mejor el escándalo que iba a ser para ellos la muerte en Cruz les dejó ver una muestra de la gloria que le correspondía como Hijo de Dios encarnado. No es casual la aparición de Moisés y

Elías como confirmación de que la misión de Jesucristo correspondía a todo lo dicho en el Antiguo Testamento. Sabemos que ni siquiera los tres discípulos que estuvieron en la Transfiguración pudieron mantenerse fieles al pie de la Cruz pero el mensaje de ese misterio era muy claro: el camino a la gloria pasaba por la Cruz.

La entrada en Jerusalén, con las predicaciones del Señor previas y posteriores a dicho acontecimiento, son una preparación para el misterio central de su muerte y resurrección. Debía ser recibido en Jerusalén, porque esta ciudad era el centro del pueblo de la Antigua Alianza, y una vez más fueron los más pequeños los que le acogieron. Los textos evangélicos nos ponen de relieve que Jesús sabía perfectamente que iba a dar su vida *en rescate* por la salvación de los hombres, y no se trataba de una falta de previsión, o de la ilusión de que las autoridades judías le reconocerían como Mesías.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Cuántos misterios puede recordar ahora de la vida de Cristo?
2. ¿Rezamos el Rosario como una manera excelente de unirnos a los misterios de Cristo?
3. ¿Qué ideas suele haber sobre el Reino de Cristo?
4. ¿Qué motivos suelen dar los que no quieren aceptar los milagros de Cristo?
5. ¿Por qué es tan importante el misterio de la Transfiguración?

### Ampliación

*Catequesis de Juan Pablo II* 11,18-XI-87; 13-I-88; 20,27-IV-88.

# REDIMIDOS POR SU SANGRE

### 1. Proceso de Jesús (CEC 595-598)

En los relatos evangélicos aparecen descritos no pocos detalles del proceso judicial que condenó a Jesús a muerte. Por Jn 7,50 y 19,38-39 sabemos que no todos los miembros del sanedrín, que actuó como sumo tribunal judío, estaban de acuerdo con la condena, y los evangelios muestran las dificultades del proceso. Hubo intervenciones de sumos sacerdotes, pero en cualquier caso Jesús fue condenado a muerte por blasfemo, es decir, por haberse declarado al nivel de Dios. Este proceso muestra con claridad la pretensión de Jesús de ser Mesías pero no en un mero sentido social, o de libertador nacional (tal pretensión nunca podría recibir la acusación de blasfemia), sino en un nivel trascendente, divino, que resultaba inaceptable para los judíos.

El hecho de que interviniera la autoridad romana se debía a que los judíos habían perdido el derecho de la condena a muerte. Por este motivo ante Pilato se debieron esgrimir motivos relacionados con el orden público, y con todo aparecen sus dudas. Finalmente, debido a la actuación de unos y otros, sin que faltaran grupos de personas del pueblo, que gritaron:

«su sangre sobre nosotros y sobre nuestros hijos» (Mt 27,25), se condenó a muerte a Jesús. Así pues, desde un punto de vista jurídico, la responsabilidad fue múltiple. Resulta ridículo, y propio más bien de excesos retóricos, hablar de los judíos en conjunto como *pueblo deicida* o frases semejantes.



En realidad, dado que la finalidad de la pasión de Cristo era la victoria sobre el pecado y murió para que fuéramos reconciliados con Dios, si hubiera que buscar alguna especie de *responsabilidad colectiva*, ésta debería recaer sobre los pecadores en su conjunto. En este sentido cuanto mayor es el pecado de una persona, mayor es su responsabilidad en la pasión de Cristo. Ciertamente los judíos de la época tuvieron la culpa de no aceptar a Cristo, pero esa culpa no es mayor que la de los cristianos que le abandonan. Pretender medir culpabilidades ante la Pasión del Señor es algo absurdo.

## **2. Muerte de Cristo y designio de salvación**

(CEC 599-605)

Lo realmente importante en la muerte de Jesús es que formaba parte del designio de Dios para salvarnos: esto lo pusieron de manifiesto ya las primeras predicaciones cristianas, como la de san Pedro recogida en Hech 2,23. El que hablemos del designio de Dios no quiere decir que los diversos personajes fueran meros ejecutores pasivos de un drama que Dios había escrito antes, sino que actuaron de manera libre y responsable. Como se explicaba al hablar de la providencia, es fundamental recordar que Dios permite acciones malas para obtener bienes mayores: en este caso nada menos que la muerte del Hijo encarnado fue la causa de nuestra salvación.

Que este designio de Dios ya había sido anunciado en las Escrituras era algo que recordaron los primeros cristianos (1 Co 15,3; Hech 3,18; 7,52; 13,29), y el mismo Jesús había hablado de entregar su vida en rescate por muchos (Mt 20,28). El texto más representativo de las Escrituras eran las misteriosas profecías del siervo doliente (Is 53,7-8) o las palabras de Zacarías en torno a una muerte misteriosa que traerá salvación (Za 12,10ss). Estas predicciones, sin embargo, no habían sido tenidas muy en cuenta por los

discípulos, que habían esperado un Reino de triunfo y gloria sin caer en la cuenta que era necesario que el Mesías padeciera, como recordó el mismo Jesús a los discípulos de Emaús (Lc 24,25-27).

Es hasta tal punto importante la muerte en la cruz de Cristo por nosotros que san Pablo afirma que Dios «le hizo pecado por nosotros» (2 Co 5,21) en el sentido de que fue sacrificio de expiación por nuestros pecados. Cristo siempre estuvo perfectamente unido a su Padre celestial, incluso en la cruz, pero esto no le evitó participar de los sufrimientos de los pecadores, a los que amaba y por los que se entregaba: el grito del Señor en la cruz, rezando el salmo 21 explica esta situación. Lo que en modo alguno se puede decir es que experimentara las penas del infierno o el alejamiento de Dios propio de los condenados, como si cayera sobre él la ira condenatoria de Dios. Tales planteamientos no son aceptables para un católico y si se piensan un poco son realmente absurdos. Cristo no padece las penas del infierno, porque eso supondría dejar de ser Hijo de Dios, aunque sufra hasta un punto que no podemos imaginar por salvarnos.

La voluntad de Dios es nuestra salvación, pero dado que el pecado es un ofensa y un rechazo al amor de Dios, esta salvación se ha realizado mediante la ofrenda del Hijo encarnado en la Cruz. La iniciativa de salvación procede de Dios, y «la prueba de que Dios nos ama es que Cristo, siendo nosotros todavía pecadores, murió por nosotros» (Rom 5,8). Por supuesto se mantiene la pregunta de porqué Dios no se ha limitado a perdonarnos sin más, y en cambio ha querido que nuestro perdón pasara por la Pasión de su Hijo. No podemos dar una respuesta, pues sólo Dios conoce las causas de su actuación, pero al perdonarnos por la Pasión, que en el fondo es un acto de amor y de obediencia, se advierte que ese acto repara y compensa nuestras ofensas y desobediencias. Todos sabemos que el amor se prueba sobre todo cuando hay sufrimiento: pues bien, qué mejor manera de mostrarnos su amor que reparar por nosotros en medio de

los sufrimientos de la Cruz. Alguien podría pensar que era excesivo, pero probablemente ante la gravedad del pecado como ofensa a Dios y ante la magnitud del amor de Dios la Cruz no sea tan excesiva.

### **3. Cristo se ofrece libremente a su Padre por nuestros pecados** (CEC 606-617)

La ofrenda que nos salva es toda la vida de Cristo presentada al Padre como un acto de amor por los pecadores, a los que Cristo conocía y amaba. Como recuerda Hb 10,5 esta ofrenda comienza desde que Cristo entra en el mundo, es decir, desde la misma Encarnación, pero se consume y llega a su realización máxima en la Cruz. Son muchas las expresiones del Señor que aparecen en el Evangelio en las cuales Jesús manifiesta su deseo de dar la vida por nosotros (Jn 10,17; 18,11; Lc 12,50; 22,15). La imagen del Cordero de Dios que quita el pecado del mundo (Jn 1,29) precisamente evoca este sacrificio de Cristo para realizar la redención, como el cordero pascual había sido el signo de la primera pascua (Ex 12,3-14).

No obstante aquel cordero pascual, al igual que todos los sacrificios del templo eran simplemente la manifestación de una voluntad humana que quería ofrecer algo a Dios. La muerte de Cristo en la Cruz es el sacrificio definitivo, porque supone una ofrenda perfecta: Cristo que se ofrece a sí mismo, voluntariamente, al Padre (Jn 10,18). Con este acto de amor y obediencia (cuya iniciativa ha sido del Padre) quedan reparadas y superadas todas las desobediencias y las faltas de amor del género humano. Alguien del género humano, que al mismo tiempo es Dios, ha realizado un acto de amor mucho mayor que los pecados de toda la humanidad.

Por este motivo se pueden y deben emplear términos como sacrificio o expiación para hablar de la muerte de Jesús en la Cruz, y esto no es un invento de siglos posteriores a

Cristo, sino que el mismo Cristo se presentaba como ese cordero del sacrificio definitivo: se sabía el Hijo encarnado que había venido a morir por el pecado del mundo. Estos términos en modo alguno son un *dolorismo* o *sadismo*, porque lo fundamental de la Cruz es el amor de Cristo por el Padre y por sus hermanos los hombres, por quienes muere. El terrible sufrimiento de la Cruz simplemente muestra la gravedad del pecado y la grandeza del amor del que se entrega.

#### **4. Nuestra asociación al sacrificio de Cristo** (CEC 618)

El que Cristo haya muerto por nosotros y haya satisfecho por nuestros pecados no quiere decir que los hombres ya estén salvados como de una manera mecánica y automática. En la medida en que nos unimos a Cristo recibimos en nosotros mismos esta salvación que Él nos ha merecido. A todos se les ofrece la posibilidad de asociarse a este misterio Pascual. El sacramento del Bautismo nos configura con su muerte y resurrección, y por la fe, junto con las otras virtudes somos justificados, ya que nos unimos con Cristo. Esta unión con el Señor conlleva el conocerle y amarle, es decir, el responder a esa entrega del Señor en particular por cada persona.

Al mismo tiempo el hecho de que Cristo haya muerto en la Cruz permite que hasta en las situaciones de mayor dolor y dificultad podamos cada uno «cargar con su cruz» (Mt 16,24). La salvación no es algo que requiera unas especiales condiciones de riquezas, salud o medios humanos, sino que basta la fe, la esperanza y la caridad para unirnos con Cristo que ha muerto por nosotros. Si la redención no se hubiera realizado en la Cruz siempre el cristiano tendría la tentación de pensar que en ciertos momentos Dios le ha abandonado, o que no puede responder a Cristo por las dificultades. Es necesario insistir en que no se trata de una apología del dolor, sino simplemente de que el amor extremo se ha mani-

festado y realizado en las condiciones extremas de la Cruz, y por ello no hay situación en la que el hombre no pueda asociarse a Cristo.

De todos modos la última cena y la institución de la Eucaristía fue la anticipación de la ofrenda de Jesucristo, que dejó a los Apóstoles para que la celebraran. Las referencias al cuerpo entregado (Lc 22,19) y a la sangre derramada (Mt 26,28) muestran con toda claridad la intención de Cristo al ir a la Cruz. Al mismo tiempo son para la Iglesia el don de contar con una nueva presencia del sacrificio de la Cruz cada vez que se celebra la Misa. De este modo se puede perpetuar y hacer presente en los cristianos de cualquier época la misma ofrenda de la Cruz, al convertirse el pan en su cuerpo y el vino en su sangre. Una de las misiones fundamentales de los apóstoles y de sus sucesores será esta celebración del sacrificio de la Nueva Alianza, que no multiplica el único sacrificio de Cristo, sino simplemente lo hace presente para los fieles de todos los tiempos. De este modo resulta mucho más fácil que cada cristiano, al comulgar el cuerpo y la sangre del Señor pueda asociarse a los misterios de la Pasión.

## **5. Sepultura y descenso a los infiernos**

(CEC 624-635)

La sepultura de Cristo era la consecuencia inmediata de su muerte. Su cuerpo, como el de otros difuntos es sepultado, y los Evangelios nos ofrecen algunos detalles de esta sepultura (Lc 23,50-56; Mc 15,42-47; Mt 27,57-61). Ahora bien, el cuerpo sepultado de Cristo seguía unido hipostáticamente al Verbo de Dios. Lo característico de la muerte es que el alma o elemento espiritual del cuerpo ya no vivifica el cuerpo, que queda reducido a cadáver y se corrompe. Sin embargo el cuerpo de Cristo, al igual que su alma permanecieron unidos al Verbo eterno de Dios, de manera que ese cuerpo muerto y sepultado seguía siendo el Cuerpo del Hijo de Dios.

En este contexto es en el que se habla en el credo de que «descendió a los infiernos». Este descenso no quiere decir que Jesucristo experimentara las penas de los condenados, sino que su alma entró en comunicación, de un modo que nos resulta muy difícil de concretar, con las almas de aquellos justos que habían muerto antes que Él y todavía no podía gozar de la felicidad eterna, pues Cristo no había resucitado. Las personas que en el pueblo de Israel, y fuera del mismo, se habían dejado convertir y mover por la gracia del Espíritu Santo antes de la venida de Cristo estaban como *esperando* su Pasión para poder llegar a la gloria. El alma de Cristo en ese *descenso* (no podemos encontrar realmente una palabra que lo exprese bien) les acompaña y trae la salvación, al igual que la comunicó a las personas que se acercaron a Él durante su vida terrena, e igual que nos la sigue comunicando hoy a quienes creemos. Obviamente aquellos que se habían cerrado al amor de Dios antes de la venida de Cristo ya estaban condenados y no podía cambiar su suerte, pero a los salvados Cristo les libró del poder de la muerte y coincidiendo con su Resurrección pudieron recibir ya la gloria.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Qué aspectos es el que más me llama la atención de la Pasión del Señor?
2. ¿Qué aspectos se suelen comprender peor o deformar al hablar de la Pasión?
3. ¿Nos acordamos de la Cruz de Jesucristo cuando llegan nuestras cruces?
4. ¿En la Misa participamos sabiendo que estamos ante el sacrificio de la Cruz?
5. ¿Nos ayuda la pasión del Señor a darnos cuenta de que el pecado es más importante de lo que parece?

## **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II* 31-VIII; 7-IX; 5,19,26-X; 9-XI-88;  
11-I-89.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Dominus Iesus*  
(6-VIII-2000) nn. 13-15.

# EL ENCUENTRO CON EL RESUCITADO

## 1. Acontecimiento histórico y trascendente

(CEC 639-647)

La Resurrección del Señor es la verdad culminante de nuestra fe en Cristo: si Cristo no hubiera resucitado nuestra fe sería vana (1 Co 15,14). San Pablo precisa que la resurrección de Cristo estaba entre lo primero que había recibido de la tradición viva de la Iglesia. Obviamente este acontecimiento aparece reflejado en todos los evangelios, si bien hay algunas diferencias respecto a las personas o el orden en que se les presenta el Resucitado.

Una de las primeras cosas que se ponen de manifiesto es que el sepulcro en el que había sido enterrado Cristo está vacío, pues ha resucitado (Lc 24,5-6), por eso las mujeres que querían honrar su cadáver reciben el anuncio de que ha resucitado. De esta manera tenemos toda una serie de apariciones de Cristo, a la Magdalena, a otras mujeres, a Pedro, a dos discípulos que huían en dirección a Emaús, o a las doce en diversas ocasiones etc. Las descripciones, por otra parte, son bastante realistas: no se trata de alucinaciones, sino que le pueden ver, tocar, come con ellos etc. De hecho más bien lo que se subraya es que los discípulos al recibir anuncios de la Resurrección no lo acaban de aceptar (Mc 16,14) y es preciso que se les presente el mismo Cristo. Todos estos testimonios nos llevan a aceptar que la Resurrección



fue un hecho real, concreto, histórico en cuanto que sus consecuencias se podían verificar por parte de aquellos que le vieron y tocaron.

Al mismo tiempo la Resurrección supone que la humanidad de Cristo pasa a un estado nuevo. No desaparece ni se disuelve, sino que adquiere una serie de características que antes no poseía. En ese sentido es algo bastante distinto de la resurrección de Lázaro o del hijo de la viuda de Naín. En esos casos la persona que resucitada volvía a la misma vida que había tenido antes, seguía experimentando sus limitaciones, las enfermedades, y volvería a morir más adelante. Sin embargo el cuerpo de Cristo resucitado puede presentarse en diversos lugares y con formas diversas: es verdadero cuerpo, e incluso en él están presentes las llagas de la Pasión, pero ha sido glorificado, no está sometido a las limitaciones que antes experimentaba. Diríamos que la gloria que le correspondía por ser Hijo de Dios, después de la Pasión, se hace presente ahora por la Resurrección. Por todo ello hay que afirmar que la Resurrección es un acontecimiento trascendente que lleva a la humanidad de Cristo a un estado nuevo.

Es muy importante mantener unidos ambos aspectos. No han faltado autores para los que la Resurrección era un simple modo de hablar de que Jesús ya vivía con Dios, sin dar la más mínima importancia al sepulcro vacío, a las apariciones y encuentros con el Resucitado etc. Incluso algunos han afirmado que Cristo habría resucitado aunque su cuerpo se hubiera corrompido en el sepulcro y prácticamente sitúan la Resurrección en la misma Cruz. Este tipo de explicaciones guarda bastante relación con las herejías de tipo gnóstico para las que el cuerpo o la materia era algo negativo, y en todo caso irrelevante para nuestra relación con Dios. Por eso consideran que no tiene importancia el que permanezca el cuerpo o se corrompa. La confesión de fe católica impide aceptar tales planteamientos, porque la Resurrección no significa que haya desaparecido la Encar-

nación, sino que la materia queda glorificada en el Cuerpo de Cristo.

Por todo esto la Resurrección es objeto de fe aunque algunos aspectos de Cristo resucitado eran verificables por los sentidos, en la medida que el Señor se quería hacer presente. Así el Apóstol Tomás vio y tocó el Cuerpo de Cristo pero creyó que era verdaderamente su Dios y Señor. En la Resurrección han intervenido las Tres Personas divinas a la vez y han manifestado su propiedad. Al Padre se le atribuye el poder que ha resucitado al Hijo en su humanidad, que queda ya plenamente glorificada. En cuanto Hijo eterno realiza también Él la resurrección de su humanidad, y de hecho había afirmado que entregaba su vida para recobrarla de nuevo (Jn 10,17-18). Por otra parte es el Espíritu Santo el que ha vivificado la humanidad de Cristo y la ha llevado a este estado glorioso. Como siempre en las acciones divinas aparecen las Tres Personas de manera peculiar, a pesar de tratarse de una acción única.

## **2. Sentido salvador de la resurrección**

(CEC 651-655)

La Resurrección es fundamental para nuestra fe cristiana porque supone la verdad y la confirmación de todo lo que Cristo había enseñado con sus obras y palabras. Muestra la autoridad del que había hablado y de ese modo aun lo más difícil queda confirmado. Al mismo tiempo es el cumplimiento de no pocas promesas del Antiguo Testamento en torno al Mesías, que, sin embargo no habían recibido mucha atención antes; los apóstoles en las primeras predicaciones debieron recordar aquellos textos en los que se daba a entender que el Mesías moriría y resucitaría (Lc 24,26-27.44-48).

El principal aspecto que queda confirmado es el de la divinidad de Jesús, pues al Resucitar se ha puesto de manifiesto que Él es (Jn 8,28), y aparece como el Hijo de Dios con

una especial claridad a partir de la Resurrección (Hech 13,32-33). No es que antes no lo fuera, pues lo era desde la eternidad, y en su humanidad también era el hijo propio desde la Encarnación, pero ahora se ha manifestado plenamente esa verdad que, por así decir, ha pasado hasta a su realidad más exterior y material.

San Pablo establece una fuerte relación entre la Resurrección y nuestra justificación (Rom 6,4). Esta glorificación del Cuerpo de Cristo es causa de que los cristianos puedan pasar a una vida nueva; podríamos decir que la Pasión nos ha merecido el perdón de los pecados y la Resurrección hace que pueda pasar a cada uno de los fieles esa nueva vida de la gracia; para comprender esto no podemos olvidar que Cristo resucitado, es quien nos transforma y comunica la vida nueva. Diríamos que la adopción filial se produce porque Él ha resucitado y nos comunica la participación en la vida divina: así como su cuerpo ha sido ya perfectamente glorificado, nosotros recibimos los dones sobrenaturales. Esto no quiere decir que nuestro cuerpo también quede glorificado: tal cosa sucederá al final de los tiempos, pero la fuerza de la Resurrección sí actúa ya en nosotros.

El otro aspecto esencial de la Resurrección es que anticipa como primicia lo que sucederá al final de los tiempos a aquellos que hayan creído en Cristo (1 Co 15,20-22). San Pablo explica esta cuestión en la carta a los Corintios ante los que dudaban de la suerte de los difuntos. Estamos llamados a que nuestro cuerpo mortal reciba al final de los tiempos la gloria que se ha mostrado ya en Cristo, por acción del mismo Cristo. Mientras tanto el cristiano participa en su espíritu, escondido en Cristo, de esa vida nueva. En el plan de Dios la resurrección de los cuerpos de los santos (con la excepción de la Virgen María) se producirá en un momento común al final de los tiempos, aunque antes cada alma reciba el premio o castigo a partir del momento de su muerte; de este modo aparece tanto el aspecto común como individual de la vida cristiana y de nuestra relación con Cristo resucitado.

### **3. La ascensión a los cielos** (CEC 659-664)

El artículo del Credo acerca de la ascensión, celebrado litúrgicamente incluso, nos habla de que la humanidad glorificada de Cristo pasa ya a estar para siempre en la gloria eterna. No se trata de un movimiento local de un sitio a otro, sino del paso a una situación ya definitiva. Por la Resurrección su humanidad había sido glorificada pero todavía se había manifestado con una especial frecuencia durante unos cuarenta días y como relatan los Evangelios habló y enseñó a sus discípulos. A partir de un determinado momento, y tras haberlos reunido le ven elevarse y ya desaparece por siempre para su vista. Con esta acción Jesucristo ya dejó de estar presente como lo había estado en los años de su predicación y en los días posteriores a su Resurrección. La misteriosa frase a María Magdalena: «Todavía no he subido a mi Padre y a vuestro Padre, a mi Dios y a vuestro Dios» (Jn 20,17) indica que la gloria del Resucitado no es todavía la de su exaltación al Cielo.

En cualquier caso se debe subrayar que una vez ascendido al Cielo es el permanente Mediador entre Dios y los hombres, el Sumo Sacerdote que ha entrado en el santuario del cielo. El lenguaje de *estar sentado a la derecha del Padre* evidentemente no se refiere a una localización temporal, sino que Cristo, con su humanidad glorificada participa, también en esa humanidad, del poder de Dios. La visión Dn 7,14 sobre el poder del Hijo del hombre se cumple en este misterio. De esta manera el Hijo vuelve al Padre: no es que se hubiera trasladado de una manera local, sino que había asumido una humanidad que ahora está ya glorificada y a ella se extiende la gloria que se debe a Dios.

### **4. Vendrá a juzgar a vivos y muertos** (CEC 668-679) Otro

de los artículos del credo relacionado con el de la Resurrección es la venida de Cristo glorioso para juzgar a los

vivos y a los muertos. Mucho más que en el caso de la Ascensión hay muchos detalles de esta venida futura que no conocemos, pero eso no puede disminuir nuestra fe en el retorno de Cristo.

Ante todo debemos recordar que Cristo prometió permanecer con sus discípulos hasta el final de los tiempos (Mt 28,20), y esta promesa se cumple de una manera especial en la Eucaristía, en la que Cristo queda sustancialmente presente. Como veremos al hablar de la Eucaristía, la fe de la Iglesia en la presencia real y sustancial de Jesús nos dice precisamente que no hay una diferencia esencial entre la presencia de Cristo en medio de sus discípulos, cuando predicaba en Galilea, o hacía milagros, y la presencia eucarística. También se da una presencia de Cristo en cuanto que actúa en los sacramentos, y en la medida en que nos reunimos en su nombre etc. Por todo ello podemos decir que el Reino de Dios, que es el mismo Cristo se realiza en la Iglesia, e incluso actúa fuera de ella, para atraer a las personas hacia la plenitud de medios de santificación que están en la Iglesia.

Sin embargo toda esta serie de presencias está lejos de realizar el Reino de Dios en todo su poder y gloria, de manera que observamos multitud de realidades que no están sometidas a Cristo. A veces incluso el cristiano tiene la sensación de que triunfan y son más reconocidas las personas y los criterios que se alejan de Cristo. Esta situación ha variado a lo largo de la historia y de los diferentes lugares y culturas, pero es claro que no se da en plenitud el Reino de Cristo. Estamos en el momento final de la historia, pues nos queda esperar sólo la venida gloriosa de Cristo, pero tal venida todavía no se ha producido.

Los acontecimientos que rodearán esa venida, que resultará visible a todos, aparecen descritos en el Nuevo Testamento, aunque no es fácil situarlos en un orden claro. De hecho el mismo Señor aunque nos pidió que estuviéramos siempre vigilantes recordó que nadie sabe el día ni la hora en

la que volverá el Hijo del hombre. Parece que su venida tiene que ver con que «todo Israel» lo reconozca como Mesías (Rom 11,31), hecho no fácil de comprobar, pero también se habla de momentos de gran tribulación para los creyentes. La Palabra de Dios predice una gran persecución y la revelación del Misterio de iniquidad a modo de un engaño religioso que llevará a muchos a apartarse de la verdad en nombre de un falso mesías. Por ello el Reino no será un proceso que lleve a la Iglesia a un desarrollo triunfal, pues más bien se harán más intensas las persecuciones que siempre le acompañan, sino por una victoria de Dios sobre los intentos del mal. Esa venida estará acompañada del juicio universal, en el que se manifestará la actitud de los hombres frente a Cristo, aunque ya los difuntos hayan recibido el premio o castigo según su respuesta al Señor, como veremos al hablar de la vida eterna.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Qué aspectos de los Evangelios sobre la Resurrección me llaman más la atención?
2. ¿Qué dificultades suelen poner los que no aceptan la Resurrección?
3. ¿Se habrían atrevido los Apóstoles a predicar si no hubieran visto que la tumba estaba vacía?
4. ¿Me doy cuenta de que en la Eucaristía está el mismo Cristo resucitado?
5. ¿Nos tomamos en serio que Cristo vendrá de nuevo para que aumente nuestra esperanza?

### Ampliación

*Catequesis de Juan Pablo II* 25-I; 1,22-II; 1,15-III; 12,19-IV-89.

# CREO EN EL ESPÍRITU SANTO

### 1. La misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo (CEC 687-690)

Al hablar del misterio de la Trinidad en el tema quinto ya quedó claro que el Espíritu Santo es una persona divina que procede del Padre y del Hijo, pero en la vida cristiana no siempre tiene la relevancia que merece. Obviamente ningún cristiano niega su divinidad y existencia, pero no siempre se le invoca. Este relativo *olvido* se debe en parte a la discreción de su misión, que no nos resulta tan conocida y cercana como la del Hijo, pues el Espíritu Santo no se ha encarnado, pero no es de menor importancia. De hecho la vida cristiana consiste en abrimos al misterio de Dios, que es Padre, Hijo y Espíritu Santo, y esto se puede realizar porque el Hijo encarnado, triunfante y glorioso en el cielo nos envía al Espíritu Santo.

La misión del Hijo ha consistido fundamentalmente en que se ha encarnado y ha muerto por nosotros, resucitando después: esto quiere decir, como vimos, que unió a su Persona una verdadera naturaleza humana, cuerpo y alma, para amarnos con corazón de hombre y morir por nuestra salvación en esa naturaleza. Tal unión de la naturaleza humana con la Persona divina se denominaba *unión hipostática*; evidentemente sólo la naturaleza humana de Cristo está unida a su Persona de esa manera. Esto no elimina que los fieles nos unamos a Cristo conociéndole y amándolo. En el caso del envío del Espíritu Santo no se ha producido esa *unión hipostática*, sino que el Espíritu Santo ha dado lugar

a toda una serie de signos, fundamentalmente en Pentecostés y a lo largo de la historia de la Iglesia, para que también nuestra fe y nuestro amor se dirijan a Él. Es más, en la medida que procede del Padre y del Hijo como amor es la persona divina que mejor nos manifiesta el amor de Dios. En la medida que reconocemos al Espíritu Santo podemos decir que estamos en el Amor de Dios. Muchas veces lo hacemos al recordar a las Tres Personas divinas conjuntamente, pero también es necesario invocar al Espíritu, o mejor, pedir a Jesucristo que nos envíe su Espíritu. No se trata de *separar* a las Personas divinas, que forman la única esencia de Dios, pero sí de reconocerlas y venerarlas en su distinción, pues hasta que no veamos cara a cara a Dios necesitamos palabras y conceptos distintos para conocer y amar a las Personas que forman el misterio de la Trinidad, cuya adoración será lo que sacie en la vida eterna todos los deseos de felicidad.

El Catecismo nos insiste (689-690) en la misión conjunta del Hijo y del Espíritu Santo, para que así podamos profundizar mejor en este misterio. El mismo Cristo en su humanidad estuvo lleno del Espíritu Santo, como correspondía a una naturaleza humana unida hipostáticamente a la Persona eterna del Hijo, y lo envía a la Iglesia y a cada fiel para que *viva en el Espíritu*. Por todo esto nos puede ayudar mucho tratar de descubrir cómo aparece el Espíritu Santo en la Sagrada Escritura.

## **2. Nombres y símbolos del Espíritu Santo**

(CEC 691-701)

El nombre propio es *Espíritu Santo*; el término *Espíritu* trae la palabra hebrea *ruah*, que significa en primer lugar aire, viento, soplo. Cuando el Señor habla a Nicodemo de la novedad que trae (Jn 3,5-8) emplea este término. *Espíritu* quiere decir algo diferente a la materia, pero ese término se puede aplicar también al alma del hombre y a los ángeles; asimismo las otras dos Personas divinas también son pura-



mente espirituales: para evitar ambigüedades se añade *Santo* y así queda claro que es la Tercera Persona de la Trinidad. En la última Cena el Señor lo designó como *Paráclito*, que quiere decir el que intercede, como un abogado, o el que consuela; también le llama Espíritu de la Verdad (Jn 16,13). El mismo Jesús nos dice que el Espíritu Santo es *otro* paráclito, porque Jesús es el que intercede y nos consuela, pero cuando Él ya no esté visiblemente en el mundo enviará al Espíritu Santo. Podemos encontrar muchos más nombres como Espíritu de la promesa (Ga 3,14), de adopción (Rom 8,15), del Señor (2 Co 3,17), de Dios (Rom 8,9.14), o de gloria (1 Pe 4,14).

También son muy numerosos los símbolos del Espíritu Santo, comenzando por el agua, que nos evoca el bautismo con el que recibimos la vida divina y el Espíritu Santo. La unción con óleo significa ese mismo Espíritu y nos recuerda a la unción que recibió el mismo Cristo. También en relación con algunos pasajes bíblicos, sobre todo del Antiguo Testamento tenemos los símbolos del fuego, de la nube y de la luz que se repetirán también en el Nuevo Testamento. A veces se habla del sello, en el sentido de que el Espíritu *sella*, marca con su presencia, o se le puede simbolizar en la mano, ya que la imposición de las manos es una manera de comunicar el Espíritu. Otros signos son el dedo, en el sentido del poder de Dios que manda con autoridad, o que escribe en los corazones, y la paloma, por las referencias al final del diluvio y al bautismo de Jesucristo, en el cual bajó en forma de paloma. En todos estos símbolos no se trata de *encarnaciones* del Espíritu Santo, como fue la de Cristo, sino de realidades materiales de las que se ha servido el Espíritu Santo para manifestarse en la obra de la salvación.

### **3. El Espíritu Santo en el Antiguo Testamento** (CEC 702-716)

Sólo podemos hablar del Espíritu Santo como Persona divina distinta del Padre y del Hijo cuando se ha manifestado

el misterio de la Trinidad, lo cual sucede en el Nuevo Testamento, pero de una manera velada, como oculta hay continuas referencias al Espíritu en el Antiguo Testamento. Una vez que se ha producido la venida de Jesucristo ya podemos entender que muchas de esas referencias no se limitan a indicar meramente el poder de Dios, sino que nos ayudan a comprender mejor al Espíritu Santo.

En la creación se habla del Espíritu sobre las aguas (Gn 1,2) y en la plasmación del hombre se alude al *aliento de Dios*, con lo que se da a entender que también el Espíritu es Creador, con el Padre y el Hijo. Las promesas de un pueblo numeroso que recibe Abraham se cumplirán con la venida de Cristo y el envío del Espíritu Santo, de ahí que se le llame Espíritu de la promesa. Más en concreto en los profetas aparece actuando el Espíritu de Dios, lo cual se cumpliría plenamente en Jesucristo, sobre quien descendería el Espíritu; de hecho el Señor en el comienzo de su predicación en la sinagoga de Nazaret (Lc 4,18-19) aludió a diversos textos proféticos (Is 61,1-2) que precisamente se cumplían en Él, por cuanto sobre Él había descendido el Espíritu del Señor. Ese mismo Espíritu reposaría no sólo sobre el Mesías, sino sobre todo el pueblo unido a Él (Ez 11,19; 36,25-28; Jr 31,31-34): a partir de Pentecostés, como notó el mismo san Pedro (Hech 2,17-21) se fueron cumpliendo estas profecías.

#### **4. El Espíritu Santo en la plenitud de los tiempos** (CEC 717-741)

Podemos detenernos algo más en la venida del Espíritu Santo sobre personajes fundamentales de la *plenitud de los tiempos*: san Juan Bautista y la Virgen María. En el caso del Bautista los textos son muy claros, pues se dice que fue «lleno del Espíritu Santo ya desde el seno de su madre» (Lc 1,68). Gracias a esa venida pudo preparar al Señor el *pueblo bien dispuesto* para el Mesías. El Espíritu Santo hace que

san Juan Bautista sea más que un profeta (Lc 7,26), y que cierra el ciclo de los grandes profetas que había comenzado con Elías (Mt 11,13-14). Su testimonio sobre Jesucristo resultó fundamental, pues Juan era una persona conocida y respetada, incluso por sus enemigos, y señala a Jesucristo como el que quita el pecado del mundo. Pero la mayor relación del Bautista con el Espíritu Santo se dio cuando bautizó al Señor, de modo que descendió sobre Jesucristo el Espíritu Santo de una forma visible, lo que permitió al Bautista confirmar su testimonio (Jn 1,33-36).

En todo caso es todavía mayor la relación de la Virgen María con el Espíritu Santo; a veces la piedad popular la designa como *esposa del Espíritu Santo*, y es una forma de expresar hasta qué punto estuvo llena y era movida por el Espíritu de Dios. La preparación de la gracia, a la que se refiere el ángel (Lc 1,28) y que creemos en el dogma de la Inmaculada, nos muestra la presencia del Espíritu en María desde el comienzo de su existencia. De esta manera Ella pudo ser la *digna morada* en que se alojaría de modo especial su Hijo: no es extraño, por ello, que en la liturgia se hayan aplicado a la Virgen María las imágenes de Trono de la Sabiduría divina. El mismo saludo del ángel que invitaba a la alegría tiene que ver con esa plenitud del Espíritu Santo. La encarnación se atribuye al mismo Espíritu Santo (Lc 1,35): no es que se encarne el Espíritu Santo, pues sólo se encarna el Hijo, pero la acción de unir esa naturaleza humana al Hijo se debe a toda la Trinidad, y manifiesta tanto el amor de Dios que debe hacerse esa mención especial al Espíritu Santo. Por otra parte el cántico del Magnificat es un ejemplo claro de oración inspirada por el Espíritu Santo. Tampoco fue casual que en la venida del Espíritu Santo de manera visible el día de Pentecostés se encontrara la Virgen María presente.

Jesucristo, ungido por el Espíritu Santo desde su encarnación revela en diversas ocasiones al Espíritu Santo, como aparece en los diálogos con Nicodemo (Jn 3,5-8), con la Samaritana (Jn 4,10.14.23-24) o con los que acudieron a la

fiesta de los Tabernáculos (Jn 7,37-37), sin que dejara de advertir a los discípulos de la ayuda que recibirán del Espíritu para dar testimonio (Mt 10,19-20). Sin embargo la revelación del Espíritu Santo se va a dar cuando el Hijo sea glorificado, y por eso no es extraño que los textos más expresivos y directos sobre el Espíritu Santo se encuentran en el discurso de la última Cena (Jn 14,16-17.26; 15,26; 16,7-

15). El Espíritu Santo, que es el otro Paráclito vendrá precisamente debido a la oración de Jesús y es el que guiará a los fieles a la verdad plena, acusando al mundo en lo referente al pecado, la justicia y el juicio. Muerto y resucitado dará a sus discípulos el Espíritu Santo (Jn 20,22) que les permitirá perdonar los pecados, y sobre todo una vez ascendido a los cielos descenderá el Espíritu de una manera pública sobre la Iglesia en Pentecostés.

El tiempo de la Iglesia, desde la Ascensión hasta la segunda venida del Señor estará marcado por el Espíritu Santo, que alienta la caridad y el amor en la Iglesia. En el libro de los Hechos de los Apóstoles aparece continuamente esta presencia que no se ha detenido hasta nuestros días. La misma oración de los creyentes, cuando es verdadera, está sostenida por el Espíritu Santo (Rom 8,26). Ahora bien, tampoco hay que olvidar que el Espíritu Santo es continuamente enviado por Cristo, de quien procede y por eso no se deben separar. La aplicación concreta de esto es que el envío del Espíritu está garantizado de una manera especial cuando se celebran los sacramentos, que ha instituido Cristo y que nos dan la vida nueva del Espíritu.

A veces se suele pensar que lo referente al Espíritu se identifica con la libertad, en el sentido de salirse de los cauces establecidos, y hay quien se autodenomina *carismático* sin tener en cuenta la aprobación de la Iglesia. Ese planteamiento es totalmente falso por el motivo que hemos dicho antes: no se puede pretender recibir el Espíritu Santo rechazando los medios que Cristo nos ha dejado, de una manera especial los sacramentos en su Iglesia. Se hace un flaco favor

al Espíritu Santo atribuyéndole manifestaciones de histerismo que muy poco tienen que ver con la auténtica vida en el Espíritu. De hecho ese riesgo ya existió en la Iglesia primitiva, por ejemplo, en Corinto, donde algunos confundían sus extravagancias con dones del Espíritu Santo. A veces los caminos del Espíritu pueden resultar sorprendentes pero nunca se oponen a los medios sacramentales de la Iglesia. Por otra parte una actuación especialmente importante del Espíritu Santo es la asistencia al Magisterio de la Iglesia para que los fieles avancen hacia la verdad plena, y no se dejen engañar por el error. Cuando estas intervenciones magisteriales son definitivas (sea porque se defina un dogma de fe, o simplemente se establezca una doctrina definitiva que zanje una discusión) nos hallamos ante una actuación del Espíritu Santo que impide a la Iglesia equivocarse.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Qué pasajes bíblicos son importantes para hablar del Espíritu Santo?
2. ¿Cómo podemos vivir el ser templos del Espíritu Santo?
3. ¿En qué vemos que el Espíritu Santo nos va haciendo avanzar en la verdad?
4. ¿Pido la ayuda del Espíritu Santo al rezar o al leer la Biblia?
5. ¿Qué deformaciones pueden darse al hablar del Espíritu Santo y los carismas?

### Ampliación

*Catequesis de Juan Pablo II* 26,IV; 17,24,31-V-89; 31-X; 7,14- XI-90.

# LA IGLESIA DE DIOS

## 1. Los nombres y las imágenes de la Iglesia

(CEC 748-757)

En el Credo profesamos que existe una única Iglesia, y hacemos esta profesión después de confesar a Cristo y al Espíritu Santo, porque la Iglesia recibe su luz de Cristo y su santidad del Espíritu Santo; es el medio para que continúe en el mundo la salvación que Cristo ha traído con el envío del Espíritu Santo. El término *Iglesia* procede del griego *ekklesia*, que quiere decir *convocación* y responde a otro término hebreo que se empleaba para referirse a las asambleas de tipo fundamentalmente religioso. Los cristianos al considerarse desde el principio como la *Iglesia* se reconocían herederos de aquella convocatoria que Dios hizo en el Sinaí, llevada a su perfección por Cristo. Con este término no se designa simplemente una reunión de cristianos que celebran la liturgia (1 Co 11,18), sino también la comunidad local (1 Co 1,2), o la misma comunidad universal de todos los creyentes (1 Co 15,9).

En la Sagrada Escritura aparecen muchas imágenes para expresar, cada una en parte, la riqueza de la Iglesia. Algunas de ellas proceden del mundo del pastoreo, y se habla de la Iglesia como *redil*, cuya puerta única es Cristo (Jn 10,1-10), y rebaño, cuyo pastor es el mismo Dios, tal como anunciaron los profetas (Is 40,11; Ez 34,11-31). Otra imagen, esta relacionada con la agricultura es de *labranza* o *campo de Dios* (1 Co 3,9), a la que se pueden relacionar las imágenes de olivo o de viña, usadas tanto en el Antiguo como en el Nuevo

Testamento. No faltan imágenes del mundo de la construcción, como el mismo término *edificio* o *templo* (1 Co 3,9; Mt 21,42), del cual los apóstoles son el fundamento y Cristo la piedra angular. Por último podemos referirnos a imágenes relacionadas con la *familia*, como *madre* (Ga 4,26), o *esposa del cordero* (Ap 19,7); esta última imagen de la esposa tenía hondas raíces en el Antiguo Testamento pues a veces el conjunto del pueblo era presentado como la esposa de Yahvé. El conjunto de estas imágenes nos hablan de una relación especialmente cercana con Dios y a la vez de un desarrollo: como podemos ver son rasgos que también aparecen cuando se habla del Reino de los Cielos, ya que la Iglesia es precisamente la realización del Reino y está al servicio de esa presencia y cercanía de Dios.

## **2. El origen y la fundación de la Iglesia**

(CEC 758-769)

En cierto sentido la Iglesia existe desde siempre en el designio de Dios: puesto que Dios decidió libremente elevar a los hombres a participar de la naturaleza divina en Cristo, desde antes de la creación ya pensó en la Iglesia. No es extraño por ello que los primeros cristianos afirmaran que el mundo había sido creado en orden a la Iglesia, pues sabían que Dios quería desde el principio nuestra salvación, y el medio para ello era la Iglesia. En la Antigua Alianza comienza a reunirse el pueblo de Dios, a partir sobre todo de Abraham y Moisés, lo cual, junto con las diversas instituciones, como la ley o el templo será una preparación y una profecía de la venida de Cristo.

De una manera propia, en cambio, hay que decir que la Iglesia ha sido establecida por Cristo cuando llega en la plenitud de los tiempos para realizar su obra de salvación. No se trata de que el Señor funde la Iglesia como se puede fundar una sociedad anónima o una empresa, con un único acto jurídico reconocido por las autoridades civiles del momento,

sino con una serie de intervenciones, comenzando por su predicación del Reino y la elección de los discípulos. El mismo Señor dotó a su Iglesia de una estructura que permanecerá hasta el final de los tiempos, y en la que los Apóstoles con Pedro a su cabeza, y los sucesores de éstos tendrán un papel fundamental. Pero tampoco podemos olvidar otros momentos más importantes sí cabe, como son la muerte del Señor en la Cruz que es el sacrificio definitivo de la Nueva Alianza, que se anticipa y queda como sacrificio permanente para la Iglesia en la Eucaristía, instituida en la última Cena.

El envío del Espíritu Santo el día de Pentecostés supone la manifestación de la Iglesia, cuya misión es la difusión del Evangelio a todas las naciones para hacer discípulos de Cristo (Mt 28,19-20). El Espíritu Santo la asiste permanentemente y en los sacramentos asegura la presencia de Jesucristo. No obstante la perfección final de la Iglesia sólo tendrá lugar cuando Cristo vuelva glorioso, y hasta entonces pasará siempre por diversas pruebas y tribulaciones según las diferentes épocas.

Es muy importante recordar que la existencia de la Iglesia y su estructura sacramental procede de la intervención del mismo Cristo. Los que no reconocen que Cristo fuera verdadero Dios y verdadero hombre, o niegan que fuera a la muerte para obtenernos el perdón de los pecados, o niegan la realidad de su Resurrección, ven en la Iglesia un mero resultado de la sociología religiosa; como mucho atribuyen su estructura a una indefinida *intervención del Espíritu*, que se reduce a poco más que las modas de los tiempos. Tales personas pretenden que la Iglesia debe adaptarse a la *realidad social*, casi como si fuera el mundo el que tiene que salvar a la Iglesia y no al revés. Ciertamente hay aspectos organizativos en los que se han producido cambios a lo largo de los siglos, pero la estructura fundamental de fe y de sacramentos básica, lo que incluye su estructura jerárquica no es ningún *modelo caduco*, sino la continuidad de lo que ha establecido Cristo, nuestro Dios y Señor.



### **3. La Iglesia instrumento de salvación**

(CEC 770-776)

Cuando se habla de la Iglesia es frecuente asociar a este término a las personas que forman parte de la jerarquía, o manifestaciones exteriores de culto o devoción, sacramentos etc, sin embargo es preciso mantener siempre unidos los aspectos visibles e invisibles de la Iglesia. Cuando el Concilio Vaticano II comparaba a la Iglesia con un sacramento precisamente lo que quería decir era esto: Cristo, único mediador, estableció en el mundo la Iglesia como un organismo visible para transmitirnos los dones del Espíritu, dones invisibles. Precisamente por ello la Iglesia es el misterio de la unión de los hombres con Dios en Cristo: en la medida que estamos unidos con Dios gracias a Jesucristo estamos en la Iglesia. Las imágenes de la Iglesia como Esposa de Cristo nos indican esa realidad tan misteriosa como profunda.

Toda la estructura de la Iglesia está orientada a que las personas se unan a Jesucristo y puedan recibir así la salvación. Por eso se dice que la Iglesia es instrumento de salvación y que fuera de la Iglesia no hay salvación: el sentido de esta última expresión es que si se rechazan conscientemente los medios de salvación de la Iglesia, en especial los sacramentos, no se puede dar esa unión con Cristo que nos salva. Todo en la Iglesia se dirige a que cada persona pueda encontrarse con Cristo; por ello lo esencial en la Iglesia es la predicación de la Verdad que Cristo nos comunicó y la celebración de sus sacramentos. El reducir la Iglesia y sus instituciones a meras ONG con algún rastro de piedad (que en ocasiones ni siquiera aparece) y limitar las perspectivas de la Iglesia a proyectos mundanos es desconocer la realidad más profunda de la Iglesia y, en el fondo, desconocer quién es Cristo y cómo nos ha salvado.

#### 4. La Iglesia como Pueblo de Dios, Cuerpo de Cristo y Templo del Espíritu Santo (CEC 781-801)

Cuando se habla de la Iglesia como Pueblo de Dios se indica que este grupo de personas se caracterizan por *pertenecer a Dios*, y en este sentido no se puede comparar a otros grupos étnicos o políticos. Se forma parte de este Pueblo mediante el nacimiento del Bautismo, y la cabeza de este pueblo es Cristo, siendo su vicario o representante en este mundo el sucesor del apóstol Pedro. La ley fundamental es el mandamiento del amor y su misión es el anuncio del Evangelio. Todo el pueblo tiene a la vez una misión sacerdotal (en la medida que da culto al Dios verdadero), profética (en la medida que anuncia la Verdad) y regia (en la medida que ajusta su conducta al modelo de servicio de Cristo y comunica a otros este modo de actuar conforme a la Verdad).

El término *Pueblo de Dios* subraya bien la continuidad con el pueblo del Antiguo Testamento, y el carácter peregrino de la Iglesia. Sin embargo nunca puede entenderse de una manera meramente sociológica como si se tratara de un grupo que se debe organizar de manera semejante al resto de las sociedades o adoptar estructuras constitutivas democráticas, pues no ha nacido de una decisión humana de sus miembros, sino de la llamada de Dios. Emplear este término para pedir *reformular democráticas* en la Iglesia es lo más opuesto que puede haber respecto al uso que hizo el Concilio Vaticano II de esta expresión.

Otro término importante para hablar de la Iglesia es el *Cuerpo de Cristo*. Con este término se subraya que lo más importante en la Iglesia es estar unido a Cristo, ya que la Iglesia ha sido establecida por Él, y los creyentes forman un solo cuerpo al unirse a Él. La comparación de la Iglesia con un cuerpo la emplea san Pablo en diversas ocasiones (1 Co 12,13; Col 1,18) y subraya que la cabeza de este cuerpo es

Cristo. En la Antigüedad a veces se comparaba toda la sociedad a un cuerpo, cuyos miembros tienen cada uno su función propia y es importante que actúen de manera coordinada. Este modo de ver la Iglesia ayuda a descubrir la diversidad y la coordinación de los carismas y ministerios y cómo Cristo es el que vivifica a la Iglesia. El sacramento de la Eucaristía, por el que Cristo se queda presente en la Iglesia ayuda a comprender mejor la Iglesia como cuerpo de Cristo y la misma celebración de la Misa es esencial para todo el cuerpo místico de Cristo: el adjetivo místico quiere decir precisamente que esta unión es precisamente espiritual. Cuando se habla de la Iglesia como *Esposa de Cristo* se quiere decir algo muy semejante: el conjunto de los fieles se consideran en su unidad y se subraya la cercanía y el amor de Jesucristo por su Iglesia.

Finalmente se suele hablar también de la Iglesia como *Templo del Espíritu Santo* para completar esta descripción de la Iglesia en relación a las personas divinas. Con este término se indica que lo que hace nuestra alma respecto a nuestro cuerpo es parecido a lo que hace el Espíritu Santo respecto a la Iglesia: hay diferencias, pero es el Espíritu de Cristo el que unifica a la Iglesia, para que se pueda mantener la unidad visible. El Espíritu Santo hace que el cuerpo de la Iglesia se edifique en la caridad, y algunas de sus manifestaciones más claras son los sacramentos. Por otra parte la misma noción de *Templo* nos remite a la idea de dar culto a Dios, porque el objetivo fundamental de la Iglesia es reconocer a Dios y servirle, gracias a la venida de Cristo y al Espíritu Santo que nos permiten ofrecer el culto que agrada a Dios «en Espíritu y en Verdad» (Jn 4,24).

En relación con la Iglesia y el Espíritu Santo es preciso recordar la cuestión de los carismas, es decir, las gracias del Espíritu Santo que tienen una utilidad eclesial por estar ordenadas a la edificación de la Iglesia. Es importante recordar que todos los carismas deben estar medidos por la caridad y el reconocimiento de los carismas no puede corresponder al que presuntamente los posee sino a quien tiene este minis-

terio en la Iglesia. De lo contrario sería muy fácil confundir los carismas con las propias ocurrencias más o menos geniales en materia religiosa. Este tipo de situaciones se dieron muy pronto en la Iglesia y la primera carta de san Pablo a los Corintios tenía, en otros objetivos, poner orden en la comunidad de Corinto debido a las divisiones que había provocado una proliferación de supuestos carismas que requería un discernimiento. En realidad en la medida que es Cristo quien envía siempre el Espíritu Santo sería absurda una contraposición entre la jerarquía de la Iglesia, que sigue a los apóstoles establecidos por Cristo, y los dones del Espíritu: podrían darse desacuerdos puntuales entre las personas, pero los verdaderos carismas acaban siempre siendo reconocidos cuando se trata de algo verdaderamente útil para la Iglesia.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Cuál es la razón de ser fundamental de la Iglesia?
2. ¿Por qué es tan importante recordar que Cristo ha fundado la Iglesia?
3. ¿Cómo se puede explicar de manera sencilla que la Iglesia es necesaria para la salvación?
4. ¿Qué se suele entender cuando se dice Pueblo de Dios o Cuerpo de Cristo?
5. ¿Tiene sentido buscar el Espíritu Santo en contra de las indicaciones de la Iglesia?

### Ampliación

*Catequesis de Juan Pablo II* 4,11-IX; 2-X; 6,20,27-XI-91.  
CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Domini-  
nus Jesus* (6-VIII-2000) nn. 16-22.

# UNA, SANTA, CATÓLICA, APOSTÓLICA

En el Credo describimos a la Iglesia como Una, Santa, Católica y Apostólica. Son cuatro adjetivos que nos presentan características esenciales de la Iglesia y que están unidos entre sí. Aunque al igual que la Iglesia misma son una realidad de fe, a la vez estas características sobrenaturales se manifiestan históricamente de modo que pueden ser reconocidas en parte por la razón humana.

### **1. La unidad de la Iglesia y las heridas en esta unidad (CEC 811-822)**

La primera de las características es la unidad, bastante fácil de entender si tenemos en cuenta que el origen de la Iglesia está en la Unidad del Dios Trinidad que quiere salvar a los hombres; el hecho de que fuera fundada por Cristo y sea su cuerpo místico contribuye también a la unidad, así como el Espíritu Santo, alma unificadora de este Cuerpo. Los vínculos o medios inmediatos de esta unidad son la profesión de la misma fe recibida de los Apóstoles, la celebración del culto divino, sobre todo los sacramentos, y la sucesión apostólica por el sacramento del orden. El que haya diversidad de carismas, de tradiciones litúrgicas, disciplinares, teológicas etc en principio, no tiene porqué oponerse a la unidad de la Iglesia, con tal de que se trate de expresiones aprobadas por quien tiene la autoridad en la misma.

Esta Iglesia Una es también única, es decir, Cristo sólo fundó una Iglesia, que subsiste en la Iglesia Católica. Cuando

el Concilio Vaticano II afirmó que la Iglesia de Cristo subsiste en la Iglesia Católica, no quiere decir que la Iglesia católica sea una más de muchas posibles presencias de la Iglesia de Cristo. Lo que quiere decir es que hay una continuidad histórica entre la Iglesia que fundó Cristo y la Iglesia Católica guiada por el sucesor de Pedro y los obispos en comunión con él: en este sentido la Iglesia de Cristo permanece y contiene en plenitud todos los medios de salvación, mientras que en otras iglesias y grupos cristianos sólo están presentes algunos de esos medios.

Esta unidad que Cristo estableció para su Iglesia ha sufrido diversas heridas a lo largo de los siglos, debido al pecado de los hombres, sin que sirva mucho tratar de determinar, siglos después, quién tuvo o dejó de tener la culpa. Obviamente los que hoy nacen en comunidades separadas de la Iglesia Católica no tienen la culpa de esa ruptura; poseen algunos medios de salvación, como el Bautismo, y en algunas comunidades incluso la Eucaristía y la sucesión apostólica, pero carecen de otros.

El mismo Cristo oró por la unidad de sus discípulos, y esa es la labor del ecumenismo. Para tal objetivo es preciso una fidelidad cada vez mayor a la vocación de la Iglesia, con la conversión del corazón y la oración. Los diálogos y encuentros ecuménicos pueden ser útiles, pero la unidad es obra de Dios, no de los meros esfuerzos humanos. Esta preocupación por la unidad afecta a todos, pero no consiste en un acuerdo de consensos, sino en la conversión a Cristo. En el caso de la Iglesia Católica, sin embargo, tal conversión no le conlleva adquirir algún medio esencial de santificación que ahora le falte, mientras que en otros grupos cristianos que se unan con ella sí recibirán ese enriquecimiento esencial. La Iglesia católica queda enriquecida por el nuevo patrimonio espiritual que aportan quienes se unen a ella (podemos pensar en los grupos de anglicanos que se incorporan a la Iglesia), pero no se trata de medios esenciales. Por otra parte el que se dé el diálogo ecuménico en modo alguno impide

que se proponga a los no católicos la riqueza espiritual de la Iglesia y ante esta propuesta, movidos por el Espíritu Santo, decidan entrar en ella; el que se diera cuenta de la verdad y continuidad histórica que se da en la Iglesia Católica y la rechazara no podría obtener la salvación.

## 2. La santidad de la Iglesia (CEC 823-829)

La Iglesia es santa porque Cristo se entregó por ella para santificarla (Ef 5,25-27), y es el pueblo santo de Dios, de modo que los que forman parte de ella se denominan santos (1 Co 6,1). Sin embargo advertimos que muchos de sus miembros cometemos faltas y pecados, tanto entre los simples fieles como entre los ministros ¿cómo explicar esta contradicción? Ante todo hay que recordar que la Iglesia posee los medios de la santificación, como son la Palabra de Dios correctamente explicada y los sacramentos; de hecho en la Antigüedad se llamaba *santo* al que había recibido el bautismo, aunque, como vemos por ejemplo en la primera carta a los corintios esos *santos* cometían toda una serie de pecados que no eran precisamente canonizables.

Por otra parte debemos tener en cuenta que nosotros pertenecemos a la Iglesia en la medida en que estamos unidos a Cristo. La vida de la Iglesia es sólo la vida de la gracia, y en la medida que nos acercamos a ella nos santificamos, mientras que si nos alejamos caemos en el pecado. Podríamos decir que la frontera entre la Iglesia y la no Iglesia pasa dentro de nuestros corazones: por ese motivo las buenas obras se deben atribuir a nuestra pertenencia a la Iglesia mientras que los pecados no, ya que la Iglesia no nos ofrece los medios para pecar, sino para santificarnos. Por este motivo es muy incorrecto hablar de pecados de la Iglesia, ya que los pecados son *de los hijos de la Iglesia*, y precisamente en la medida que se alejan de la Palabra de Dios y los sacramentos. Por ello es necesario hablar de una Iglesia santa aunque esté compuesta de pecadores pues lo que nos une a

la Iglesia es la vida de caridad y gracia, no los pecados, que no constituyen parte de la Iglesia.

Esta es la razón por la que la Iglesia en este mundo es verdaderamente santa, pero se trata de una santidad *imperfecta*, pues sus hijos todavía caen en pecados que manchan el rostro de la Iglesia y por los que hace penitencia: la penitencia es algo bueno y sobrenatural, y en ese sentido se le puede atribuir a la Iglesia, mientras que la *causa* de esa penitencia ha sido el pecado de sus hijos. Los santos son precisamente las personas más importantes en la Iglesia ya que difunden la santidad, que es la vida más profunda de la Iglesia. Como la Virgen María ha sido llena de gracia y es santísima de su Concepción es la que mejor representa y realiza a la Iglesia.

### **3. ¿Qué quiere decir que la Iglesia es Católica? (CEC 830-856)**

La Iglesia es católica porque Cristo está presente en ella y así contiene todos los medios de salvación y a la vez es católica porque está enviada a todas las gentes: el término *católico* quiere decir *universal*, algo que se da *según la totalidad*. Esta es la razón por la cual la diversidad de iglesias particulares no rompe en varios trozos la Iglesia de Cristo. Cada una de las Iglesias particulares presidida por un Obispo está en la Iglesia Universal y es Católica precisamente por estar en la Iglesia universal, y a la vez la Iglesia Universal está en cada una de las Iglesias particulares. Sería un error grave entender la unidad de la Iglesia como la *suma o federación* de las Iglesias particulares. Es la unión con Cristo y sus medios de salvación lo que hace que cada Iglesia particular y a Iglesia Universal sea católica.

Quien acepta esa plenitud de medios de salvación está en comunión plena con la Iglesia Católica. Por ello en el caso de los no católicos no se trata de una comunión plena, pues no siempre profesan la fe verdadera, o no siempre tienen todos



los medios sacramentales. Obviamente en ese caso, con tal de que haya verdadero bautismo, nos hallamos ante verdaderos cristianos, porque en el caso de los no cristianos la Iglesia tiene el deber de proponerles el mensaje salvador de Cristo.

En nuestros días es muy importante subrayar que el mensaje de salvación, y el mismo Cristo es válido para todas las culturas y pueblos. El ambiente de relativismo generalizado ha difundido la idea de que la verdad depende de la cultura de cada lugar, y por ello no se podría proponer a otros pueblos la fe cristiana: que este planteamiento es falso lo demuestra la realidad misma de la globalización, y la continua comunicación y transmisión de información entre personas de toda la tierra. El hombre puede llegar a la verdad más allá de la cultura, pues de lo contrario difícilmente se podría hablar de libertad y dignidad de la persona, sino que dependería de cada cultura. Lo que sí sucede es que las diferentes culturas pueden dar lugar a formas de expresión de la fe variadas, sin que se llegue a una contradicción con el mensaje del Evangelio. Por todo ello nunca se puede decir que deje de ser urgente la misión o que se pueda reducir a iniciativas de tipo socio-asistencial, sino más bien debe ser el anuncio explícito de Cristo.

Es cierto que aquellas personas que no han podido conocer la fe cristiana pueden salvarse por la gracia de Dios con medios que sólo Dios conoce, y que no son ciertamente las religiones no cristianas, ya que no proceden de un designio positivo de Dios y contienen no pocos errores. Ahora bien, de hecho las personas a las que no ha llegado el Evangelio y los sacramentos se encuentran en una situación objetiva de inferioridad de medios de salvación, de ahí que la mayor obra de caridad que se puede hacer respecto a ellas es anunciarles a Cristo.

#### **4. Fundada sobre los Apóstoles** (CEC 857-865) Los

Apóstoles fueron los elegidos por Cristo como testigos y enviados para anunciar su mensaje a todo el mundo (Hech

1,8), por lo que la Iglesia con la ayuda del Espíritu Santo guarda sus enseñanzas, lo que se denomina el *depósito de la fe*; al mismo tiempo son los sucesores de los Apóstoles quienes enseñan, santifican y dirigen a la Iglesia. La elección y la formación de los Apóstoles es uno de los puntos más subrayados en los Evangelios (Mc 3,13-14; 10,40; Lc 10,16; Jn 20,21), y es el mismo Cristo quien les asocia a su misión para que esta continúe hasta el final de los tiempos.

Por una parte sabemos que determinadas características de los Apóstoles, como el hecho de ser testigos de la Resurrección no podía ser transmitido a sus sucesores, pero sí otras funciones de enseñanza, santificación y gobierno. Con ello tenemos ya desde muy pronto a los obispos como sucesores de los apóstoles, y así lo reconoció la primitiva comunidad cristiana. En realidad esto, bien pensado, era una consecuencia de la misma Encarnación. Si debía continuar la presencia del Señor, que se había encarnado realmente, hacía falta que los discípulos que él había elegido tuvieran sucesores para hacer posibles a los hombres de todos los tiempos ese encuentro con Cristo. Entre los sucesores de los apóstoles tiene una peculiar importancia, como veremos en el próximo tema, el sucesor del apóstol san Pedro, de hecho es el único obispo que de manera concreta sucede a un apóstol de una manera concreta; para entender esto hay que decir que, por ejemplo, al apóstol Tomás le sucedieron todos aquellos a quienes estableció como obispos, y a éstos sus sucesores, etc, en el caso del apóstol san Pedro sólo el Papa le sucede en un ministerio para la Iglesia universal. Quizá podría parecer que este medio: la sucesión apostólica mediante la imposición de manos y la oración es algo muy débil y frágil, y los sucesores de los apóstoles personas muy imperfectas, pero de esta manera queda claro que es Cristo quien lleva la Iglesia, y que el poder de los sucesores de los Apóstoles procede de Cristo, y no de las iniciativas más o menos geniales que puedan tener ellos.

Al mismo tiempo la misión de extender la fe cristiana es algo que no corresponde simplemente a los sucesores de los

apóstoles y a sus colaboradores (sacerdotes, diáconos), sino a todos los fieles. Toda la propagación del Reino de Cristo es apostolado, y esto se da al extenderse la predicación y los medios sacramentales de la Iglesia pues la Iglesia es la realización ya, aquí y ahora, del Reino de los Cielos, aunque no haya llegado a su consumación. Teniendo en cuenta esta naturaleza sobrenatural del apostolado los medios principales deben ser sobrenaturales, pues no puede tomar su eficacia de otro distinto de Cristo.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿En qué sentido existe ya la unidad de la Iglesia y en qué sentido puede crecer?
2. ¿Por qué suele costar tanto aceptar la característica de santidad de la Iglesia?
3. ¿Qué es lo más importante que debe transmitir la Iglesia en sus misiones?
4. ¿Qué aspectos de las culturas deben cambiar y cuáles deben permanecer ante la llegada del Evangelio?
5. ¿Valoramos suficientemente el hecho de estar en la Iglesia que Cristo ha fundado y que continúa gracias a los Apóstoles y a sus sucesores?

### Ampliación

*Catequesis de Juan Pablo II* 28-VI; 12,26-VII-91. CONGREGACIÓN

PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Res-*

*puestas a algunas preguntas sobre ciertos aspectos de la doctrina sobre la Iglesia (29-VI-2007)* [Breve y sencillo documento sobre la unidad de la Iglesia en forma de preguntas y respuestas].

# LA ORGANIZACIÓN DE LA IGLESIA

## 1. La constitución jerárquica de la Iglesia

(CEC 874-896)

En la Iglesia hay diversidad de ministerios, y no todos tienen la misma función. Lo más importante es sin duda participar de la vida divina de la gracia al unírnos con Cristo, pero el mismo Cristo estableció un ministerio estable al elegir al grupo de los Apóstoles. Jesús tuvo muy presente al grupo de los doce, aunque además de ellos hubiera otros seguidores. Lo más importante es que reciben el encargo de actuar en nombre de Jesús, con su fuerza y su autoridad. Esto es a lo que luego se denominará *poder sagrado* y una actuación *in persona Christi capitis*. Este poder que Cristo encomendó a sus discípulos ha permanecido en la Iglesia mediante el sacramento del orden. A veces el término *poder* puede evocar un dominio o un control sobre otras personas, pero lo que aquí quiere decir es que se trata de una facultad para actuar de una determinada manera en servicio de otros: el poder en la Iglesia es un servicio, un ministerio. Los sucesores de los Apóstoles pueden predicar el Evangelio con autoridad, o administrar los sacramentos, y de una manera especialísima celebrar la Eucaristía *in persona Christi*, haciendo presente al mismo Cristo, pues es Él realmente quien actúa en el caso de los sacramentos.

El ministerio en la Iglesia tiene un *carácter colegial*, en cuanto que el Señor eligió a doce apóstoles y fueron enviados juntos; sus sucesores para ejercer su ministerio deben actuar en comunión entre sí y con el sucesor de Pedro; también dentro de cada presbiterio (conjunto de los presbíteros de una Iglesia particular) se debe dar esa mutua comunión. Ahora bien, el ministerio posee también un *carácter personal*, pues cada ministro ha sido llamado personalmente por el Señor (Cf Mt 4,19.21; Jn 1,43), y personalmente debe dar testimonio y administrar los sacramentos.

Los obispos, sucesores de los apóstoles, forman un colegio o grupo estable que tiene por cabeza al sucesor del apóstol san Pedro. Sin la cabeza el cuerpo episcopal no tiene autoridad, y el Papa es el principio y fundamento perpetuo y visible de la unidad, tanto de los obispos como de los fieles. La misión del sucesor de Pedro tiene por ello una importancia especial y se ha formulado, desde un punto de vista jurídico, como una jurisdicción *suprema e inmediata* sobre pastores y fieles, es decir, no hay una instancia superior a él en la Iglesia (pues el colegio de los obispos no es tal sin el Papa) y sus decisiones llegan a los fieles sin necesidad de que tengan que *matizarlas* los obispos. Esto no quiere decir que el papel de los obispos sea irrelevante: son el principio visible de unidad en las Iglesias particulares o diócesis, que gobiernan asistidos de los presbíteros o sacerdotes y los diáconos. Por motivos prácticos se han dado agrupaciones de las iglesias particulares, y así tenemos las provincias eclesíásticas, y en una misma nación los obispos se pueden reunir en conferencias episcopales. Sin embargo estas instituciones no tienen autoridad ninguna sobre cada obispo, a menos que el Papa lo haya establecido de otro modo para algunos puntos concretos; a veces se piensa que las decisiones de una conferencia episcopal son una instancia superior a la que tienen que plegarse los obispos, pero tal cosa no es así. Cada obispo es responsable en su diócesis y sólo el Papa tiene autoridad sobre él, aunque las conferencias episcopales

les puedan servir como medios subsidiarios, de mutua ayuda, consejo etc.

Los obispos junto con sus colaboradores, los presbíteros, tiene la misión de anunciar a todos el Evangelio. Obviamente debe ser una enseñanza acorde a la verdad y la Tradición de la Iglesia: para mantener esta verdad ya explicamos en el tema tercero que existe un Magisterio de la Iglesia en diversos niveles y grados, con el objetivo de salvaguardar el derecho a la verdad que asiste al Pueblo de Dios. Si un obispo o sacerdote enseñara algo que no está en comunión con la Iglesia obviamente esa enseñanza no obliga, más bien debe ser rechazada por los fieles. También corresponde a cada obispo la administración de los sacramentos: es vital para la Iglesia la celebración de la Eucaristía que también ofrecen los sacerdotes; lo referente a los sacramentos es el elemento fundamental de los obispos y sacerdotes, aunque no se puede olvidar que también deben contribuir a la santificación de los fieles con su oración y su ejemplo. Por último se habla de la misión de gobierno del obispo que consiste en guiar, con autoridad, a sus fieles en el camino de la vida cristiana; si los otros aspectos tienen siempre como modelo a Cristo Buen Pastor, en este caso es todavía más importante, pues el corregir con autoridad no es fácil. Con un lenguaje jurídico se dice que tienen poder de jurisdicción en cuanto que estas decisiones de gobierno del obispo obligan a cumplirlas en conciencia: obviamente siempre con la condición que se realicen en comunión con el sucesor de Pedro, lo que conlleva atenerse escrupulosamente al derecho de la Iglesia. Es importante notar, dada la importancia de la misión de santificar que en muchos casos los sacramentos resultan válidos aunque no se realicen en comunión con el resto de la Iglesia (con tal de que se mantenga el signo establecido por Cristo), mientras que lo que tiene que ver con la enseñanza y el gobierno sólo sería válido si se da esa comunión con el sucesor de Pedro.

## 2. Los fieles laicos y su misión (CEC 897-913)

Los fieles laicos, es decir, los bautizados que no han recibido la ordenación sagrada ni son religiosos son la mayoría de la Iglesia y participan en la misión de la Iglesia conforme a su condición. Les corresponde de un modo especial el tratar que las realidades temporales se desarrollen para alabanza del Creador y Redentor (LG 31). Por ello deben tratar de que las doctrinas y formas de vida cristianas lleguen a impregnar la sociedad, sin que esto signifique que se fuerce a nadie a aceptar la fe. Dado que han recibido el Bautismo y en muchos casos también la Confirmación tienen derecho a bajar para extender el mensaje de la salvación. Nadie puede poner en duda que muchas veces el testimonio cristiano de los fieles laicos, especialmente en la familia, es una de las mejores maneras de que se transmita la fe cristiana. De poco serviría la predicación oficial de los ministros si los fieles no hicieran por formar cristianamente a sus hijos o invitar a sus amigos a la predicación.

Es muy importante comprender bien lo que se quiere decir cuando se habla del *sacerdocio bautismal*. No es un *ministerio* en el sentido del sacerdocio que brota del sacramento del orden, pues es una realidad esencialmente distinta del sacerdocio de los ministros, pero es algo *real*, ya que pueden participar en el sacrificio de la Misa, recibir el cuerpo de Cristo y dar a Dios el culto verdadero, que se extiende luego a toda su vida. A veces una visión deformada de la liturgia que ha perdido el sentido de lo sagrado, de la alabanza y del misterio supone que *participa* más quien *hace* más cosas, y que para participar cada día hay que *actuar* de una manera nueva: este punto de vista sólo ha servido para deformar la liturgia y convertirla en algo banal. Los fieles, por estar bautizados, cumplen su principal obligación ante Dios: servirle y reconocerle como Creador y Señor, y este acto lo pueden llevar a cabo sobre todo cuando el sacerdote ofrece *in persona Christi* el mismo sacrificio que Cristo ofre-

ció en la Cruz, de manera parecida a como la Virgen María estuvo al pie de la Cruz. El que puedan colaborar en algunas tareas eclesiales, como lectores, ayudando, si fuera el caso a distribuir la comunión, es secundario respecto a esa participación y vivencia esencial en la Misa.

También hay que hablar de una participación en la *misión regia* de Cristo, ante todo en la medida que son capaces de vencerse a sí mismos y ordenar su propia vida conforme a los mandatos del Señor. Dado que para un cristiano servir es reinar, hacen presente en muchas ocasiones la cercanía de Cristo a los más necesitados y sin su actuación sería muy difícil que la sociedad se impregnara del Evangelio. Estas acciones a veces partirán de la propia iniciativa de los fieles, mientras que otras veces se tratará de responder a invitaciones de los pastores.

### **3. La vida consagrada en la Iglesia**

(CEC 914-933)

Se denomina vida consagrada al conjunto de los fieles que han hecho profesión de los consejos evangélicos de pobreza, castidad y obediencia. El Concilio Vaticano II explica que no pertenecen a la estructura de la Iglesia, en el sentido de que no son parte de la jerarquía, pero sin duda pertenecen a su vida y santidad. Los consejos de pobreza, castidad y obediencia se proponen a todos los fieles pero lo característico de la vida consagrada es la *profesión* de los mismos, es decir, el que se obligan libremente a llevarlos a la práctica de una manera permanente. Esta situación supone una consagración más íntima a Dios, como profundizando en la consagración bautismal. En el caso de la castidad es muy claro: todos están llamados a practicar la virtud de la castidad, pero en el caso de los consagrados esto supone el celibato por el reino de los cielos, porque han puesto su corazón de tal manera en Dios que no cabe ya el matrimonio, deben



amar a Dios con un *corazón indiviso*. Respecto a la pobreza reconocen que su riqueza es Dios y eso lleva a una renuncia en la posesión de los bienes; todavía más fuerte es el voto de obediencia por el que se obligan libremente a aceptar los mandatos del superior legítimo (se entiende, a menos que mande algo que sea claramente pecado) por representar para ellos a Cristo.

Estos consejos no son un fin en sí mismo, sino un *medio* muy válido para la vivencia de la caridad. Por este motivo a veces se denominó al estado religioso *estado de perfección*, expresión que no siempre se entendió bien. Lo que quería decir es que quienes los profesaban tenían una situación en la Iglesia que, en principio, permitía una dedicación mayor a Dios, y por ello un mayor cultivo de la caridad. El que de hecho se lograra o no, o que fuera más santo y agradable a Dios un casado o un célibe es algo que sólo sabe Dios, pero en cuanto situación estable permite esa dedicación más in- mediata a Dios.

Tal como Cristo ha querido la Iglesia es preciso que siempre exista la vida consagrada, pero las formas de esta vida han variado mucho a lo largo de los siglos. En los primeros siglos existen ascetas, vírgenes y viudas que llevan una vida de especial entrega a Cristo, que se traducirá a partir del siglo IV en los primeros grupos religiosos organizados, sobre todo en la soledad de los desiertos. La importancia que han tenido para la Iglesia, por ejemplo, los monasterios benedictinos, o los conventos de los frailes mendicantes no se puede poner en duda, pero no hay ninguna orden que se pueda considerar *de derecho divino*, sino que a lo largo de la historia han aparecido y desaparecido muchas formas de vida religiosa. Manteniendo su carisma legítimamente aprobado los religiosos están llamados a colaborar con los obispos y los sacerdotes en la misión pastoral; de todos modos es muy importante recordar que su principal colaboración es la vida entregada como ofrenda al Señor, y en este sentido es algo básico la vida de clausura y estrictamente contemplativa.

#### **4. La comunión en la Iglesia (CEC 946-959)**

Ha aparecido bastantes veces la noción de *comunión* y es un término que se debe precisar, porque suele haber muchos malentendidos. En el Credo de los Apóstoles aparece la afirmación: *comunión de los santos*, que originariamente quiere decir comunión en las realidades santas, es decir, en los sacramentos, gracias a los cuales se da la comunión de las personas que participan de ellos o *santos*. Por tanto se trata de una comunión de *bienes espirituales*, que conlleva una misma fe, la caridad, los carismas etc. De hecho la mayor parte de la gente al oír hablar de *comunión* en lo primero que piensa es en la Eucaristía, y con razón, porque en Cristo sacramentado está la fuente de toda la gracia y comunión, en sentido más amplio, de la Iglesia.

Esta comunión se debe dar conforme a la naturaleza misma de la Iglesia y en modo alguno se puede entender como un simple acuerdo superficial en modos de actuar o cierta benevolencia común y ausencia de discusiones: esas realidades son auténticos valores, pero la comunión debe partir de la fe y los sacramentos. Por eso es absurdo pretender la comunión en la Iglesia sin que cada uno realice su misión tal como la establece el derecho de la Iglesia. Cuando no se respetan las indicaciones del Papa, o del Obispo en su campo, o cuando se pretende la uniformidad a base de *iniciativas pastorales* que no responden al derecho canónico, o lo ignoran, para acentuar aspectos secundarios, difícilmente se podrá hablar de comunión.

### **PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO**

1. ¿Veo ante todo en los ministros de la Iglesia su actuación en nombre de Cristo?
2. ¿Qué aspectos suelen hacer que se entienda mal el misterio de sacerdotes y obispos?

3. ¿Qué es lo más importante en los religiosos?
4. ¿Cuáles son las actuaciones más importantes de los fieles laicos?
5. ¿De qué manera concreta se puede vivir la comunión en la Iglesia?

## **Ampliación**

*Catechesis de Juan Pablo II* 15-I; 1,8-VII; 25-XI; 2-XII-92; 27-X; 24-XI-93; 28-IX; 12-X; 9-XI-94.

CONGREGACIÓN PARA LA DOCTRINA DE LA FE, *Com-  
munionis  
notio* (28-V-1992) [Texto que aclara el sentido verdadero de  
la palabra *comunión*, que no siempre se suele utilizar de  
modo correcto].

# LA VIDA DEL MUNDO FUTURO Y LA RESURRECCIÓN DE LA CARNE

### 1. La muerte y el juicio (*CEC 1005-1014; 1021-1022*) Con la

muerte termina la vida del cristiano en este mundo.

El cristiano sabe que este mundo es una etapa abierta a la aceptación de la gracia divina que Cristo ofrece. Dado que en una visión cristiana del hombre su alma es espiritual y creada inmediatamente por Dios, este alma no puede desaparecer aunque ya no sigue siendo la forma o principio vital de un cuerpo. Al quedar desligada del cuerpo su decisión a favor de Cristo, con ayuda de la gracia, o bien de rechazo queda establecida para siempre. La consecuencia de esta nueva situación, que ha sido preparada durante toda una vida, es lo que se denomina el juicio particular: el alma se presenta ante Dios con su realidad, con su aceptación de Cristo, y por ello con su caridad o amor a Dios y a los hombres. A ese estado le corresponde que la justicia de Dios, que antes le ha ofrecido continuamente la salvación, le otorgue el premio eterno o debe sufrir las consecuencias de su rechazo para siempre.

La confianza en la vida más allá de la muerte no elimina el miedo y temor que siempre inspira la muerte. Aunque el cristiano crea que su alma sobrevivirá a la muerte nuestra naturaleza conlleva el vivir en cuerpo, y esta separación no

deja de ser dura, y en ese instante el cristiano debe pedir la ayuda especial de Cristo, que murió por nosotros. A la vez es fundamental, junto con la creencia en la inmortalidad del alma, la creencia en la Resurrección de la carne. Sabemos que nuestra justificación y nuestra vida de la gracia tiene que ver con la Resurrección de Cristo, pero al creer en la resurrección de la carne profesamos que al final de los tiempos también resucitaremos nosotros.

Sin embargo antes del juicio final cada alma se presenta ante Dios con toda su verdad. El Nuevo Testamento insiste sobre todo en la dimensión universal y final del juicio, en la relación con la vuelta de Cristo, pero otros textos como la parábola de Lázaro (Lc 16,22), o las palabras al buen ladrón (Lc 22,43) nos hablan de un destino del alma distinto para unos y para otros (cf. Mt 16,26; 2 Co 5,8; Hb 9,27). De hecho forma parte de la fe que cada alma inmediatamente recibe la retribución que sigue al juicio particular. A veces se oye decir que no podría darse el premio o castigo antes de la resurrección, porque no subsiste la persona completa, sin embargo como el alma espiritual sí subsiste puede recibir y recibe ese premio o castigo. También algunos objetan que como después de la muerte no hay tiempo (al no haber materia), el instante de la muerte coincide para todos con el de la Resurrección de los muertos al final de los tiempos: tal cosa es falsa, pues el que no haya materia no elimina que haya posibilidad de transformación y cambio (por ejemplo, el alma puede purificarse en el purgatorio), ya que por muy espiritual que sea no deja de ser criatura. Lo que sí queda establecido firmemente es su decisión, que, al igual que la de los ángeles es definitiva. Esto nos cuesta entenderlo pues no tenemos una comparación en este mundo de decisiones absolutamente definitivas, pero la naturaleza puramente espiritual del alma separada del cuerpo le lleva a quedarse en esa decisión, de manera semejante a la de los ángeles y los demonios.

## 2. El premio del cielo (CEC 1023-1029)

Quienes mueren en la gracia y la amistad de Dios y están perfectamente purificados, viven con Cristo para siempre y ven a Dios cara a cara. Para describir este estado, cuya felicidad no podemos ni imaginarnos, se ha empleado la terminología de ver a Dios cara a cara, o verle tal cual. Sin embargo es preciso que esto lo entendamos bien, porque solemos asociar la idea de visión a estar parados contemplando algo que tarde o temprano nos acaba cansando, de hecho todos los bienes de este mundo tarde o temprano cansan. Se usa la noción de *visión* porque en cualquier cosa que conocemos formamos en nosotros algún tipo de semejanza o de imagen interior a nosotros, sea en los sentidos, sea en el entendimiento. Incluso cuando decimos que creemos en Dios, o conocemos las verdades de la fe lo que hacemos es aplicar conceptos que hemos formado a partir de nuestra experiencia en este mundo (Padre, origen, Hijo, etc) a Dios; sabemos que los podemos aplicar porque es algo conforme a la razón o a la fe, si se trata de verdades sobrenaturales, y en este caso nos ayuda el Espíritu Santo. Sin embargo siempre necesitamos esos conceptos interiores que proceden de lo creado: en la vida eterna no será así, sino que más bien es como si el mismo Dios hiciera de *concepto* de ese conocimiento. Como podemos notar se trata de una unión profundísima que no podemos ni imaginar y que está a la altura del amor de caridad que Dios nos tiene y que tenemos a Dios.

Por ello en el cielo se dará la amistad con Dios de una manera que sólo los místicos pueden hacerse una leve o ligera idea. Se emplean otras veces las imágenes de un banquete de bodas, pero cualquier imagen que empleemos se queda pequeña para describir esa felicidad del hombre. Además esta comunión de vida y amor se extenderá a las otras personas que están ya en el cielo de manera especial

a la Virgen María, los ángeles y los santos. En Dios conoceremos sus designios y muchas cosas de su providencia que no habíamos comprendido en la tierra nos resultarán claras. La alegría de los bienaventurados será amar y alabar a Dios. Por eso se dice que la liturgia de la Iglesia anticipa esta alabanza que se da perpetuamente a Dios, y que no cansa sino que es fuente de felicidad.

### **3. La purificación o purgatorio** (CEC 1030-1032)

Participar de la vida eterna quiere decir vivir para siempre en la amistad y el amor de Dios, pero suele suceder que aun sin haber renunciado a este amor en el mundo no se hayan purificado del todo los egoísmos y defectos. En el sacramento de la penitencia se nos perdona siempre lo que es más grave en el pecado: la pena eterna debida por nuestra separación de Dios; sin embargo puede permanecer la pena temporal debida a que hemos usado de manera desordenada las criaturas. Si nuestra confesión y arrepentimiento no tiene mucho amor de Dios se nos perdonarán los pecados mortales, pero esa pena temporal por los desórdenes e imperfecciones requiere un mayor amor de Dios. La misericordia de Dios incluso nos ofrece un remedio para esto: las indulgencias, por las que se perdona también esa pena temporal, pero no se suele recurrir mucho a ellas.

La consecuencia es que puede llegar la muerte y el amor a Dios necesita purificarse, pues se encuentra muy mezclado con otras cosas. Esta purificación es el purgatorio, del cual la Sagrada Escritura nos ofrece alguna indicación, al recomendar la oración por los difuntos (2 Mac 12,46), o recordar que nos purificaremos por el fuego (1 Co 3,15). Según el testimonio de algunos místicos se trata de una purificación dolorosa, pues el alma quiere pasar a disfrutar ya de Dios, pero al mismo tiempo advierte que en ella quedan manchas y defectos, que no dejan de ser ciertos desórdenes, y por ello

tiene que padecer. En el fondo las penas son simples consecuencias de la culpa o del desorden: un Dios bueno y justo no puede admitir a disfrutar con Él a quien todavía no se *ha puesto en orden*, por así decir, y como el desorden ha sido disfrutar de las criaturas de manera incorrecta es preciso que se dé una cierta pena. Este castigo, que es muy distinto del castigo del infierno, porque aquí ya hay deseo de entrar a estar con Dios, no deja de ser doloroso para el que lo padece. Sobre todo teniendo en cuenta que había tenido en su vida multitud de ocasiones para evitarlo.

En cualquier caso nuestras oraciones, y en particular el sacrificio de la Misa, ofrecido por los difuntos puede ayudar, y mucho, a los que están expiando sus faltas en el purgatorio. Dado que no hay una correspondencia entre el transcurso del tiempo en la tierra y el, por así decir, *proceso de purificación*, debemos rezar continuamente por los difuntos. Pocas cosas hay peores para un difunto que dar por supuesto que ya está en el cielo, porque si debe purificarse nuestras oraciones y Misas le resultaría utilísimas, y si ya está en el cielo Dios no permitirá que se pierda esa oración. De nuevo atendiendo a los testimonios de los santos son muchos los que esperan la purificación, y rezar por los difuntos es un acto de caridad hacia nuestros hermanos de la Iglesia purgante, que en el caso de familiares cercanos supone también una obligación, del mismo modo que tenemos obligación de ayudarles en este mundo.

#### **4. El castigo eterno del infierno (CEC 1033-1037)**

Quien peca gravemente se aparta de Dios, y si ese estado permanece hasta la muerte tal persona no puede alcanzar el fin de disfrutar de Dios. No se trata únicamente de los pecados de odio a Dios, sino cualquier pecado grave contra el prójimo nos aparte de Él y necesitamos reconciliarnos mediante el sacramento de la penitencia. A muchos les pa-



rece que un castigo para siempre por un acto tan pequeño como el pecado es desproporcionado, sin embargo el pecado es decirle a Dios que ojalá no existiera, que no se le quiere tener en cuenta; por eso si tenemos en cuenta la grandeza del amor de Dios, lo que ha hecho Cristo para salvarnos, y el gran regalo que es nuestra libertad se entiende que exista el infierno eterno.

Las palabras de Cristo son muy, muy claras acerca del fuego eterno (Mt 5,22.29; 13,42.45; Mc 9,43-48), y la enseñanza de la Iglesia ha repetido muchas veces que se trata de un castigo eterno y algo real. Se suele distinguir al hablar del infierno entre la *pena de daño*, es decir, la separación eterna de Dios, y la *pena de sentido*, es decir las consecuencias tan desagradables que se comparan al fuego, el llamado *fuego eterno*. Esta realidad es una llamada a la conversión, porque se trata de un peligro real; los medios que Dios nos ofrece para la salvación son muchos, y por eso deben ser aprovechados y la mayor obra de caridad es ayudar a las personas a que estén cerca de Dios, reconociendo a Jesucristo, y así puedan alcanzar su fin evitando el infierno.

Nadie está predestinado a cometer los pecados que llevan al infierno, por lo cual es necesario usar bien nuestra libertad. No hay que dejarse engañar por el argumento de que siendo Dios tan bueno ¿cómo va a permitir que una criatura personal se vea privada de alcanzar la felicidad? Sabemos que los demonios son ángeles que se alejaron de Dios y están condenados para siempre, y quienes han muerto en pecado mortal lo mismo. La bondad de Dios consiste en todo lo que ha hecho y hace para salvarnos, y la muestra más clara es la Pasión de Cristo. No deja de ser un profundo misterio que Dios permita este mal, que no quiere, pero se trata de realidades que no podemos olvidar si queremos ser cristianos.

## 5. El juicio final y la resurrección de la carne

(CEC 992-1004; 1038-1050)

El juicio final entra dentro de los acontecimientos de la venida del Señor en la gloria. Como explicamos en ese tema se tratará de una venida visible de Cristo y se dará la resurrección de los muertos. Nos falta mucha información sobre cómo se va a realizar esto, pero no cabe duda para un cristiano de que se dará esa resurrección de la carne al final de los tiempos. A veces se escucha decir, incluso en predicaciones, que nuestro hermano difunto ha resucitado ya, pero esto es falso: desde su bautismo ha experimentado la fuerza de la resurrección, y esperamos y deseamos que su alma esté en la gloria, esperando la resurrección de la carne, pero todavía no se ha producido. Ya hubo herejes en el siglo I (2

Tim 2,18) que decían que se había producido la resurrección de la carne, y tal cosa no es correcta, pues los cuerpos de los difuntos permanecen en la tierra.

El juicio consistirá en que se pondrá de manifiesto la relación de cada persona con Dios, y quedará dicha la palabra definitiva sobre la historia. De nuevo nos falta saber muchos detalles, pero el Señor no ha querido fomentar nuestra curiosidad en este punto. En cualquier caso la resurrección futura y el juicio final son una invitación a cuidar nuestra vida cristiana, pues la victoria de Cristo se extenderá a toda la creación que, se convertirá en unos «cielos nuevos y tierra nueva» (Ap 21,1). El desconocer el momento en que tendrá lugar tal acontecimiento quiere decir que debemos esperarlo, y con alegría, como se nos invita cada año en el adviento.

## PARA LA REFLEXIÓN Y EL DIÁLOGO

1. ¿Con qué sentimientos se suele pensar en la muerte?
2. ¿La promesa del cielo y de la vida eterna nos anima como cristianos?
3. ¿Nos tomamos en serio la posibilidad de la condenación?
4. ¿Recordamos en la oración a las almas de los difuntos?

### **Ampliación**

*Catequesis de Juan Pablo II 2-VI; 7,21,28-VII; 4-VIII-99.*